

**El Colegio de México
Centro de Estudios de Asia y África**

**LA RIVALIDAD REGIONAL ENTRE IRÁN Y ARABIA SAUDÍ EN EL SIGLO
XXI: EL PESO DEL SISTEMA INTERNACIONAL**

**Tesis presentada por:
EDUARDO RAFAEL SALGADO ÁVILA**

**Para optar por el grado de
MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
ESPECIALIDAD: MEDIO ORIENTE**

**DIRECTORA:
MARTA TAWIL KURI**

Ciudad de México, 2020

Agradecimientos

Consciente y orgulloso de saber que mi fuerza, toda, proviene de la gente a mi alrededor, agradezco a mis padres por rescatarme en todo momento, por luchar por mí, por hacerme sentir querido. En ellos como pareja he visto siempre un equipo exitoso que se enfrenta a las adversidades de manera impresionante. En lo personal, a mi mamá le estaré agradecido por el resto de mis días por su cariño, su apoyo incondicional, sus mensajes, sus abrazos, sus consejos, por sacrificar todo, a veces su propia felicidad, por hacerme sentir bien, por enseñarme a trabajar con disciplina (aunque nunca he sido tan disciplinado y ordenado como ella). A mi papá le doy gracias por darme un ejemplo de trabajo y sacrificio, por apoyarme en todo momento, por sus diversos consejos, por obligarme a aprender y por respaldarme con mis proyectos. Sin ustedes no sería nada.

A mis abuelitos, porque me arroparon, me abrazaron, se preocuparon por mí todo el tiempo, me esperaron cuando llegué tarde, se levantaban conmigo y me deseaban un buen día. Porque en tiempos de tormenta siempre fueron un refugio de calor, por su amor, por su gran ejemplo de trabajo, gracias por ser maravillosos.

A mis tías, Marthis, Lupis y Dianis, les agradezco por ser mis cómplices, por preguntarme siempre si estaba bien, si necesitaba algo, por siempre darme una sonrisa, por sus besos, mensajes y abrazos, por hacer mi vida más fácil. Por las noches de fiesta, por recibir con cariño a mis amigos, por cuidarme siempre y por todo el amor que siento cuando estoy cerca de ustedes.

A mi hermano, Juan, por siempre incluirme, por considerarme, por ser mi gran socio para todo, por platicarme cosas aún en la distancia y no olvidarse de mí, por su apoyo y consejos en tiempos difíciles.

A mi Nicola Aitken por todo su amor, su paciencia, por incluirme en su plan de vida, por las noches de trabajo y vino. Por ser un respaldo en tiempos difíciles y ser siempre un motivo de felicidad, por todas las sonrisas, por sus consejos, por abrazarme, por escucharme, por su sinceridad, por enseñarme a ser más directo, por aceptar quién soy.

A mi muy querido amigo Enrique Hernández por las lágrimas, la tensión, el compañerismo, las tristezas de los últimos dos años, por toda la alegría que envolvió al proyecto que iniciamos, las noches de fiesta, la complicidad, por ser incondicional, por confiar en mí, por tu enorme corazón.

A mi amigo del alma Erick Martínez por su sinceridad, por siempre preocuparse por mí, por sus mensajes de cariño, por bajarme a la tierra cuando estoy soñando, por ser parte de un proyecto en conjunto, por los días de parranda, por la confianza y la complicidad.

A mi estimado amigo David Vargas por considerarme, por confiar en mí, por apoyarme y hospedarme cuando fue necesario, porque su familia siempre me trata bien cuando me ve, por todas las aventuras.

A mis amigos Hugo Coronado, José María Ortega y Daniel Rode por haberme dado su confianza para emprender un proyecto y las muchas alegrías que he pasado con ustedes.

A mi tío Miguel por haberme apoyado en el inicio de un proyecto complicado, por sus consejos, por estar ahí, por su cariño y complicidad.

A Anahí Solano, Martín Gutiérrez, Roberto González, Omar Montoya y Beatriz Aguado, amigos desde 2003 que se mantuvieron a pesar de las adversidades, que me visitaron y visitan, con quienes tuve la oportunidad de acercarme aún más últimamente, gracias por todo, son como un oasis en el desierto.

A César Reyna y Ulises Reséndiz, por ser siempre una fuente, casi literal, de felicidad, por su enorme amistad. A Luis Fernández, Ricardo Villela, Christian Mendoza, Christian Arroyo, Guillermo Pardo, Jorge Granados y Francisco Andrade, por ser un puente entre Celaya y la Ciudad de México, por los mensajes, las risas, las aventuras y las visitas. A Luis Humberto Mendoza por más de 20 años de amistad y por su apoyo.

A mi profesor y amigo Maestro Francisco Denton, quien asesoró mi tesis de licenciatura y me ha dado siempre un lugar para exponer mis ideas, por su confianza, por darme foro, por los halagos, el respaldo, por sus preguntas, por perdonar un grave error de mi parte y verme siempre con una sonrisa, por ser un aliado en el siempre hostil mundo académico. No estaría aquí sin tu previa coordinación.

Agradezco a mis compañeros en la maestría, nunca me imaginé conocer personas tan extraordinarias, gracias a ustedes valió la pena el viaje, son increíbles. A Damián Meléndez, Arianna Pani, Lorena Elizondo, Dairee Ramírez, Francisco Aguinaga, María Padrón, Andrés Ramos, estoy muy orgulloso de haber compartido un lugar con ustedes. Les agradezco por los abrazos, el apoyo, por las pláticas, las carnitas asadas, por los chistes, los debates, los brindis, las fiestas, las caminatas, desveladas, por su cariño y sinceridad.

A mis profesores durante la maestría, siempre dispuestos a escucharme, aconsejarme, corregirme y orientarme. Me voy muy contento por haberlos tenido como guía, aprendí montones, gracias por su profesionalidad. Agradezco especialmente a Gilberto Conde por haber sido lector de mi tesis, por el tiempo que le dedicó a mi investigación, por sus consejos y comentarios, por los mensajes de texto y los correos. Le doy gracias también por estar dispuesto a convivir con sus alumnos como un humano más.

Al Dr. Moisés Garduño por leer mi trabajo de investigación y hacer recomendaciones para continuar con el proyecto y para hacerlo mucho más consistente. Le agradezco por su tiempo y profesionalidad.

A mi asesora, Dra. Marta Tawil Kuri, gracias por tu paciencia, por dejarme exponer mis ideas y orientarme. Por todo lo que me enseñaste, por ser crítica, por el interés que mostraste, por las palabras de aliento, por las reuniones que tuvimos, los mensajes de texto, las notas de audio, los correos, por el tiempo que dedicaste a mi tesis, por no desesperarte pese a las inconsistencias que tuve, por todo el material que pusiste a mi disposición, por los autores que me recomendaste. Me siento muy orgulloso de mencionarte como mi directora de tesis.

Agradezco a El Colegio de México por todas las facilidades que tiene para sus alumnos, por las instalaciones, por el personal siempre amable, por siempre buscar una mejora, por los espacios de estudio en la biblioteca, por la biblioteca en sí que es maravillosa, por todos los estudios, coloquios, presentaciones, publicaciones y conferencias que promueve.

También doy gracias al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), institución que financió, apoyó e hizo posible la realización de mis estudios de maestría. Sé que tengo una deuda social que buscaré retribuir.

ÍNDICE DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	8
PRIMER CAPÍTULO. MARCO HISTÓRICO-CONCEPTUAL: DEFINICIÓN DEL SISTEMA INTERNACIONAL Y ANTECEDENTES SOCIOPOLÍTICOS DE LA RIVALIDAD IRANO-SAUDÍ.....	13
<i>1.1. Análisis del sistema internacional y su interacción con Arabia Saudí e Irán</i>	<i>14</i>
<i>1.2. Sunismo y chiismo como base de la identidad social y como ideologías de Estado.....</i>	<i>22</i>
1.2.2. Arabia Saudí y el islam político: una relación de cooperación y conflicto.....	25
<i>1.3. 1979: La revolución de Irán, la invasión soviética de Afganistán y sus repercusiones en Medio Oriente durante la década de 1980.....</i>	<i>28</i>
1.3.1. La Revolución de Irán y sus consecuencias en la relación bilateral irano-saudí.....	28
1.3.2. Arabia Saudí en dos frentes: amenazas internas y externas para el régimen.....	33
SEGUNDO CAPÍTULO: HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE POSTERIOR A LA CAÍDA DEL BLOQUE DEL ESTE Y DISTENSIÓN ENTRE ARABIA SAUDÍ E IRÁN (1990-2002).....	35
<i>2.1. Nuevo orden internacional y hegemonía estadounidense: De la unipolaridad a la unimultipolaridad (1990-2002)</i>	<i>36</i>
<i>2.2. Distensión entre el Reino Saudí y la república iraní</i>	<i>44</i>
<i>2.3. Conclusiones del capítulo</i>	<i>57</i>
TERCER CAPÍTULO: LAS REPERCUSIONES DEL CAMBIO EN EL SISTEMA INTERNACIONAL EN LA CONFIGURACIÓN DE LA RIVALIDAD IRANO-SAUDÍ Y SU REPRESENTACIÓN EN LÍBANO (2003-2010) Y YEMEN (2011-2017).....	60
<i>3.1. La invasión estadounidense de Iraq: el inicio de una nueva rivalidad y el retorno de viejas amenazas sectarias (2003-2010)</i>	<i>61</i>
<i>3.2. Líbano como tablero geopolítico de la rivalidad bilateral irano-saudí (2003-2010).....</i>	<i>72</i>
<i>3.3. Tormenta en la primavera, el incremento de la violencia sectaria tras las protestas sociales en la región (2011-2017)</i>	<i>81</i>
<i>3.4. Manifestación de la rivalidad irano-saudí en Yemen (2011-2017)</i>	<i>87</i>
<i>3.5. Conclusiones del capítulo</i>	<i>96</i>
CONSIDERACIONES FINALES	99
REFERENCIAS	106

Resumen

A lo largo del siglo XXI, Arabia Saudí e Irán han mantenido una rivalidad que contrasta con el periodo de cooperación que protagonizaron durante la década de 1990. Este antagonismo se ha expresado mediante la instrumentalización religiosa, el apoyo a grupos armados y políticos afines, así como el respaldo a regímenes aliados, competencias comerciales, entre otros. Para entender los cambios de comportamiento que produjeron esta hostilidad, la presente investigación sostiene que el sistema internacional – definido de manera simple por la distribución de poder – y la forma en que este evolucionó tras la invasión estadounidense de Iraq en 2003 moldearon las actitudes y percepciones de amenaza de Riad y Teherán en detrimento del acercamiento que habían alcanzado en la década previa. El trabajo se divide en dos ciclos, 1990-2002 y 2003-2017, cada uno con puntos de inflexión que influyeron directamente en el cambio de conducta de Irán y Arabia Saudí. Esta división permite detectar con mayor facilidad los acontecimientos y las alteraciones del sistema internacional que forjaron la rivalidad entre ambos a partir de 2003, año en que Estados Unidos decidió invadir Iraq como parte de su proyecto de hegemonía unipolar iniciado en 2001. En el segundo ciclo, Líbano y Yemen sirven para ilustrar la forma en que la relación bilateral irano-saudí afectó directamente la realidad de diferentes países de la región. La investigación ofrece una aproximación diferente a la relación entre Irán y Arabia Saudí en la que se hace énfasis en el peso del sistema internacional en el cambio de actitudes de los Estados y se aparta de explicaciones basadas en el sectarismo étnico o religioso, las cuales describen el conflicto como uno histórico y se apartan del análisis estructural de la región y la forma en que se conjuga con los factores internacionales.

Palabras clave

Sistema Internacional, Distribución Internacional del Poder, Hegemonía, Unipolaridad, Alianzas Regionales.

Abstract

Throughout the 21st century, Saudi Arabia and Iran have maintained a rivalry that contrasts with the period of cooperation they accomplished during the 1990s. This antagonism has been expressed by means of instrumentalization of religion, support for military and political groups, as well as protection for allied regimes and commercial disputes. In order to understand the different changes in their behaviour which generated this hostility, this work argues that the international system – defined by the distribution of power – and the way it evolved after the US invasion of Iraq in 2003 shaped attitudes and perceptions of the threats of Riyadh and Tehran to the detriment of the good relationship they had achieved in the previous decade. The investigation is divided into two cycles, 1990-2002 and 2003-2017, each with inflection points that directly influenced in the change of behaviour of Iran and Saudi Arabia. This division makes it possible to highlight the events and alterations of the international system that forged the rivalry between the two regimes since 2003, the year in which the United States decided to invade Iraq as part of its unipolar hegemony project which started in 2001. In the second cycle, Lebanon and Yemen illustrate the way in which the Iranian-Saudi bilateral relationship affected the reality of different countries in the region. This work offers a different approach to the relationship between Iran and Saudi Arabia, which emphasizes the weight of the international system in the change of attitudes of these two countries and departs from explanations based on ethnic or religious sectarianism, which describe the conflict as a historical one and do not focus on the structural analysis of the region and the way in which it is related to international variables.

Keywords

International System, International Distribution of Power, Hegemony, Regional Alliances, Unipolarity.

INTRODUCCIÓN

Durante la mayor parte del siglo XXI, la República Islámica de Irán y el Reino de Arabia Saudí han mantenido una relación bilateral antagónica que se ha expresado de formas diversas dentro de Medio Oriente y que ha tenido consecuencias directas en países como Iraq, Siria, Líbano, Bahreín y Yemen. La hostilidad entre ambos Estados ha contribuido con la dilatación de la inestabilidad regional debido a los medios de que se han valido para incrementar sus áreas de influencia y diezmar a su contraparte. La tensión actual entre ambos Estados, sin embargo, contrasta con el periodo de acercamiento y cooperación que se suscitó durante la década de 1990 y que se extendió hasta 2003, año en que Washington emprendió una nueva invasión a Bagdad como parte de un proyecto hegemónico diseñado durante la administración del presidente George W. Bush.

Para explicar la antipatía que actualmente protagonizan Irán y Arabia Saudí, diversos analistas han recurrido a la historia, la composición demográfica de los dos países y las divisiones en el seno del islam, sunismo y chiismo. En este sentido, una gran cantidad de los estudios recientes respecto a esta discordia se ha enfocado en el sectarismo como principal variable explicativa del enfrentamiento entre estos dos regímenes. Estas aproximaciones al fenómeno basadas en una aversión de corte religioso, étnico o histórico, no obstante, ofrecen un punto de vista limitado que, deliberada o inadvertidamente, resta importancia a los factores externos a la región que han moldeado la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí.¹

¹ El especialista en Medio Oriente, Vali Nasr (2007), en su obra *The Shia Revival*, asegura que el derrocamiento de Saddam Husein, mediante la invasión de 2003, cambió el balance de poder entre suníes y chiíes de la región; esta variación de poder, de acuerdo con el autor, colocó a Irán al frente del resurgimiento chií mediante un consenso entre gobiernos y movimientos chiíes. Argumenta, a su vez, que el liderazgo árabe suní, incluido el saudí, vio a Irán no solo como competencia, sino como amenaza debido a que, en la mente de muchos, los chiíes

En este sentido, en el presente trabajo se reconoce la importancia del islam como categoría identitaria e ideología de Estado en tanto que Irán y Arabia Saudí se identifican islámicos, sin embargo, se hace énfasis en que la politización religiosa y la creación de ideologías e identidades religiosas adquieren una dimensión mayor cuando confluyen con otras variables como las relaciones interestatales, los objetivos políticos y económicos, así como la seguridad y supervivencia de los regímenes. Se rechaza, asimismo, que la rivalidad entre ambos Estados en el siglo XXI sea una continuidad de un antagonismo que nació en el año de 1979 tras el estallido de la revolución iraní.²

Para efectos de esta investigación, la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí en el siglo XXI es resultado de la evolución del sistema internacional, a saber, los cambios en la distribución internacional del poder político, económico y normativo. De igual manera, se considera que a partir de la invasión estadounidense de Iraq en 2003 el sistema internacional generó presiones que agudizaron las percepciones de seguridad de los regímenes saudí e iraní, lo cual, a su vez, tuvo repercusiones en su relación bilateral y generó un antagonismo entre ambos Estados que perdura hasta la fecha.

árabes son más leales a sus hermanos chiíes que a los regímenes en que residen. Por su parte, Toby Matthiesen (2013), con su obra *Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring that wasn't* y Lawrence Potter (2014) como editor de la obra *Sectarian Politics in the Persian Gulf*, hacen énfasis en la manera en que las instituciones gubernamentales han adoptado medidas sectarias para enfrentar los fenómenos que se presentan en la zona, especialmente tras la caída de Saddam Husein y el surgimiento de las protestas sociales en 2011. Potter asegura que el sectarismo en el Golfo Pérsico continuará debido a la retórica de confrontación que persiste en los medios, la legitimidad cuestionable de los gobernantes y las políticas de dividir para gobernar que caracterizan a los regímenes del Golfo Pérsico. Para el autor, este es el marco en que se da la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán.

² Toby Matthiesen (2013) señala que los regímenes del Golfo desarrollaron una especie de paranoia desde la revolución iraní de 1979 que los hace sospechar de cada una de las protestas sociales en que se involucren los chiíes, ello por la posible influencia que Irán puede tener en ellas. Para Matthiesen, la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí es una continuidad desde la revolución de 1979 que ha tenido sus altibajos según las exigencias de las comunidades chiíes y el involucramiento iraní en potenciar estas exigencias.

De esta forma, el objetivo principal de la tesis que aquí se presenta es identificar los medios con que el sistema internacional condujo a la República Islámica de Irán y al Reino de Arabia Saudí hacia una relación hostil en el siglo XXI. Como elementos del sistema internacional se reconocerán las variaciones en la distribución internacional del poder, las alianzas y conflictos que perturban esta distribución, la adopción de sistemas ideológicos y económicos preponderantes, así como el surgimiento de fenómenos transnacionales que afectan la seguridad interna de los regímenes.

Igualmente, con el propósito de demostrar la alteración en la relación bilateral entre Irán y Arabia Saudí como parte de la evolución del sistema internacional, se plantean dos ciclos en torno a los cuales se desarrolla el argumento principal de esta investigación, 1990-2002 y 2003-2017, cada uno con puntos de inflexión que transformaron la coyuntura regional y afectaron directamente la relación irano-saudí. Dentro del segundo ciclo, Líbano y Yemen servirán de escenario para examinar la forma en que la rivalidad entre la República Islámica y el Reino Saudí afecta la dinámica interna de otros países de la región.

El presente trabajo contribuye al análisis de la relación entre Irán y Arabia Saudí desde la pretensión que existe de responsabilizar al sistema internacional por el desarrollo de la hostilidad actual entre ambos Estados, sin dejar de observar el papel que tienen las características sociales y políticas presentes en cada uno de estos países, la identidad religiosa y la demografía, por ejemplo. De esta forma, pese a que se admite que Medio Oriente forma un sistema regional por sí mismo con particularidades propias, se hace énfasis en los elementos externos que se han conjugado con la dinámica de la región y con los aspectos locales de cada país para configurar el antagonismo entre Irán y Arabia Saudí. La división en ciclos facilitará la comprensión del proceso que dirigió a estos dos Estados de un lapso de

cordialidad en la década de 1990, que culminó con la firma de un tratado de cooperación en materia de seguridad, a una relación de hosquedad en la que el riesgo de enfrentamientos directos está siempre latente.

Para examinar la vigencia y utilidad del argumento central, la investigación se divide en tres capítulos y un apartado de consideraciones finales. En el capítulo inicial se define el concepto clave de la tesis, el sistema internacional. Además, se expone de manera general la evolución del mismo y la forma en que ha influido para alterar la coyuntura de Medio Oriente. Este apartado, igualmente, servirá para exponer el contexto en que Irán y Arabia Saudí han abrazado el islam como ideología de Estado y cómo es que diferentes sociedades en Medio Oriente se han visto afectadas por la instrumentalización política de la religión. Por último, se presentan las consecuencias que tuvieron los eventos del año 1979, la revolución iraní y la invasión soviética de Afganistán, como antecedentes históricos de la relación irano-saudí.

El segundo capítulo es el desarrollo de la relación bilateral en el primer ciclo planteado con anterioridad, 1990-2002, en él se examinarán las razones por las que, a pesar de haber mantenido una relación de discordia durante la década de 1980, Irán y Arabia Saudí deciden implementar políticas de distensión, acercamiento y cooperación cuando el sistema internacional deja de caracterizarse por la bipolaridad de la Guerra Fría y Estados Unidos intenta crear uno de índole unipolar.

El tercer capítulo es el análisis del argumento central de la investigación durante el segundo ciclo, 2003-2017. En esta sección se explican las formas en que el sistema internacional, no desde el inicio de la administración Bush en 2001, sino tras la invasión estadounidense de Iraq, moldeó la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí en un momento en que Estados Unidos buscó implementar un proyecto hegemónico en el que la unipolaridad sería

indiscutible. En esta sección, de igual forma, se expone la forma en que la relación antagónica se ha manifestado en dos escenarios de conflicto específicos: Líbano y Yemen.

PRIMER CAPÍTULO. MARCO HISTÓRICO-CONCEPTUAL: DEFINICIÓN DEL SISTEMA INTERNACIONAL Y ANTECEDENTES SOCIOPOLÍTICOS DE LA RIVALIDAD IRANO-SAUDÍ.

La relación bilateral entre Irán y Arabia Saudí tuvo, tras la revolución iraní, la invasión soviética de Afganistán en 1979 y el estallido de la guerra Iraq-Irán, un capítulo previo de discordia en el que la instrumentalización del islam desempeñó un papel trascendental en la creación de identidades e ideologías políticas. En aquel periodo de fricción que se extendió por toda la década de 1980, sin embargo, se presentaron características que diferencian tajantemente a ese episodio de antagonismo con la rivalidad actual entre la República Islámica y el Reino Saudí, rivalidad en la que el sistema internacional ha tenido un peso mucho mayor. En este sentido, el presente capítulo tiene dos objetivos principales. El primero es definir el concepto clave de la investigación, el sistema internacional, así como presentar de manera general su evolución y las formas en que se ha conjugado con el sistema regional de Medio Oriente. El segundo objetivo es exponer antecedentes puntuales de la instrumentalización del islam en la zona, así como de la hostilidad previa entre Irán y Arabia Saudí. El capítulo se divide en tres secciones: definición del sistema internacional, antecedentes contemporáneos del uso del islam como ideología política y contexto histórico en que Irán y Arabia Saudí desarrollaron una relación hostil durante la década de 1980. De esta manera, el lector tendrá más herramientas para comprender las formas en que los factores religiosos se convierten en un mecanismo político de supervivencia y cómo el sistema internacional afecta el comportamiento y capacidad de decisión de los Estados.

1.1. Análisis del sistema internacional y su interacción con Arabia Saudí e Irán

Para objetivos de la presente investigación, se reconoce que la rivalidad actual entre Irán y Arabia Saudí está determinada por un sistema internacional que, en el nivel más básico, está definido por la distribución del poder dentro de él (Gause III, 2010, p. 6). Sin embargo, es indispensable tomar en cuenta que Medio Oriente conforma, en sí mismo, un sistema regional. En este sentido, para entender a la región desde un análisis sistémico es necesario tomar en cuenta cuatro factores. El primero es la anarquía que heredó de la caída del Imperio Otomano, entendida como la ausencia de una autoridad central que unificase a los nuevos Estados, que ni el islam político ni el panarabismo pudieron aminorar, menos aún desaparecer. El segundo factor es que la zona se caracteriza por una distribución de poder con múltiples protagonistas; el presente estudio se enfoca en Arabia Saudí e Irán, pero hay otros, como Israel o Turquía que también tienen un papel de potencia regional.³ El tercer factor es la naturaleza cambiante de las relaciones Estado-sociedad, la formación estatal trajo consigo enormes retos para la creación de identidades y lealtades nacionales de las sociedades que permanecieron en las fronteras que se trazaron. Por último, están el nivel de integración y desarrollo económico que se reflejan, entre otras realidades, en la migración laboral y en los grandes flujos de capital a nivel regional e internacional (Gause III, 1999, p. 26-30).

Aquí se analizarán las diferentes formas en que el sistema internacional se ha combinado con las características del sistema de Medio Oriente para configurar la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí en el siglo XXI. Para ello, se expondrán las principales

³ Raymond Hinnebusch (en Hinnebusch y Ehteshami, 2002) considera que el sistema regional de Medio Oriente se conforma por los miembros de la Liga Árabe, Turquía, Irán e Israel. Hinnebusch remarca la relevancia de estos Estados no árabes por su contigüidad geográfica y el papel preponderante que han tenido en los conflictos de la región. De esta manera, Turquía, Irán e Israel son parte esencial del balance de poder regional.

transformaciones en el sistema que afectaron la relación entre Teherán y Riad, así como los vínculos del sistema internacional con los elementos locales que determinaron el comportamiento de ambos Estados. Se entenderá por transformación lo propuesto por Gamil Matar y ‘Ali al-Din Hilal (1983 en Gausse III, 1999, p. 17), el cambio fundamental en las capacidades de poder en el sistema, en los tipos de ideologías dominantes o en la formación de alianzas o fenómenos que perturban el balance de poder y la formación de nuevos ejes con diferentes puntos de enlace. De igual manera, se parte desde la base en que “las fuerzas locales determinan lo que un Estado *desea* hacer, sin embargo, es el nivel sistémico, con énfasis en la posición estatal en la distribución de poder, lo que determina lo que un Estado *puede* hacer” (Hinnebusch en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 19).

Si bien se admite un trasfondo sectario en el antagonismo entre Irán y Arabia Saudí debido a su adhesión a corrientes diferentes del islam, chiismo y wahabismo, se reconocerá su relevancia desde la instrumentalización que ambos Estados otorgan a este sectarismo en cuanto entra en contacto con las consecuencias resultantes de la evolución en el sistema internacional. De esta manera, aunque la región de Medio Oriente tiene su propia estructura, es necesario considerar que también es parte de la dinámica de un sistema internacional.

Hasta antes de la década de 1990, el sistema internacional se caracterizaba por su bipolaridad y estaba definido por la Guerra Fría y balance de poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Durante este conflicto ideológico, Moscú y Washington compitieron por extender sus redes de influencia por la región. Previo a 1979, Estados Unidos logró asegurar la lealtad de Arabia Saudí e Irán en una política de contención del comunismo; no obstante, el estallido de la revolución iraní y la instauración de una República Islámica cambió la situación. Teherán se alejó de la esfera estadounidense y de la soviética y prefirió una retórica

islámica y tercermundista. Lo anterior generó animadversión en el Reino Saudí por el eco que la revolución generó en las sociedades chiíes del Golfo Pérsico, incluida la propia.

La caída de la Unión Soviética cambió el orden internacional. Estados Unidos surgió como única potencia hegemónica y se propuso imponer un sistema unipolar.⁴ La derrota del bloque del Este significó también el auge de la globalización y el neoliberalismo como corrientes económicas preponderantes, lo que acercó a Arabia Saudí e Irán al mercado global, pero significó también desigualdad económica y el abandono de ciertos contratos sociales que llevaron al descontento de sus sociedades. En la década de 1990, además, Estados Unidos decidió cambiar su papel en el mundo y, por lo tanto, en la zona hacia uno más militarizado y directo, que culminó en su intervención sin oposición en Iraq en 1991.

En esta unipolaridad, Estados Unidos detentó el poder en términos de Joseph Nye (1990 en Lang, 1999, p. 76), a saber, la habilidad de definir la agenda internacional. Este poder incluía el control del discurso global y la capacidad de establecer el significado de ideas y conceptos clave como “democracia”, “liberalización” y “terrorismo” (Lang, 1999, p. 76). Así, Washington sustituyó al comunismo por el terrorismo islámico como el máximo enemigo global (Halliday, 2009, p. 9) y designó a sus enemigos para imponerles sanciones, presionarlos militarmente o intentar aislarlos. Igualmente, Estados Unidos, con el apoyo de Europa y el consentimiento soviético, no solo mostró su poderío ideológico, sino que también

⁴ La idea de un mundo unipolar hace énfasis en la hegemonía de un Estado que no tiene un oponente real que pueda equilibrar la balanza de poder en el sistema internacional, la cual fue adoptada tras el colapso de la Unión Soviética. El protagonista de esta idea de la unipolaridad es Charles Krauthammer, quien, en 1990, escribió un artículo llamado “El Momento Unipolar” en el que predecía que la unipolaridad estadounidense tendría una duración aproximada de una década antes del surgimiento de un mundo multipolar inestable (Gaiser y Kovac, 2012, p. 52).

intervino decisivamente en la región y desplegó a sus tropas para manifestar su predominio militar y material (Roberson en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 60).

Respecto a la proyección hegemónica que pretendía alcanzar Estados Unidos y que lo diferenciaba de otras potencias menores, Robert Cox (1993) asegura que los intereses locales de las grandes potencias determinan su política exterior “derivados de la libertad de acción para definirlos y proyectarlos hacia el campo internacional, mientras que las potencias más pequeñas poseen menos autonomía para ello”. Además, “la vida económica de las naciones subordinadas se encuentra penetrada y atravesada por la dinámica impuesta por las grandes naciones”. Igualmente, el autor señala que “las hegemonías internacionales son instauradas por Estados fuertes que imponen un ordenamiento mundial, en donde los Estados no necesariamente son explotados directa y abiertamente, sino que encuentran compatibilidades, afinidades y espacios para la satisfacción de intereses, mismos que son determinados en términos ideológicos por la concepción de mundo impuesta por la hegemonía mundializada” (Herrera, 2017, p. 26-28).

Para principios de los años 1990, década en que Estados Unidos intentó por primera vez extender su hegemonía unipolar, Irán e Iraq se encontraban debilitados por una guerra de ocho años entre ellos, en buena medida producto de la revolución de Irán en 1979; además, el colapso del bloque del Este debilitó la posición de Estados nacionalistas y el conflicto árabe-israelí se estancó en un *impasse* tanto por la crisis iraquí como por el derrumbe de la Unión Soviética. En ese contexto, Estados Unidos tuvo una oportunidad sin precedentes de proyectar su influencia y proponer sus soluciones a los conflictos regionales, como el árabe-israelí (Roberson en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 60).

A pesar de lo anterior, Estados Unidos no pudo mantener su hegemonía por mucho tiempo. A mediados de la década de 1990, las fallas de los Acuerdos de Oslo para la paz palestina-israelí se hicieron evidentes, generando insatisfacción y frustración en las sociedades árabes; al mismo tiempo, el islamismo radical y yihadista se afirmó como actor en la escena regional. Washington, con el presidente Bill Clinton, enfocó su atención en una agenda de apertura económica, a la que se consideraba la condición para la resolución del conflicto árabe-israelí; además, el gobierno estadounidense durante el presidente Clinton comenzó a dar prioridad al combate al terrorismo en la agenda de política exterior (Tawil, 2016, p. 34-35).

A mediados de la década de 1990, Washington no fue capaz de detener los genocidios en Kosovo, Somalia o Bosnia, asimismo, el fundamentalismo islámico resurgió, Kabul fue sitiada en 1996 por los talibán, las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania fueron atacadas por Al-Qaeda y, al mismo tiempo, fracasó la estrategia del presidente Clinton de incluir a China en la Organización Mundial de Comercio para generar cambios democráticos en el país asiático. En la segunda mitad de la década, China, con el beneplácito estadounidense, logró penetrar en diferentes regiones ricas en recursos energéticos y tuvo un auge económico sin precedentes (Gaiser y Kovac, 2012, p. 54). A finales de la década de 1990, Samuel Huntington (1999, p. 35-36) empleó el término uni-multipolaridad para definir el estado en que se encontraba el sistema internacional:

“actualmente solo hay una super potencia, pero eso no significa que el mundo sea unipolar. Un sistema unipolar tendría una súper potencia, sin otras potencias significativas y muchas potencias menores. Un mundo multipolar tiene muchas potencias mayores de fuerza comparable que cooperan y compiten entre ellos con

patrones cambiantes. La política internacional contemporánea no encaja en estas categorías. Es, en lugar, un híbrido extraño, un sistema uni-multipolar con una súper potencia y muchas potencias mayores”

En la última década del siglo XX, a pesar de la enemistad de Estados Unidos con la República Islámica de Irán y sus políticas de contención hacia ella e Iraq, se vivió un acercamiento entre Riad y Teherán, sin importar la enemistad que los llevó a un periodo de tensión durante la década de 1980, ni la alianza entre la monarquía saudí y Estados Unidos. Los acercamientos entre ambos regímenes culminaron con la firma de acuerdos en temas diversos, como comercio y combate al terrorismo. Ambos Estados aprovecharon la tímida política exterior del presidente Clinton para posicionarse en la región y plantearse objetivos en común de acuerdo con la tendencia mundial, es decir, el libre mercado y el combate al terrorismo.

En 2001, no obstante, la actitud de Estados Unidos hacia Medio Oriente, y el mundo en general, cambió por completo con la llegada de George Walker Bush al poder quien, junto con su grupo de neoconservadores,⁵ impulsó una ideología que, en palabras de Anatol Lieven (2002, en Cook, 2008, p. 24), pugnaba por un dominio mundial unilateral mediante superioridad militar absoluta; este “plan básico y generalmente aceptado” se desarrolló en grupos de intelectuales allegados al vicepresidente Dick Cheney y Richard Perle, quien servía como presidente del Comité de Políticas de Defensa y asesor del Pentágono, personajes muy cercanos al presidente Bush. Asimismo, se estableció la idea de la guerra preventiva para

⁵ Los neoconservadores son un grupo de políticos que forjaron su carrera en centros de estudios o comités de derecha como el Instituto Empresarial Americano, el Instituto Judío para Asuntos de Seguridad Nacional, el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano y el Centro para la Política de Seguridad. Igualmente, tenían estrechas relaciones con grupos pro-Israel como el Comité Americano de Asuntos Públicos de Israel y la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones judío-americanas (Cook, 2008, p. 25).

derrotar a cualquier Estado que pudiera considerarse como una amenaza potencial para la dominación global estadounidense (Cook, 2008, p. 25).

De acuerdo con Gaiser y Kovac (2012, p. 55) los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 fueron el detonante para que Estados Unidos mostrara su intención de hacer al mundo más unipolar que nunca mediante su poderío militar. La conquista de Afganistán y el derrocamiento del régimen Talibán tardó solo dos meses, por ejemplo. A ello se agregó una política de “auténtica desvergüenza” que llevó a Estados Unidos a invadir Iraq en flagrante violación de los estatutos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), tras ignorar la opinión de la mayoría de los gobiernos del mundo, del Secretario General de la ONU, Kofi Annan, y de un gran consenso de eruditos del derecho internacional (Zunes en Fawn y Hinnebusch, 2006, p. 28).

En el momento de despliegue militar en Iraq en 2003, Arabia Saudí fue central en la estrategia estadounidense para posicionar tropas y estabilizar los precios del petróleo cuando la oferta iraquí se contrajo drásticamente. Pese a que mucha información conectaba a los más altos mandos saudíes con el terrorismo, Washington mantuvo su histórica alianza con la monarquía saudí y dirigió sus esfuerzos bélicos hacia Iraq (Cook, 2008, p. 16). Igualmente, en 2002 designó a Irán como parte del “*eje del mal*”, en el cual se hizo explícito quiénes serían los principales Estados enemigos de Estados Unidos. Desde 2003, la presencia estadounidense en las dos fronteras de Irán preocupó al régimen iraní, por lo que afianzó sus lazos con Siria y desconfió de los aliados de Washington en la zona, Arabia Saudí e Israel, principalmente.

En la primera década del siglo XXI, aunque logró derrocar a Saddam Husein en los primeros meses de la intervención en Iraq y concretó la expulsión de las fuerzas sirias de

Líbano, Estados Unidos, debido, entre otras, a un periodo de debilitamiento económico que resultó en la crisis de 2008, no pudo estabilizar Iraq o Afganistán y dejó dos países vulnerables y sumidos en la violencia. Para Gaiser y Kovac (2012, p. 57), después de 2006 el concepto de uni-multipolaridad de Huntington fue mucho más preciso que en 1999. En ese momento, otras potencias mayores no podrían contrarrestar la fuerza estadounidense, por lo que el mundo no era multipolar; no obstante, era notorio que Washington necesitaba de estas potencias para lograr sus objetivos. Asimismo, surgieron otras organizaciones que desafiaron la autoridad de Estados Unidos. Desde 2006, Washington había fracasado en su proyecto hegemónico.

En un intento por mejorar la imagen estadounidense en la zona, en 2010, el presidente Barack Obama anunció la salida de alrededor de 100,000 de las casi 150,000 tropas que permanecían en Iraq. Arabia Saudí mostró un claro descontento con la operación porque permitía a Irán incrementar su influencia en la región, desde Iraq y Líbano. La primera década del siglo XXI, asimismo, fue testigo del auge de contrapesos para Washington en la zona. Como se apreciará con mayor detenimiento en los capítulos sucesivos, Rusia y China ampliaron su relación con los países de la región, hubo intercambio de visitas de Estado con Irán y Arabia Saudí, se firmaron acuerdos en diversos sentidos, especialmente respecto a venta de armamento y desarrollo de infraestructura energética. A diferencia de Estados Unidos, Rusia y China no se preocuparon por imponer o respaldar alguna ideología política o económica en los países de Medio Oriente para establecer relaciones con ellos, lo cual facilitó su acercamiento con diversos regímenes (Cordesman y Kleiber, 2007; Belopolsky, 2009; Harold y Nader, 2012; Zavareh y Barzoki, 2018). Mientras tanto, la proliferación de

armas y la vulnerabilidad de ciertos Estados colaboraron para que grupos armados, como al-Qaeda y sus diferentes filiales, amenazaran la integridad de la región.

Por último, entre 2010 y 2011, el sistema regional presentó otro cambio por el estallido de movimientos sociales en toda la región y la evolución de ellos en cruentas guerras civiles. Esto se sumó al vacío de poder que dejó Estados Unidos por el cambio en su política exterior hacia Medio Oriente, a la intención rusa y china por ganar protagonismo en la región, al avance de grupos terroristas y, especialmente, a la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán que se intensificó por la desconfianza mutua, los desacuerdos en temas diversos y por las alianzas regionales e internacionales que forjaron o fortalecieron ambos regímenes.

1.2. Sunismo y chiismo como base de la identidad social y como ideologías de Estado

El año de 1979 fue un punto de inflexión para Medio Oriente. La revolución de Irán derrumbó a la monarquía Pahlevi, aliada de Estados Unidos, y resultó en la creación de una República Islámica que rompió con el statu quo de la región. De inmediato, la política exterior del nuevo régimen en Irán tuvo dos objetivos principales, exportar el mensaje de su revolución y promover el tercermundismo, es decir, alejarse de la dinámica de adhesión-confrontación de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Asimismo, desde la llegada al poder del Ayatolá Ruhollah Jomeini, la retórica del régimen iraní tuvo al islam como piedra angular, no obstante, a diferencia de las monarquías árabes y la mayoría social en la región, la corriente religiosa que profesaban los nuevos líderes, así como la generalidad de los iraníes, era la expresión minoritaria del islam, el chiismo. Por su parte, la monarquía saudí desde principios del siglo XX había sido un aliado estratégico de Estados Unidos y fue un

pilar en la lucha contra el comunismo en la región. Arabia Saudí es un Estado que se adhiere y promueve la corriente fundamentalista suní-wahabí del islam y existe una dependencia política entre gobernantes e instituciones religiosas que se legitiman mutuamente. De esta forma, ambos países, desde su concepción y percepción islámica, tienen una corriente religiosa como base de identidad social que, al mismo tiempo, ha forjado la ideología estatal.

1.2.1. El chiismo como expresión minoritaria del islam en Medio Oriente

A pesar de que la historia del islam tiene varios episodios de debates, controversias y acontecimientos puntuales de discordia entre el sunismo y el chiismo, sería un error considerar a estas ramas religiosas, y las sociedades que las siguen, como enemigas históricas y congénitas. Para entender las relaciones entre ellas es indispensable tener presente que ambas son parte de una cronología compuesta por fenómenos políticos en los que la instrumentalización de cada una de estas vertientes religiosas es crucial para la consecución de objetivos. La demografía es importante en este juego político pues la rama del chiismo tiene el papel de minoría, solo entre 10% y 15% de los musulmanes adhieren a esta fracción religiosa (Brunner en Maréchal y Zemni, 2013, p. 25).

En este contexto demográfico, las poblaciones chiíes viven realidades distintas en cada uno de los países en que se encuentran. En Arabia Saudí, por ejemplo, los chiíes son continuamente discriminados por el aparato gubernamental y la élite religiosa que lo legitima. La monarquía y los líderes religiosos saudíes pertenecen a una subdivisión del sunismo

llamada wahabismo, derivada del salafismo, principio en el que se favorece el retorno a la era *salaf*, de los ancestros píos (Mervin en Maréchal y Zemni, 2013, p. 18).⁶

No obstante, Arabia Saudí no fue el único país en que los chiíes sufrieron condiciones adversas, ya que fueron víctimas de desventajas políticas y económicas en Líbano,⁷ discriminación religiosa y política en Bahrein, así como opresión de una dictadura que pretendía ser secular en Iraq (Brunner en Maréchal y Zemni, 2013, p. 28). En otros países como Kuwait y Emiratos Árabes Unidos, los chiíes han tenido buenas relaciones con los regímenes a los que pertenecen (Louër en Mervin, 2010, p. 67).⁸

En 1979, la revolución iraní se insertó dentro de esta dinámica regional y tuvo diferentes resultados en cada uno de los escenarios, entre ellos diferentes movimientos subversivos inspirados por los ideales del Ayatolá Ruhollah Jomeini, líder ideológico de la revolución iraní. La radicalización política de los chiíes no iraníes, sin embargo, no fue solo una consecuencia de la revolución. Las condiciones socioeconómicas desfavorables que contribuyeron al estallido de la revolución iraní estaban presentes en otros lugares también,

⁶ En la península arábiga, Muhammad b. Abd al-Wahhab creía que el islam en mucho del territorio de la actual monarquía saudí había caído a una religión supersticiosa que se asemejaba a la religión que existía en tiempos preislámicos en el Hijaz. Él sentía que esto comprometía la unidad de Dios (*tawhid*) y, por lo tanto, buscó purificar el islam al enfocarse en el politeísmo (*shirk*) y rechazando todas las formas de innovación (*bid'ah*). En lo legal era seguidor de la escuela Hanbali y estaba influenciado por figuras claves como Ibn Taymiya e Ibn al-Qayyim. A sus seguidores se les llamaba “wahabíes” de forma peyorativa, aunque ellos mismos usaban términos como *muwahhidun* (los unitarios) o los seguidores del camino de los *al-salaf al-salih* (los ancestros píos) (Saeed, 2013, p. 29).

⁷ En Líbano, la relación entre la demografía y la distribución del poder ha sido una de las principales causas de disputas religiosas. La base estadística poblacional libanesa es un censo que data de 1932; este censo determina el peso político de los grupos sociales hasta la fecha. En él, los maronitas cristianos fueron mayoría y se les asignó la responsabilidad de la presidencia. Los suníes, por ser la segunda mayoría, proveerían al primer ministro, mientras tanto, los chiíes fueron relegados al modesto puesto de presidente del parlamento, por su situación de minoría (Brunner en Maréchal y Zemni, 2013, p. 29).

⁸ En las monarquías del Golfo, la proporción chií es diversa: en Bahrein representan 70% de la población, en Kuwait 25%, en Emiratos Árabes Unidos 10%, en Qatar 15%, Oman 3% y en Arabia Saudí entre 6% y 15%. En este último país, los chiíes se concentran en la provincia oriental, donde se encuentran los recursos petroleros del país y donde constituyen entre 33% y 50% del total de la población. Bahrein y Arabia Saudí alejaron a los chiíes del poder, del desarrollo económico y social y los relegaron a ciudadanos de segunda al no adecuarse a la rama religiosa de la élite gobernante (Louër en Mervin, 2010, p. 63).

especialmente reflejadas en la presión de problemas económicos sociales y una demanda por participación política expresada en el rechazo de los chífes a ser tratados como ciudadanos de segunda clase (Roy en Mervin, 2010, p. 34-35).

1.2.2. Arabia Saudí y el islam político: una relación de cooperación y conflicto

Arabia Saudí surgió como Estado tras la combinación de fuerzas entre la familia de Abdulaziz al-Saud, que poseía poder político, y la familia de Ibn Abd al-Wahhab, que tenía legitimidad religiosa.⁹ Para lograr primacía, utilizaron la religión para compensar la afiliación tribal y la segmentación social del territorio. Nacionalmente, los *'ulama*¹⁰ wahabíes son el mayor soporte de la monarquía, si los príncipes y los *'ulama* están de acuerdo en algún asunto de carácter político o social; hay muy poco espacio para una disconformidad generalizada (Fattah, 2013, p. 301).

La cuestión central sobre la relación wahabismo-Estado en Arabia Saudí es la determinación del grado en que el Estado depende de las instituciones religiosas o el nivel en que el Estado es capaz de dirigir el impacto social y desarrollo de estas, incluso al punto de controlarlas. La historia saudí contemporánea está marcada por el cambio en la influencia que cada uno posee en diferentes momentos, con el Estado algunas veces afirmando grandes

⁹ La colaboración entre Muhammed Ibn Saud e Ibn 'Abd al-Wahhab se formó cuando se expulsó al segundo de su pueblo natal, 'Uyaynah, después de ganar prominencia como predicador. Cuando llegó a Dir'iyah, lo recibió Muhammad Ibn Saud quien le garantizó protección. El pacto se selló por los dos hombres en 1744. Como parte del pacto, Ibn Saud permitió a 'Abd al-Wahhab el monopolio y la autoridad en todos los asuntos religiosos y se construyó una mezquita dedicada a él para que propagara sus doctrinas religiosas (Ismail, 2016, p. 13).

¹⁰ La doctrina wahabí señala que el objetivo principal del gobierno en el islam es el resguardo de la *shari'ah* y alentar su implementación. El gobernante siempre debe consultar con uno de los *'ulama*, que es la autoridad respecto al entendimiento y clarificación de la *shari'ah* antes de su ejecución. 'Abd al-Wahhab dividió a las autoridades gobernantes entre *'ulama* y *umara* (dirigentes), siendo los primeros los encargados de interpretar la *shari'ah* y los segundos los encargados de implementarla (Ismail, 2016, p.16).

niveles de poder y autoridad y las instituciones religiosas a veces adquiriendo gran poder e influencia sobre aquél (Delong-Bas, 2013, p. 415-416)

A lo largo del siglo XX, especialmente en la segunda mitad, Arabia Saudí recibió muchas influencias externas que moldearon el pensamiento religioso del reino y que crearon un islamismo político complejo y diverso (Lacroix, 2011, p. 2).¹¹ En este sentido, las organizaciones político-islámicas tuvieron un gran desarrollo en Arabia Saudí entre 1950 y 1980 en el marco del surgimiento de corrientes panarabistas, nacionalistas y comunistas en la región de Medio Oriente.

En la década de 1950, diversos regímenes nacionalistas llegaron al poder en Medio Oriente; el caso egipcio, con la figura de Gamal Abdel Nasser, es el más emblemático. El líder egipcio impulsó un principio panarabista secular que se contraponía con los valores impulsados por la monarquía saudí. Arabia Saudí, entonces, se sintió amenazado por el secularismo inherente a estos regímenes panárabes, cercanos también a la unión soviética. El régimen saudí entendió que, para hacer frente al movimiento nasserista, el reino tenía que instrumentalizar al islam como recurso simbólico, como una contra-ideología. No obstante, los *‘ulema* wahabíes tradicionales eran incapaces de crear un discurso político de tal magnitud, por lo que hubo un acercamiento con los miembros de la Hermandad Musulmana;¹² ellos fueron los encargados de crear un aparato de propaganda islámico anti-Nasser y antisoviético. De la misma forma, se crearon dos instituciones para competir

¹¹ La palabra “islamismo” es un neologismo reciente, utilizado por Bruno Etienne y Gilles Kepel, profesores de ciencia política, a finales de los años 1970, para identificar una ideología nueva entre el islam (radical), además de su repentina politización. La palabra se ha usado en exceso por los políticos y los medios para etiquetar al “islam político”, que será una nueva constante en la escena musulmana (Luizard, 2017).

¹² La Hermandad Musulmana surgió en Egipto en las primeras décadas del siglo XX y es la principal representante de un islam político que tiene como ideología el combate anticolonial y contra regímenes autoritarios, que se manifiesta mayormente por la aceptación de reglas “enemigas”, a saber: la legitimidad de las elecciones, el derecho de la mayoría y de un régimen constitucional y parlamentario (Luizard, 2017).

directamente con el bloque opositor: la Universidad Islámica de Medina y la Liga del Mundo Islámico (Lacroix, 2011, p. 41-42). Malcolm Kerr (1967) llamó “Guerra Fría Árabe” a este periodo de tensión ideológica en el que el nasserismo fue respaldado por la Unión Soviética, mientras que el islamismo por Estados Unidos.

Durante el periodo 1950-1970, caracterizado por la represión en contra de la Hermandad Musulmana en diversos Estados árabes y la llegada de muchos de sus militantes al Reino Saudí, se desarrolló un gran movimiento social que practicaba una forma moderna de activismo islámico que se hacía llamar el Despertar Islámico (*al-Sahwa al-Islamiyya*), el cual se convirtió en una fuente de oposición islámica, mayormente pacífica (Menoret, 2016, p. 2-3). Asimismo, surgieron grupos islámicos más radicales que se declararon contra el sistema monárquico saudí y que, a finales de la década de 1970, por tener fuertes brazos armados y gozar de cierta legitimidad social; se sumaron a las amenazas provenientes de la revolución iraní.

El análisis de las corrientes religiosas dentro de un contexto político determinado permite observar la relación entre su instrumentalización y el sistema internacional determinado por la distribución del poder. De esta forma, se puede identificar el papel que tienen los elementos religiosos para la seguridad interna de ambos regímenes en cuanto entran en contacto con las presiones globales y regionales que amenazan su estabilidad. Irán y Arabia Saudí, en tanto que se reconocen como Estados islámicos, han combinado la legitimidad que las instituciones religiosas locales otorgan a sus respectivos gobiernos con la dinámica internacional para conservar o fortalecer una posición dentro del sistema internacional.

1.3. 1979: La revolución de Irán, la invasión soviética de Afganistán y sus repercusiones en Medio Oriente durante la década de 1980

El año de 1979 representó una fuerte transformación en Medio Oriente. La invasión soviética de Afganistán y la revolución iraní fortalecieron al islam político de tal forma que se convirtió en una amenaza para los intereses de la Unión Soviética y Estados Unidos en la región. Arabia Saudí no dudó en reafirmar su alianza con Estados Unidos y colaboró con Washington en sus objetivos regionales.¹³ Esta cercanía le permitió contrarrestar la influencia de la revolución iraní, por lo cual también se aproximó a las demás monarquías del Golfo Pérsico para crear, en 1981, el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG). Los integrantes de este nuevo organismo no dudaron en respaldar a Iraq en su guerra contra Irán (1980-1988). Por su parte, la República Islámica se planteó el objetivo de “exportar” su revolución, tendencia que fue bien recibida por las poblaciones chiíes de diferentes países, como en Líbano, pero que le causó enemigos en la región al punto de comenzar una guerra con Iraq y romper relaciones diplomáticas con Arabia Saudí en 1987. Al mismo tiempo, la naciente República Islámica cortó tajantemente la buena relación que el régimen Pahlevi tenía con Estados Unidos y se alejó de la Unión Soviética para ser un bastión del tercermundismo.

1.3.1. La Revolución de Irán y sus consecuencias en la relación bilateral irano-saudí

¹³ Desde 1942, el gobierno estadounidense comenzó a brindar pequeñas cantidades de ayuda a Arabia Saudí. El Reino Saudí se convirtió en un aliado sustancial en 1943, por su importancia estratégica durante la Segunda Guerra Mundial. En ese año, el presidente Roosevelt emitió una orden ejecutiva que declaraba que la defensa de Arabia Saudí era vital para la defensa de Estados Unidos (Niblock, 2006, p. 29).

Previo a la revolución de 1979, Irán y Arabia Saudí habían sido parte de la “política de la doble columna” estadounidense en favor de la protección de los intereses estadounidenses en la zona y contra las aspiraciones expansionistas de la Unión Soviética en la región, de acuerdo con palabras del presidente Richard Nixon,¹⁴ y habían desarrollado una relación estratégica entre ellos con Estados Unidos como moderador (Sick en Lesch y Haas, 2012, p. 310). Sin embargo, cuando la dinastía Pahlevi fue derrocada en Irán, la actitud de los líderes revolucionarios iraníes hacia la monarquía saudí fue inflexible y rigurosa. Se retrató al reino como obsoleto, corrupto, se le acusó de oprimir a las comunidades chiíes en el lado este del territorio saudí y por su situación de compromiso con sus relaciones con Estados Unidos. En los primeros años de la revolución, el nuevo gobierno iraní promovió exportar su movimiento e ideología, lo que ocasionó temor en las élites gobernantes de los países de la región, especialmente en las monarquías de Medio Oriente y en aquellos en que los chiíes habían sido históricamente reprimidos o discriminados (Niblock, 2006, p. 54). El lenguaje sobre la exportación de la revolución fue la base del vocabulario de la élite política y religiosa de Irán. Esta retórica comenzó a difundirse con el llamado abierto a otros pueblos a levantarse en movimientos revolucionarios y derrocar a sus regímenes. El discurso revolucionario encontró respaldo en diferentes grupos sociales; que incluyeron musulmanes afganos, filipinos, saudíes, bahreiníes, libaneses y palestinos (Panah, 2007, p. 69).

Para extender el alcance del mensaje revolucionario hacia sociedades no chiíes, los ideólogos del movimiento iraní explotaron el concepto de *mustadafin*, los desfavorecidos,

¹⁴ De acuerdo con lo que el presidente Richard Nixon grabó en sus memorias, los soviéticos querían mantener su presencia en Medio Oriente, no por apoyo ideológico para la unidad árabe, sino porque era a través de Egipto y los otros países árabes que los soviéticos podrían tener acceso a lo que siempre habían querido: tierra, petróleo, poder y “las tibias aguas del mediterráneo” (Neff, 1990, p. 131).

oprimidos o desempoderados, el cual quedó plasmado en el artículo tercero de la constitución de la República Islámica.¹⁵ Con la retórica tercermundista y con el apoyo a los oprimidos como estandartes, Irán logró inspirar movimientos diversos en Medio Oriente, lo cual representó un duro golpe a las monarquías de la región, incluidas la saudí, que temían que sus súbditos se sublevaran por la inspiración revolucionaria (Panah, 2007, p. 84). El apoyo a los *mustadafin* es parte de la política exterior de Irán hasta la actualidad, lo cual le ha servido para justificar su intervención en diversos conflictos de la región.

Desde un principio, Arabia Saudí denunció el sectarismo de la naciente República Islámica e incentivó un discurso contra la ideología iraní, los *ulema* wahabíes saudíes tacharon al chiismo como una corriente falsa del islam (Lacroix, 2011, p. 124). Irán, por su parte, difundió el mensaje de la revolución a través del peregrinaje a los sitios sagrados del islam, hasta que, en 1987, 275 peregrinos iraníes y 84 saudíes murieron durante encuentros con las fuerzas policiales. Aunado a lo anterior, el mismo año, dentro de Irán, un grupo de personas saqueó la embajada de Arabia Saudí y ocasionó la muerte de un diplomático saudí; esto llevó a la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos (Niblock, 2006, p. 63).

En este contexto, preocupado por la influencia que la revolución iraní pudiese tener en los chiíes de su territorio, Arabia Saudí no dudó en apoyar a Iraq en su guerra contra Irán y mermar el alcance de la revolución iraní. Durante la guerra de ocho años, Iraq e Irán se desgastaron mutuamente en los ámbitos económico, social y militar. Además, en 1981, las seis monarquías del Golfo Pérsico, Bahréin, Kuwait, Omán, Qatar, Arabia Saudí y los

¹⁵ En el apartado 16 del artículo tercero de la constitución iraní se establece que es un deber de la República Islámica “La adopción de una política exterior basada en criterios islámicos, el compromiso fraterno con todos los musulmanes y el apoyo sin reservas de los pueblos desposeídos y oprimidos del mundo”. El texto completo se puede revisar en el enlace en línea del Instituto Cultural de la República Islámica de Irán en Roma <https://es.irancultura.it/Irán/Constitución-Irán/Constitución-parte1/>

Emiratos Árabes Unidos, Estados en los que diferentes movimientos chiíes amenazaron la integridad de sus regímenes, formaron el Consejo de Cooperación del Golfo para enfrentar aspectos de seguridad interna y regional (Halliday, 2009, p. 9). En este contexto, en 1984 crearon la Fuerza Escudo de la Península, una fuerza militar conjunta que tendría cerca de 10,000 soldados y se instalaría en Arabia Saudí (Al-Rasheed, 2010, p. 153).

En coordinación con el discurso de la exportación de la revolución, Irán se distinguió por su liderazgo en el movimiento de los países No-Alineados. Houman A. Sadri (1998, p. 14) distingue cuatro objetivos de esta estrategia: 1) autonomía en política exterior, 2) evitar involucrarse en la rivalidad Moscú-Washington, 3) no depender de un campo ideológico; y (4) mejorar su relación con el mundo (excepto Israel y Sudáfrica).

De acuerdo con Sadri (1988, p. 17-18), como parte de la política de no-alineamiento, la República Islámica realizó diferentes movimientos en tres etapas: una primera de 1979 a 1982, en la que se distanció de Estados Unidos y estableció relaciones con otros Estados de la región más allegados a la Unión Soviética como Siria.¹⁶ En esta primera etapa, la revolución en Irán fue la señal que las comunidades chiíes necesitaban para intentar poner fin a su estatus de marginalización política y socioeconómica. Dentro de esta estela surgió una gran cantidad de grupos políticos chiíes entre los que se destacó el Hezbolá libanés. Esta milicia y grupo político se fundó en 1982 con financiamiento y entrenamiento militar iraní,

¹⁶ Siria intervino directamente en territorio libanés por la guerra civil que estalló en 1975 para dar apoyo a las milicias cristianas. Un año más tarde, se convocó una conferencia de paz en Riad en octubre de 1976. En ella se anunció el fin de la guerra, la cual, no obstante, continuó hasta la firma de los acuerdos de Ta'if en 1989. En este periodo, Egipto negoció de manera directa con Israel y Estados Unidos, lo cual suscitó la firma de los acuerdos de Camp David en 1978, en el que se concertó que Israel abandonaría el Sinaí por completo devolviendo la plena soberanía a Egipto. A su vez, Egipto reconocería la existencia del Estado de Israel y fue el primer país del mundo árabe en hacerlo, lo cual le supuso el descontento de Siria, que se acercó a Irán para generar un frente contra Israel y Estados Unidos (Zuhur, 2011, p. 58-59).

en el marco de la invasión israelí a Líbano de ese año (Luizard, 2017).¹⁷ Los vínculos con Hezbolá permitieron a los mandatarios sirio e iraní alentar una alianza estratégica, Damasco se convirtió en un puente indispensable entre Teherán y su aliado en Líbano. Para Siria, esta milicia presentó diversos medios para atacar indirectamente a Israel. Hezbolá, en el momento de su creación, se manifestó a favor de los valores ideológicos inculcados por la República Islámica de Irán e impulsó una retórica islámica de resistencia y gobierno. En este sentido, el grupo político-militar Hezbolá adoptó la idea del Ayatolá Jomeini plasmada en el artículo 3 de la constitución de Irán respecto a la división dicotómica entre *mustakbirin*, los opresores, y los *mustadafin*, los oprimidos. Hezbolá enmarcó a Estados Unidos y a Israel como los opresores que constantemente conspiraban contra los musulmanes oprimidos (Karagiannis, 2009, p. 372).

En la segunda etapa que concibe Houman A. Sadri, de 1982 a 1985, Irán tuvo un carácter más ofensivo y apoyó a los *muyahidin* en Afganistán, avanzó en su lucha contra Iraq y aprovechó la situación de Líbano para extender su apoyo a Hezbolá; por último, la tercera etapa, de 1985 a 1989, fue una más conciliadora en la que buscó participar en soluciones a conflictos diplomáticos como la liberación de quince rehenes en Líbano entre 1991 y 1992 y comenzó un periodo de distensión con Arabia Saudí.¹⁸

¹⁷ Un conjunto de variables coincidentes creó las condiciones socioeconómicas, políticas e ideológicas para la emergencia de Hezbolá en Líbano: carencias económicas, privaciones políticas, falta de oportunidad para los jóvenes chiíes, procesos de modernización excluyentes, constantes invasiones de Israel con respaldo estadounidense y el surgimiento de la República Islámica, todo ello en conjunto causó la movilización e institucionalización de este grupo en Líbano (Salloukh y Mikaelian, 2013, p. 517).

¹⁸ Esta liberación se presentó en la llamada crisis de los rehenes de Líbano (1982-1992), que tuvo lugar durante la Guerra Civil libanesa. En su artículo “Iran Paid for release of hostages (1992)”, Don Oberdorfer relata que, según oficiales de la administración Bush, Irán financió el confinamiento y el costo del mantenimiento de los rehenes estadounidenses capturados en Líbano y que también pagaron a sus captores entre 1 y 2 millones de dólares para la liberación de cada uno de ellos. El artículo completo en inglés puede consultarse en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1992/01/19/iran-paid-for-release-of-hostages/d3f8754c-9701->

1.3.2. Arabia Saudí en dos frentes: amenazas internas y externas para el régimen

El año de 1979 trajo consigo grandes desafíos internos y externos para el Reino Saudí. Las principales amenazas para Arabia Saudí provinieron del radicalismo religioso interno, totalmente aparente con la toma de la Gran Mezquita de Meca,¹⁹ y de las comunidades chiíes y suníes inspiradas por la revolución iraní e identificados con el carácter de oprimidos o desfavorecidos, *mustadafin*. Diversos factores políticos, económicos y sociales se entrecruzaron en este nuevo reto interno para el régimen; una gran cantidad de los nuevos opositores surgieron de sectores de la sociedad que anteriormente tuvieron un fuerte apoyo del Estado saudí. El régimen era amenazado por militantes wahabíes educados por las estructuras de educación islámica que se formaron en los años anteriores, algunos de los militantes del grupo que tomó la mezquita de Meca estudiaron en la Facultad de Leyes de la Universidad de Medina creada en un periodo en que el régimen pensó en el islamismo como contra-ideología del nacionalismo y el comunismo en la región (Niblock, 2006, p. 60).

La invasión soviética de Afganistán se sumó a los factores anteriores para que Arabia Saudí se retrajera en sus esfuerzos por atraer más miembros de un islam político a su territorio, miles de islamistas saudíes se unieron a la causa de lo que percibían como una *yihad*²⁰ legítima (Lacroix, 2011, p. 110). Esta guerra permitió a Estados Unidos manipular a

¹⁹ El líder de este grupo, Juhayman al-Utaybi, tenía como guía ideológica su oposición al régimen, deseaba derrocar a la familia real por el mal uso de la riqueza; rechazaba el sistema de gobierno basado en la monarquía; para él, los no-suníes deberían ser vetados del *hajj* y los asuntos estatales; y creía que el Estado debía frenar todas sus relaciones con los países occidentales (Armajani, 2012, p.136).

²⁰ El concepto ha sido fuente de diversas confusiones porque su traducción como “guerra santa” es engañosa. El término se refiere a una prueba, una lucha o un esfuerzo. Los *ulema* encargados de crear el cuerpo de jurisprudencia respecto al conflicto armado, mencionan que *yihad* debe ser vista como defensiva en su naturaleza, así la fuerza solo será usada cuando países musulmanes se encuentren bajo amenazas externas (Mandaville, 2016, p. 179).

sus aliados en Medio Oriente y el sur de Asia, especialmente Pakistán, Arabia Saudí y Egipto, para armar y financiar a los *muyahidin* en contra de la Unión Soviética. El Reino Saudí autorizó el uso de su territorio como base para las tropas estadounidenses. Al mismo tiempo, Arabia Saudí, Estados Unidos y Pakistán emprendieron una campaña alterna de financiamiento a grupos salafistas²¹ en Afganistán para minar a los grupos chiíes que Irán respaldaba. Este apoyo económico y militar produjo el fortalecimiento de figuras como Osama Bin Laden²² y organizaciones como al-Qaeda en 1988 (Shahrani, 2013, p. 467-470).²³

De acuerdo con Armajani (2012, p. 155), si las políticas y acciones de Riad respecto al islam político sugieren una contradicción es porque la élite política en Arabia Saudí así lo ha buscado. Con esta contradicción el gobierno saudí pretende satisfacer dos de sus principales fuentes de poder: su relación con Estados Unidos y la legitimidad que las instituciones religiosas dan a la monarquía. Combate al islam político interno por su propia seguridad y para seguir la línea de combate al terrorismo trazada por Washington. No obstante, apoyan financieramente al islam político externo para satisfacer a las instituciones religiosas saudíes y no saudíes que puedan sentir empatía hacia los islamistas y sus ideales.

²¹ Durante mucho tiempo, los salafistas se caracterizaron por su quietismo y su distanciamiento de la política, sin embargo, una minoría de entre ellos empezó a abandonar esta dinámica en el marco de la guerra en Afganistán en la década de 1980 y se radicalizó para hacer frente a la invasión soviética (Luizard, 2017).

²² Osama Bin Laden participó en la guerra de Afganistán cuando aún era muy joven. Pertenecía a una familia comercial acaudalada de Arabia Saudí. Inspirado por las enseñanzas de un islam político rígido, decidió establecer una infraestructura organizacional para llevar a cabo una *yihad* global. Fue respaldado por un grupo de árabes que participaron en la guerra de Afganistán. Desde entonces construyeron una red financiera y militar que logró mucho poder en Medio Oriente (Mandaville, 2016, p. 188).

²³ Fortalecido por el triunfo ante los soviéticos, Osama Bin Laden creó un fuerte grupo armado muy crítico del gobierno saudí y de Estados Unidos. Aseguró que el ejército estadounidense en territorio saudí era una fuerza de ocupación. Igualmente, declaró que la extravagancia de la familia real violaba los principios islámicos de la modestia y sostuvo que el gobierno saudí no se comprometía con la reducción de la brecha entre ricos y pobres. La retórica de Bin Laden fue recibida por un gran sector poblacional y produjo constantes riñas entre el aparato gubernamental y los grupos islámicos de oposición. (Armajani, 2012, p. 154).

SEGUNDO CAPÍTULO: HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE POSTERIOR A LA CAÍDA DEL BLOQUE DEL ESTE Y DISTENSIÓN ENTRE ARABIA SAUDÍ E IRÁN (1990-2002)

En la última década del siglo XX, Estados Unidos se encontró con la oportunidad de moldear el sistema internacional para inaugurar una etapa de carácter unipolar consigo mismo a la cabeza. En este sentido, Washington implementó un número de políticas en Medio Oriente, y el mundo, con la intención de garantizar su supremacía. A mediados de la década, sin embargo, la autoridad estadounidense fue desafiada desde diversos frentes, la unipolaridad estaba en entredicho. Por su parte, Irán y Arabia Saudí aprovecharon este momento de cambio en la distribución internacional de poder para generar lazos de cooperación y superar una década previa de hostilidad mutua.

El presente capítulo tiene como objetivo exponer la forma en que la caída del bloque soviético y la intención de Estados Unidos de crear un mundo unipolar afectaron a la región de Medio Oriente. Además, en esta sección se analizarán las principales razones por las que, pese a encontrarse en sitios opuestos en el plan estadounidense, la República Islámica y el Reino Saudí apostaron por una cooperación pragmática en lugar de la confrontación. Este apartado abarca el primer ciclo dispuesto con anterioridad, 1990-2002, esta temporalidad permite detectar con mayor facilidad los cambios en el sistema internacional que coadyuvaron en la distensión entre Irán y Arabia Saudí. El capítulo se divide en dos secciones, la primera que presenta la evolución del sistema internacional y su relación con Medio Oriente, y la segunda que analiza el pragmatismo saudí e iraní que los llevó a una etapa de acercamiento.

2.1. Nuevo orden internacional y hegemonía estadounidense: De la unipolaridad a la uni-multipolaridad (1990-2002)

La caída del bloque soviético representó una gran transformación global. La distribución de poder internacional cambió drásticamente y la capacidad de dirigir la agenda internacional recayó totalmente en Estados Unidos. Igualmente, la globalización y el neoliberalismo surgieron como corriente económica sin alternativa. Sin un contrapeso que le impidiese intervenir en la región, Estados Unidos cambió su política exterior para incrementar su presencia en la región de forma directa. Así, mantener una infraestructura militar estadounidense en las monarquías del Golfo y crear enlaces con Siria, que había estado en la esfera soviética, se convirtieron en prioridades. Sin embargo, las ambiciones de Washington en la región fueron modestas, preservar el *statu quo* y lograr conversaciones de paz en el conflicto árabe-israelí estuvieron por encima de derrocar regímenes enemigos (Gause III, 2010, p. 88).

El presidente George H. Bush (1989-1993) decidió comenzar esta nueva era con una estrategia de “autocontrol por cooperación” que implicaba dar algunas concesiones a sus aliados y no emprender acciones que pudiesen dañar profundamente sus sensibilidades. Por esta razón la Organización de las Naciones Unidas se convirtió en el instrumento con el que Washington ejerció su liderazgo en los primeros años de la década. La invasión iraquí de Kuwait y la intervención estadounidense contó con el apoyo de la Unión Soviética, con el de prácticamente todos los Estados de la región de Medio Oriente, y con la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU (Onea, 2013, p. 45, 47)

El primer día de agosto de 1990, Iraq invadió Kuwait²⁴ y dio a Estados Unidos la primera oportunidad de mostrar al mundo su capacidad militar en esta nueva etapa. El 24 de febrero de 1991, después de una serie de advertencias realizadas al mandatario iraquí para abandonar Kuwait, el presidente estadounidense George H. Bush lanzó, con el respaldo de una coalición internacional, una campaña terrestre contra las fuerzas de Saddam Husein, “100 horas después del inicio del ataque, se ordenó el cese al fuego, Kuwait había sido liberada” (Hybel, 2014, p. 95). Respecto a esta campaña, el consejero del presidente Bush sobre Seguridad Nacional, Brent Scowcroft, declaró que Estados Unidos, en adelante, estaría obligado a liderar a la comunidad mundial a un nivel sin precedentes y que deberían intentar cumplir con su interés nacional, donde sea necesario, dentro de un marco de cooperación con sus aliados y la comunidad internacional. Mientras tanto, el secretario de Estado, James Baker, aseguró que, después de la derrota de Iraq, todo el mundo repentinamente quería acercarse a Estados Unidos y que los valores estadounidenses de democracia y libre mercado se estaban adoptando alrededor del globo como nunca (Onea, 2013, p. 45).

La expulsión de las fuerzas iraquíes de Kuwait y la futura invasión de Iraq, no obstante, fueron solo una parte de una estrategia de seguridad mucho más compleja que incluía tres pilares. El primero de ellos era garantizar la cooperación del CCG en su nuevo proyecto regional, Estados Unidos acordó con las monarquías del Golfo acceso a bases navales y aéreas, la instalación de material bélico, grandes contratos para venta de armas y,

²⁴ Iraq invadió Kuwait el 2 de agosto de 1990. Las razones por las que Saddam Husein decidió emprender esta campaña, según sus propias declaraciones en una entrevista con George Piro, un agente de la CIA, fueron: a) Históricas: Kuwait debía considerarse parte de Iraq, ya que nunca aceptaron la separación impuesta por el gobierno británico. b) Energéticas: Kuwait robaba petróleo a Iraq con métodos de perforación diagonales. Argumentó que Kuwait conspiraba con el propósito de sobrepasar la producción de petróleo para bajar su precio, lo que dificultaba los planes de reconstrucción de Iraq. c) Económicas: Kuwait reclamó pagos de préstamos a Iraq durante la guerra contra Irán. Saddam sostenía que el dinero aportado se ocupó para detener el avance de Irán, por lo que la ayuda otorgada no debía ser vista como préstamos a pagar (Gulf News, 2009).

especialmente, garantías para mantener precios aceptables de petróleo. El segundo pilar era la doble contención de Irán e Iraq (“*Dual Containment policy*”). Para ello, Estados Unidos se propuso, además de diezmar al ejército iraquí, retrasar lo más posible la reconstrucción de Iraq mediante la imposición de un bloque económico que incluyó medicinas y comida, así como aislar a Irán económica y militarmente y “demonizar” a la República Islámica por su supuesta cercanía con el terrorismo y su rechazo a las propuestas estadounidenses de paz entre Israel y Palestina, las cuales representaban el tercer pilar de la estrategia de seguridad de Washington para Medio Oriente. Como parte de esta última columna, George Herbert Bush y William Clinton protegieron y auspiciaron a Israel en detrimento de Palestina (El-Shazly y Hinnebusch en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 72-75).

Dentro de las acciones realizadas en la política de doble contención, Estados Unidos intentó persuadir a las potencias europeas, así como a Japón, China y Rusia, de rechazar cualquier solicitud iraní de armas convencionales o de destrucción masiva que representasen una amenaza regional. Además, Washington se opuso a cualquier crédito del Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional dirigido a Irán y mantuvo una presión constante para que la República Islámica no pudiera mantener relaciones comerciales normales con empresas estadounidenses o con sus aliados en la región (Sick, 1998, p. 8). El desarrollo de la relación irano-estadounidense de finales del siglo XX culminó con embargos por parte del país norteamericano en 1996, la acusación e imposición de sanciones mediante el ILSA (*Iran and Libya Sanctions Act*)²⁵ por su nuclearización; y la cancelación de un contrato entre Irán y la

²⁵ Este acto penalizaba a compañías extranjeras y estadounidenses que invirtieran más de \$20 millones de dólares en el sector petrolero iraní. El documento incluía doce tipos de sanciones que dependían de las acciones que implementaran en el ámbito petrolero iraní. El documento completo puede ser consultado en su versión electrónica en la página del Tesoro de Estados Unidos a través del siguiente enlace: https://www.treasury.gov/resource-center/sanctions/Programs/Documents/isa_1996.pdf

empresa petrolera estadounidense Conoco. Además, Estados Unidos catalogó a Irán de terrorista al acusarlo por ataques perpetrados en Arabia Saudí y Bahréin entre 1995 y 1996 (Gause III, 2010, p. 130-135).²⁶

Sin embargo, esta política respecto a Irán no tuvo el impacto que Estados Unidos buscaba. Europa y Japón no tenían la intención de aislar a Irán económicamente, especialmente porque representaba para sus exportaciones un mercado de 10 mil millones y 2.5 mil millones de dólares, respectivamente. De igual manera, las monarquías del CCG no concordaban con el aislamiento iraní, Arabia Saudí y Kuwait ya habían abierto nuevos canales diplomáticos con la República Islámica y sabían que esta medida de contención hacia Iraq e Irán incrementaría la presencia estadounidense en sus territorios, lo cual significaría inestabilidad interna (Gause III, 1994, p. 56). Igualmente, Irán dio un giro a su política de exportación de la revolución para impulsar relaciones económicas de largo plazo y alentar la inversión extranjera en su país, este cambio de actitud lo acercó a los países de Europa del Este, a los Estados de Asia central, a Rusia, India y China (Panah, 2007, p. 134-135).

En 1993, Bill Clinton se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos, desde 1945, que no tenía a la Unión Soviética como rival. Durante su administración, el término “nación indispensable” se utilizó para comunicar el valor de la “hegemonía benevolente” estadounidense.²⁷ Sin embargo, el presidente Clinton prefirió tener como objetivos principales de política exterior la defensa retórica de los derechos humanos, la

²⁶ En 1995, Estados Unidos atribuyó a Irán la responsabilidad de una explosión en Riad que tuvo como objetivo el centro de la Guardia Nacional saudí y que mató a 5 militares estadounidenses. Además, el gobierno de Washington culpó a Teherán por intentar derrocar al gobierno en Bahréin con una serie de movimientos violentos (Keynoush, 2016, p. 139).

²⁷ En 1996, el presidente William Clinton, con el objetivo de justificar la intervención de la Organización del Tratado Atlántico Norte, OTAN, en Bosnia, declaró que Estados Unidos permanecía como la nación indispensable y que había veces que Estados Unidos, y solo Estados Unidos, podían hacer la diferencia entre guerra y paz, entre libertad y represión (Restad, 2015, p. 202).

propagación de la democracia y el respaldo a las economías de mercado. De esta manera demostró que el uso del poder militar estadounidense no sería prioritario para su gobierno (Restad, 2015, p. 204). De acuerdo con la “doctrina Clinton”, Estados Unidos no necesitaba aliados porque en las economías de mercado no se sabe quién es un aliado y quién es un competidor, la política exterior parecía reducirse al poder económico (Nau, 1995 en Gaiser y Kovac, 2012, p. 53). En Medio Oriente, no obstante, Estados Unidos fue claro con el apoyo a sus aliados tradicionales.

La actitud de ambos mandatarios estadounidenses hacia la región de Medio Oriente, su respaldo hacia Israel, las drásticas medidas contra la población iraquí y el incremento de su presencia en las monarquías del Golfo, creó un resentimiento popular que se incrementó durante la década y que se expresó mediante terrorismo. Hubo ataques en Nueva York en 1993, en 1995 en el complejo militar estadounidense de Khobar,²⁸ Arabia Saudí, y en las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania en 1998, todos atribuidos a grupos islámicos (El-Shazly y Hinnebusch en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 77).

Además, Washington alentó, directa e indirectamente, una carrera armamentista en la zona. Para 1998, Medio Oriente era el mercado no perteneciente a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OCDE, con mayores gastos en armas con un aproximado de 60 mil millones de dólares, comparado con 21 mil millones en el centro y sur de Asia, 37 mil millones de centro y sur de América y 9.7 mil millones para África Subsahariana (Halliday, 2005, p. 153). En este sentido, los presupuestos de defensa de los

²⁸ Un camión lleno de explosivos estalló en la región de Khobar, Arabia Saudí, cerca de una base aérea estadounidense. En él murieron diecinueve miembros del ejército de Estados Unidos. Nadie se atribuyó el ataque, sin embargo, el gobierno de Washington lo atribuyó al Hezbolá, respaldado por Irán (Hegghammer, 2010, p. 73).

países de Medio Oriente aumentaron considerablemente; a finales de la década Arabia Saudí reportó un gasto de 18.4 mil millones de dólares, seguido por Turquía, Israel e Irán con 8.2, 7 y 5.8 mil millones de dólares respectivamente. Ante las sanciones estadounidenses, Irán acudió a Rusia y China, lo que ocasionó la inconformidad de Estados Unidos que intentó, sin grandes resultados, amenazar a las compañías rusas que vendiesen armas o tecnología a la República Islámica (El-Shazly y Hinnebusch en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 81).

En su segundo periodo como presidente (1997-2001), Clinton continuó con su política exterior que priorizaba la propagación del libre mercado, sin embargo, cambió su retórica para mostrar una posición más firme frente al mundo.²⁹ El congreso estadounidense y algunos altos funcionarios como la secretaria de Estado, Madeleine Albright, criticaron a diversos organismos internacionales, incluidos la ONU, por afectar los intereses y soberanía de Washington (Restad, 2015, p. 203). De esta manera, en 1999, en un esfuerzo por mostrar que Estados Unidos era la “nación indispensable” y mantener el momento unipolar, Washington intervino en Kosovo respaldado por la OTAN. Esta vez, a diferencia de la Guerra del Golfo, sin el consentimiento del Consejo de Seguridad de la ONU (Gaiser y Kovac, 2012, p. 54).

Con todo, por los procesos, las dinámicas y los actores emergentes hacia mediados de los 1990 que se mencionaron previamente, el “momento unipolar”, en torno a la hegemonía indiscutida de Estados Unidos no estaba garantizada. Por esta razón, en 1999, Samuel Huntington utilizó el término “uni-multipolar” para describir el periodo de hegemonía estadounidense. Una etapa en la que Estados Unidos claramente se imponía por

²⁹ En 1998, la secretaria de Estado Madeleine Albright declaró, durante un espectáculo de televisión, que Estados Unidos era la nación indispensable en el mundo y agregó “nosotros vamos con la cabeza en alto y vemos más allá que otros países, vemos hacia el futuro” (Restad, 2015, p. 203).

su fuerza militar y su rechazo a los organismos internacionales, pero que veía cómo diferentes Estados y fenómenos transnacionales, como el terrorismo, se oponían a su autoridad. El 11 de septiembre de 2001 Estados Unidos fue víctima de un ataque en propio territorio que manifestaba el desafío a su hegemonía.

En 2001, George W. Bush, acompañado de un grupo de neoconservadores, asumió el poder de Estados Unidos. Para su presidencia, el asunto fundamental en la política exterior debía ser la supremacía estadounidense y extender el momento unipolar lo más posible mediante la prevención del surgimiento de nuevos rivales; se impulsó, así, el concepto de guerra preventiva y el unilateralismo estadounidense, además de la búsqueda del acceso y control de recursos estratégicos para el desarrollo de Estados Unidos, como el petróleo (Restad, 2015, p. 205-207). Una de las ideas principales del presidente Bush era intensificar la idea del excepcionalismo estadounidense.³⁰ Los ataques del 11 de septiembre, perpetrados por el grupo terrorista transnacional al-Qaeda, dieron al presidente Bush la excusa necesaria para implementar su estrategia de supremacía en Medio Oriente.

El primer objetivo de la administración Bush fue crear un “ambiente ideológico y político en que la guerra contra el terrorismo se convirtiese en la coartada para justificar las guerras preventivas y rehacer el Medio Oriente”. Como parte de esta meta, Washington culpó a la organización al-Qaeda en Afganistán y eximió a Arabia Saudí, su aliado estratégico, pese a que los enlaces que vinculaban al reino saudí con el ataque eran mayores que los de la

³⁰ De acuerdo con Restad (2015, p. 3-4), el excepcionalismo estadounidense se basa en tres ideas. La primera es que Estados Unidos es “distinto al Viejo Mundo”, idea que no se debería confundir con “diferente”, sino que es distinto porque existe una jerarquía mundial en la que Estados Unidos está a la cabeza. La segunda idea es que Estados Unidos tiene un papel único y especial en la historia mundial. Por último, se piensa que Estados Unidos contrarrestará las leyes de la historia, lo que significa que se erigirá como potencia hegemónica, pero no sucumbirá como otras naciones lo han hecho.

organización con Afganistán (Cook, 2008, p. 28). La “guerra global contra el terrorismo” se convirtió en un ejercicio de afirmación de la identidad estadounidense entre el bien y el mal. Fue complicado para políticos, ciudadanos o medios de comunicación cuestionar esta narrativa (Restad, 2015, p. 209).

El poderío militar estadounidense fue indiscutible y determinante para la derrota del régimen Talibán en Afganistán en tan solo dos meses. La estrategia de Estados Unidos, además, permitió a ciertos Estados que violaban derechos humanos básicos, pero que eran geopolíticamente trascendentales, como Arabia Saudí y Uzbekistán, convertirse o fortalecer su valioso papel de aliado estadounidense (Gaiser y Kovac, 2012, p. 56). Esta estrategia, sin embargo, tuvo fuertes efectos negativos en la imagen global de Estados Unidos, especialmente en Medio Oriente, lo que incrementó el resentimiento de grupos islámicos armados como el propio al-Qaeda y Hamás en Palestina (Halliday, 2005, p. 161).

El presidente George Walker Bush y su grupo neoconservador insertaron en su política exterior la narrativa del enemigo “malvado”, como en la época bipolar de la Guerra Fría, en el discurso estadounidense el mundo se dividió entre el “bueno y el malo”, como una prueba de patriotismo (Restad, 2015, p. 209). En este sentido, en 2002, el mandatario estadounidense no dudó en designar a sus enemigos globales dentro de un mismo grupo llamado “el eje del mal”.³¹ En este grupo se encontraban Corea del Norte, Irán e Iraq, el control de este último sería el siguiente paso en la lista de objetivos estadounidenses.

³¹ En 2002, el presidente Bush, durante su discurso del Estado de la Unión, nombró a Iraq, Irán y a Corea del Norte como el “eje del mal”. El mandatario estadounidense los colocó en la misma categoría como regímenes que auspiciaban el terrorismo y amenazaban a Estados Unidos y sus aliados con armas de destrucción masiva. Respecto a Corea del Norte, el presidente Bush declaró que sus ciudadanos morían de hambre mientras el gobierno desarrollaba armas de destrucción masiva. Con referencia a Irán, se enfocó en la opresión de la libertad del pueblo por un régimen que no había sido elegido, que respalda al terrorismo. Por su parte, respecto a Iraq,

Como se pudo observar en este apartado, los objetivos de política exterior de Estados Unidos sufrieron diversos cambios a lo largo de la década de 1990. En un primer momento, Washington implementó una política exterior de “autocontrol” que le crearía una imagen de paz y cooperación en el nuevo orden mundial unipolar. No obstante, conforme la década avanzó, diferentes Estados y organizaciones transnacionales frustraron las expectativas de Washington de pacificación mundial y desafiaron su autoridad. En Medio Oriente, Siria e Irán se opusieron a los acuerdos de paz entre Israel y Palestina; China y Rusia penetraron en la región pese a la intención estadounidense de marginarlos e, igualmente, el aumento de su presencia en diversos Estados y la colaboración incondicional de los mismos incrementaron la frustración e ira de un sector de la población organizado en grupos terroristas armados, los cuales ganaron fuerza con la proliferación de armas en la región. Lo anterior fue totalmente evidente en los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. A partir de entonces, en un proyecto de extender la unipolaridad y demostrar la supremacía estadounidense, Washington emprendió una estrategia mucho más firme para castigar a sus contrincantes y fortalecer su prestigio como líder mundial mediante su poderío militar (Onea, 2013, p. 4-5).

2.2. Distensión entre el Reino Saudí y la república iraní

En el decenio de 1990, las condiciones socioeconómicas con las que Arabia Saudí e Irán inauguraron la década, los precios de los hidrocarburos, la invasión iraquí de Kuwait, la animadversión compartida hacia Saddam Husein, su posición respecto a la militarización de

Bush se enfocó en las armas que el régimen usaba contra su gente y que quería esconder del mundo. El presidente estadounidense dijo: “Estados como estos, y sus aliados terroristas, constituyen un “eje del mal” con la intención de amenazar la paz mundial” (Shipoli, 2018, p. 195).

Israel y un diseño de política exterior mucho más pragmático que abandonaba la confrontación acercaron a ambos Estados para restablecer relaciones diplomáticas e, incluso, generar acuerdos de cooperación en diversos aspectos.

La distensión irano-saudí de la década de 1990 fue un hecho inesperado que, sin embargo, puede analizarse y comprenderse desde los diferentes niveles en los que en ese momento operaba la política exterior de ambos Estados. En el caso de Arabia Saudí, su política exterior estaba dominada por la relación estratégica con Estados Unidos y su papel como potencia petrolera. En el plano regional, Arabia Saudí desempeñaba un juego de balance entre vecinos más poderosos que el reino. Por último, en la península arábiga, gozaba de un papel hegemónico respecto a Yemen y demás monarquías del CCG (Gause III en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 193).

Mientras tanto, para Irán, el fin de la Guerra Fría lo enfrentó con la geopolítica, globalización e inestabilidades geoestratégicas del nuevo orden, las cuales le supusieron un problema para encontrar su lugar en el sistema internacional. De esta forma, Teherán tuvo que poner en marcha un plan de adaptación, cooperación, moderación y armonización en casi todos los niveles. Las conversaciones de paz entre Israel, Palestina, Siria y Líbano, además del aumento de la presencia militar estadounidense en la zona fueron sus principales causas de tensión con Estados Unidos, la potencia hegemónica mundial (Ehteshami en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 303).

Tras la guerra en contra de Iraq (1980-1988), Irán encontró en la última década del siglo XX una oportunidad para resurgir a nivel internacional y cambiar su estado de aislamiento. Este conflicto en contra de su vecino y la idea de Iraq como agresor se utilizaron

para intentar fortalecer la identidad nacional³² de una nación en graves condiciones socioeconómicas y fue aprovechado por el aparato político que en 1989 quedó en manos de Alí Jamenei como Líder Supremo, tras la muerte de Jomeini, y Akbar Rafsanyaní como presidente. Este último estaba rodeado de un grupo de tecnócratas y era un creyente del libre mercado y las prácticas neoliberales, así que Irán buscó adaptarse al sistema capitalista imperante, es decir, impulsar la inversión extranjera y la privatización de sectores estratégicos.³³

En el primer plan quinquenal de posguerra (1989-1994), la dependencia del gobierno sobre los ingresos petroleros fue innegable. Este plan suponía que más de 70% del presupuesto se generaría a través de exportaciones petroleras (Mirsaeedi-Farahani, 2015, p. 125-126). No obstante, una caída en el precio del petróleo, de \$20 dólares por barril en 1991 a \$12 dólares en 1994, además de la gran deuda adquirida por la guerra, desencadenaron una fuerte recesión económica en Irán (Abrahamian, 2008, p. 185). La liberalización económica y la fuerte caída en los precios del petróleo llevaron al corte de subsidios en la comida y otros servicios básicos. Las clases bajas se vieron muy afectadas, el desempleo llegó a 30% y precios de bienes como azúcar, carne, mantequilla y arroz se elevaron considerablemente

³² De acuerdo con Yaghoubian (2014, p. 372), la memoria de la valiente y efectiva autodefensa de Irán y los sacrificios personales de los ciudadanos iraníes durante la guerra Irán-Iraq 1980-1989 (conocida en Irán como “Jang-e Tahmili”, La Defensa Sagrada) permanece como una fuente principal del orgullo nacional y es frecuentemente utilizada por el gobierno en su esfuerzo por inculcar y fomentar el nacionalismo iraní. La Semana de la Defensa Sagrada, un despliegue anual de la industria militar y eventos comunitarios conmemorando la exitosa defensa nacional [...] es la piedra angular de los esfuerzos gubernamentales al respecto.

³³ Los tecnócratas que llegaron al poder criticaron las medidas económicas implementadas durante la guerra y acusaron a los radicales e izquierdistas islámicos por fracasar con un sistema de economía dirigida mientras que ellos emplearían un sistema económico de mercado competitivo y moderno para corregir el rumbo del país (Harris, K, 2013, p. 51). La privatización de sectores estratégicos de la economía comenzó tras el final de la Guerra Irán-Iraq con la implementación del Primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico de 1989 a 1994. La liberación de la economía [...] era vista con sospecha por los teócratas de izquierda por la creencia de que se adaptaba a lo dictado por el FMI y el Banco Mundial, considerados pilares de la economía imperialista (Mohseni, 2016, p. 50).

(Morady, 2010, p. 48-49). El régimen iraní respondió con represión ante las demandas sociales de mejora en la calidad de vida. La inestabilidad era notoria y preocupaba a la élite gubernamental, que intentó contrarrestar la situación interna con una política exterior de cooperación.

En este contexto, cuando Iraq invadió Kuwait, la República Islámica designó a Saddam Husein como la verdadera amenaza para la paz y la seguridad de la región. Teherán se mantuvo neutral en el conflicto, pero mostró disposición para colaborar con las negociaciones entre las partes con una inclinación a favor de Kuwait. El pragmatismo de los nuevos líderes de Irán cambió la imagen del país por una más racional y responsable en búsqueda de cooperación internacional. En este sentido, la administración de Hashemi Rafsanyaní tuvo tres principales objetivos regionales, mantener a Iraq bajo control, mejorar la relación de Irán con los países del Golfo Pérsico e incrementar la influencia de Irán en la política regional de producción de petróleo para incrementar su valor (Amiri y Soltani, 2011, p. 192).

Por su parte, Arabia Saudí tampoco gozó de estabilidad económica a principios de la década de 1990 pese a su histórica buena relación con Estados Unidos y sus grandes reservas de energéticos. Los bajos precios del petróleo y el financiamiento a tres guerras en Afganistán, Iraq y Kuwait orillaron a Riad hacia el endeudamiento para cumplir con las políticas sociales implementadas desde 1973. De acuerdo con el Departamento de Defensa de Estados Unidos, la campaña de liberación de Kuwait y la intervención en Iraq tuvo un costo de \$61 mil millones de dólares para Washington, de los cuales, \$54 mil millones fueron contribuciones de “otros Estados de la coalición”. Arabia Saudí fue responsable por \$30 mil millones de dólares, lo que se sumó a otros gastos del régimen en la campaña que totalizaron alrededor de \$60 mil millones de dólares (Niblock, 2006, p. 118).

Arabia Saudí, por su débil capacidad militar, temió cuando el presidente de Iraq, Saddam Husein, posicionó a sus tropas en la frontera saudí con Kuwait, por lo que no dudó en aceptar la entrada de tropas estadounidenses en la “Operación Escudo del Desierto”, Iraq incluso lanzó misiles a territorio saudí durante esta campaña. La hostilidad de Iraq hacia el Reino Saudí cambió el balance de poder en favor de Irán en la región ya que Bagdad remplazó a Teherán como la inmediata amenaza a la integridad y seguridad de las monarquías del Golfo, quienes aceptaron a Irán como un contrapeso de Iraq (Ehteshami y Hinnebusch, 1997, en Amiri y Soltani, 2011, p. 192).

Además de la inestabilidad económica, la década de 1990 para Arabia Saudí tuvo momentos de agitación social interna, que fueron reprimidas por el gobierno. Como consecuencia del apoyo saudí a Estados Unidos durante la Guerra del Golfo y las malas condiciones socioeconómicas, surgieron diversos movimientos de oposición, la mayoría de ellos de corte islámico. Estos grupos exigían respeto por los derechos humanos, libertad de expresión, prohibición de la tortura, mayores beneficios sociales y fin a la corrupción, varios de sus miembros fueron encarcelados (Menoret, 2016, p. 2-3).³⁴ En 1993, igualmente, el gobierno saudí llegó a un acuerdo con la población chií que en algún momento se adhirió a la ideología revolucionaria iraní y les prometió una amnistía general que les dio esperanzas para mejorar su situación política, religiosa y socioeconómica (Matthiesen, 2013, p. 24). Como parte de una estrategia de reconciliación, el Reino Saudí permitió la entrada, en 1993,

³⁴ En 1993 se creó el Comité para la Defensa de Derechos Legítimos en Arabia Saudí, el cual fue inmediatamente prohibido en el Reino. Sus miembros huyeron a Londres y comenzaron una campaña de oposición hacia el régimen. El comité hizo énfasis en que su entendimiento de “derechos humanos legítimos” tenía raíces en el islam y no en otras formulaciones occidentales. Esta organización también hizo un llamado por una distribución equitativa del ingreso estatal, una política exterior más sensible a las preocupaciones islámicas y lanzaron fuertes críticas a los *‘ulama* que eran apologistas del régimen (Al-Rasheed, 2010, p. 171-174).

a diferentes líderes chiíes exiliados, como Hasan al-Saffar.³⁵ Con él, un grupo de antiguos opositores regresó a tierras saudíes (Luizard, 2017).

Para Arabia Saudí, la crisis en Kuwait se sumó a la unificación de Yemen, dos países dentro de su sistema de hegemonía en la península, procesos que requerían su atención para mantener su liderazgo. Yemen se unificó al final de la Guerra Fría con la combinación de un Estado dependiente de remesas y financiamiento extranjero con un no exitoso Estado socialista y autoritario. Las condiciones tribales y políticas de Yemen condujeron a una unificación endeble carente de instituciones sólidas, que se sumó a una estadística impresionante respecto a la proporción entre población y armamento. En ese momento, Yemen tenía cerca de 18.5 millones de habitantes y un estimado de 61 millones de armas en manos privadas (Wedeen, 2004, p. 248-249). Estas características hacían de Yemen un Estado vulnerable y lo convirtieron en un paraíso para opositores islamistas saudíes que encontraron un refugio para lanzar sus ataques al Reino Saudí, quien buscó contenerlos mediante apoyo financiero a jefes tribales y líderes políticos yemeníes que les garantizarían su hegemonía. Con todo, en tiempos de vulnerabilidad territorial y económica, Arabia Saudí no pudo mantener la estabilidad social y política en Yemen, ni contener la proliferación de armas, ni el auge de grupos terroristas en el país (Al-Rasheed y Vitalis, 2004, p. 3-4).

La necesidad de cooperar para aliviar la inestabilidad regional y local fue más grande que cualquier tensión histórica o étnico-religiosa entre Arabia Saudí e Irán. En 1991, el secretario de relaciones exteriores saudí, Saud al Faisal, visitó Irán para restablecer relaciones

³⁵ En 1979, Hasan al-Saffar fue el líder de la organización de la Revolución Islámica en Arabia Saudí y estaba inspirado por las ideas de Jomeini. El grupo creado por al-Saffar funcionó como un medio de expresión durante las protestas en contra del régimen saudí. Se exilió en Irán tras ser acusado por el gobierno del reino y pudo regresar a su país hasta 1991 (Teitelbaum, 2010, p. 76).

diplomáticas. Desde entonces, ambos países lograron acuerdos en la participación de iraníes en el *haji*,³⁶ se estableció una comisión económica conjunta, se aprobaron vuelos directos entre las capitales de ambos países y se inauguró un comité industrial conjunto con un valor de 15 millones de dólares (Okruhlik, 2003, p. 118). Hacia mediados del decenio, los dos Estados tuvieron un cambio en su liderazgo que no afectó el momento de acercamiento entre ellos; al contrario, puede decirse que lo impulsó aún más.

En 1995, el rey saudí Fahd ibn Abdulaziz tuvo un infarto que lo incapacitó por lo que el príncipe heredero Abdullah ibn Abdulaziz asumió el poder de facto hasta que el rey Fahd murió en 2005. Desde entonces, Arabia Saudí comenzó una campaña de desarrollo de nuevas tecnologías para la exploración y producción de hidrocarburos, además de impulsar la inversión extranjera en el rubro, esta estrategia comenzó a rendirle frutos después de 2003 (McMurray, 2011, p. 96). De igual forma, en el cambio de siglo, Riad lanzó su ambiciosa Iniciativa Saudí de Gas Natural para modernizar su industria eléctrica y comenzar una era de exportación de gas natural.³⁷

Mientras tanto, en Irán, en 1997, los “conservadores”³⁸ perdieron el poder y Mohammad Jatamí, un miembro del movimiento reformista iraní, ganó las elecciones con el

³⁶ Tras los hechos de violencia de 1987, Irán no envió peregrinos al *haji* durante 1988 y 1989. Fue hasta los primeros años de la última década del siglo XX, en que los mandatarios de ambos Estados pudieron sentar las bases para que se llevara a cabo un peregrinaje seguro para los iraníes.

³⁷ En 1976, Arabia Saudí comenzó el desarrollo de un sistema de gas capaz de producir y proveer el suministro requerido para el Estado, la industria y la de electricidad. En 1981 se concluyó el proyecto del *Master Gas System (MGS)* y Aramco se convirtió en la empresa exportadora de gas líquido más grande del mundo (McMurray, 2011, p. 52). El *MGS* posicionó a Riad como potencia gasística. Para 2001, Arabia Saudí era ya el cuarto lugar en el mundo en cuanto a reservas de gas, solo detrás de Rusia, Irán y Qatar (Robins, 2004, p. 32)

³⁸ Los grupos conservadores en Irán eran aquellos que pregonaban la permanencia del sistema de valores heredado de la revolución, eran reacios al cambio por las posibles consecuencias a futuro que para la supervivencia del Estado. Se mantenían leales a los ideales de la revolución de 1979 y a los de los sacrificios durante la guerra contra Iraq (Ehteshami y Zweiri, 2007, p. 34).

69% de los votos a su favor (Takeyh, 2002, p. 46).³⁹ En su primer mandato continuó con la liberalización económica al impulsar la entrada a los capitales extranjeros, la privatización de sectores estratégicos y con la promulgación, en 2000, de una ley para el establecimiento de bancos privados por primera vez desde 1979.⁴⁰ Durante la administración de Jatamí, el interés internacional en el sector energético de Irán incrementó y la inversión extranjera fue especialmente importante para desarrollar los campos de Par del Sur en el Golfo Pérsico, el yacimiento gasístico más grande del mundo compartido entre Irán y Qatar (Mirsaeedi-Farahani, 2015, p. 162; Bilgin, 2016, p. 48).⁴¹

El príncipe Abdullah y el presidente Jatamí continuaron la tendencia de aproximación entre ambos Estados que, en el proceso, les sirvió para maniobrar y lidiar con su vulnerabilidad interna. Ninguno de los dos países estaba dispuesto a enfrascarse en una rivalidad regional mientras las condiciones sociales locales se mantenían inestables (Okruhlik, 2003, p. 114). La relación de la República Islámica con la monarquía saudí tuvo un momento cumbre a finales del siglo XX. Negociaciones entre ambos durante 1999 resultaron en la firma de un memorándum de entendimiento para el desarrollo de proyectos comerciales en conjunto y para la coordinación de posturas en organizaciones regionales e

³⁹ El movimiento reformista se formó en universidades, seminarios, grupos literarios y asociaciones profesionales. Intelectuales y activistas políticos discutieron formas en que se pudiera ampliar la representación política en el contexto de la gobernanza islámica. Tenían una perspectiva moldeada por su participación como estudiantes en la revolución, por su subsecuente servicio en el gobierno islámico y por su posición en la periferia política bajo la cada vez más autoritaria administración de Akbar Rafsanyani (Takeyh, 2002, p. 44)

⁴⁰ La liberación económica llevó a un incremento de acuerdos iraníes con socios extranjeros. Entre 1999 y 2002, Irán hizo acuerdos millonarios para desarrollar campos de petróleo con Totalfina Elf Aquitaine, la canadiense BowValley, con Royal Dutch/Shell; con la noruega Norsk Hydro. con la empresa sueca GVA Consultants, con ENI, con la canadiense Sheer Energy; y con el gobierno de Japón (Bilgin, 2016, p. 48). Además, a finales de la década de 1990, Irán acordó la construcción de tres grandes gasoductos con Turquía, Turkmenistán y Armenia que en total sumarían 1515 km (Bilgin, 2016, p. 49).

⁴¹ Este campo de gas cubre un área de 9,700 kilómetros cuadrados, 3,700 se encuentran en aguas territoriales iraníes y 6,000 en aguas territoriales cataríes. Esta área posee entre 50% y 60% de las reservas probadas de gas natural de Irán, sin embargo, Qatar empezó a operar en este campo desde 1997, casi ocho años antes que Irán, que se vio relegado a consecuencia de la guerra en contra de Iraq (Mirsaeedi-Farahani, 2015, p. 162).

internacionales.⁴² De igual manera, en 2001, Riad y Teherán firmaron un acuerdo de cooperación para el combate al tráfico de drogas, al terrorismo y la migración ilegal. Este acuerdo cubría preocupaciones políticas regionales compartidas, condenaba las políticas israelíes hacia los palestinos y apoyaba el derecho libanés a combatir la ocupación israelí, lo que constituyó el respaldo saudí a Hezbolá como fuerza de resistencia (Keynoush, 2016, p. 149-150). Pese a que Estados Unidos, en la administración Bush, había comenzado un proyecto hegemónico en 2001 que los llevó a iniciar una guerra en Afganistán, Irán y Arabia Saudí no detuvieron su tendencia de cooperación.

Asimismo, la preocupación por las consecuencias políticas y económicas que los bajos precios del petróleo tuvieron en el aspecto interno los llevó a tomar el mismo lado en el marco de la OPEP. Entre 1997 y 1998 el precio del barril de petróleo registró una nueva caída. Arabia Saudí perdía un estimado de 2.5 mil millones de sus ingresos e Irán cerca de mil millones de dólares por cada dólar menos en el precio del barril. Por estas razones, en 1999, los líderes de la OPEP y otros países no miembros de la organización como Rusia, México, Omán y Noruega acordaron reducir su producción para estabilizar los precios del hidrocarburo (Bahgat, 2000, 109-110).

En este contexto, en septiembre de 1999, ambos Estados señalaron su interés por ocupar la secretaría general de la OPEP. Lo que algunos creyeron que conduciría a nuevas tensiones terminó en una propuesta de ambos Estados para que sus dos candidatos fueran electos de manera conjunta. En 2000, el barril de petróleo logró alcanzar los 30 dólares.

⁴² Se estableció cooperación en el área de navegación y desarrollo de puertos. Las importaciones iraníes desde Arabia Saudita se incrementaron un 98% de 2000-2001 en comparación con el año anterior, mientras que se convirtió en el décimo séptimo exportador al reino cuando un año antes se colocaba en la trigésima primera posición al respecto. El volumen de comercio de Irán con el CCG se incrementó 5 veces, de 1.7 mil millones de dólares en 2000 a 8.71 mil millones de dólares en 2007 (Keynoush, 2016, p. 149).

Arabia Saudí, con la presión estadounidense, propuso aumentar nuevamente la producción y reducir un tanto el precio del hidrocarburo, pero Irán rechazó esta idea. El nivel de acercamiento entre ambos, no obstante, fue fundamental para que ello no ocasionase un disgusto. A lo largo del 2000 se aprobaron cinco aumentos en producción y, en 2001, la OPEP nuevamente redujo su producción en un millón de barriles diarios (Mesa, 2001, p. 460-461).

Igualmente, uno de los aspectos cruciales que favorecieron el acercamiento entre ambos regímenes fue una posición en común respecto a la militarización de Israel, la agresión contra los palestinos y su intención de tomar los sitios sagrados, como Jerusalén. Pese a que a principios de la década de 1990 Arabia Saudí respaldó todas las propuestas de paz estadounidenses que llevaron a la Conferencia de Madrid en 1991, el Acuerdo de Oslo y la Declaración de Principios de 1993 y apoyó los contactos diplomáticos y económicos entre miembros del CCG con Israel, Riad y Teherán compartían su preocupación por el posible monopolio de armas nucleares y la ambigüedad de la política nuclear de Tel Aviv, quien, a diferencia de los dos primeros, no firmó el Tratado de No-Proliferación de 1995 y, en 1996, firmó un acuerdo de cooperación militar con Ankara, lo que incrementó el sentido de vulnerabilidad de Irán y Arabia Saudí (Bahgat, 2000, p. 112-113).

En este sentido, el príncipe Abdullah fue muy claro con sus declaraciones de apoyo y defensa del derecho iraní a desarrollar su programa bélico, en contraposición con Estados Unidos e Israel. De acuerdo con sus palabras, Irán tenía derecho de incrementar su defensa para su seguridad, “nosotros también hacemos lo mismo. Todos los países siguen la misma política, por eso: ¿Por qué solamente se señala a Irán sin mencionar a otros? ¿Por qué no se indaga respecto al armamento israelí y su programa ilimitado de desarrollo de armas?” (Blanche, 1999 citado por Mesa, 2001, p. 453). Asimismo, el príncipe afirmó que “la

seguridad de Irán significa la seguridad de Arabia Saudí y viceversa” (IRNA, 1999 citado en Mesa, 2001, p. 453)

A diferencia del Reino Saudí, la República Islámica se opuso a los acuerdos de paz propuestos por Estados Unidos desde el principio, por lo que la enemistad con Israel fue en aumento durante la década de 1990. Desde 1982, Irán y Siria habían utilizado al grupo libanés armado Hezbolá para crear un puente entre ellos y crear una resistencia libanesa hacia Israel. No obstante, entre 1993 y 1996, Israel emprendió diversas operaciones militares contra Líbano, que ocasionaron la muerte de al menos 118 civiles libaneses, con la intención de presionar al gobierno libanés para que detuvieran los ataques que Hezbolá lanzaba hacia territorio del Estado de Israel. En este contexto, Siria intentó mediar entre el grupo chií e Israel, así como entre Palestina e Israel, no obstante, Tel Aviv se apartó completamente de Damasco cuando, en 1996, el movimiento palestino islamista Hamás asesinó a 64 israelíes y Benjamín Netanyahu, con un grupo de derecha y ultraderecha, llegó al poder en Israel (Tawil, 2016, p. 42-43, 47). Previamente se había vinculado al grupo palestino Hamás con Irán, quien respaldaba a la organización con financiamiento, armamento y entrenamiento militar (Levin, 2018).⁴³

En este tenor, para Irán fue especialmente preocupante el acercamiento entre Turquía e Israel. Teherán temía que Tel Aviv ganase una posición de avanzada y pudiese realizar operaciones de espionaje e incluso atacarlo desde territorio turco, por lo que buscó contrarrestar a Israel desde Líbano mediante Hezbolá y desde Palestina con Hamás. Respecto a Ankara, Teherán había tenido desacuerdos por incursiones en su territorio y violación de

⁴³ De acuerdo con Daniel Levin (2008), en 1992, en una conferencia en Teherán, Irán accedió a designar un financiamiento anual a Hamas y proveerles con entrenamiento militar. Ese año muchos miembros de la organización fueron deportados a Líbano por el gobierno israelí. En territorio libanés recibió capacitación militar de Hezbolá.

contratos para la venta de gas iraní, mientras que el gobierno turco recriminaba a Irán ser responsable de las tensiones político-diplomáticas en la región por su respaldo a movimientos islámicos y guerrillas kurdas (Mesa, 2001, p. 444-445).

El inicio del nuevo siglo supuso un nuevo reto para la estabilidad regional y la relación bilateral entre Irán y Arabia Saudí. Estados Unidos tuvo un cambio de administración liderado por un grupo neoconservador que anhelaba extender lo más posible la supremacía estadounidense y el momento unipolar. Así, después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en su territorio, el presidente George Walker Bush emprendió una campaña global contra el terrorismo que involucraba la protección de recursos estratégicos como el petróleo y el control de sus principales enemigos, a quienes, en 2002, encasilló en el “*eje del mal*”, el cual incluía a Irán, Corea del Norte e Iraq. La República Islámica y el Reino Saudí se encontraron en polos opuestos en este nuevo proyecto de supremacía estadounidense.

En el marco de la guerra global contra el terrorismo, en 2001 Irán apoyó a la coalición liderada por Estados Unidos en contra del régimen talibán en Afganistán, para mostrar su intención de colaborar con la potencia hegemónica global en su campaña.⁴⁴ Los grupos de oposición lanzaron duras críticas a Jatamí por el acercamiento a Estados Unidos y aprovecharon para criticar la corrupción en su gobierno por la privatización de empresas nacionales que quedaron en manos de una élite económica. Aunado a lo anterior, la relación con Washington se tornó más ríspida cuando el presidente George W. Bush incluyó, en 2002, a Irán, junto a Iraq y Corea del Norte, dentro del “*eje del mal*”. Lo anterior se sumó al

⁴⁴ Asesores militares iraníes trabajaron hombro a hombro con personal militar estadounidense en las áreas de la Alianza del Norte. Teherán incluso dijo que daría refugio a personal militar de Estados Unidos dentro de su territorio. Además, permitió el transporte humanitario de bienes hacia Afganistán a través de territorio de Irán. Asimismo, participó en la Conferencia de Bonn de diciembre de 2001 (Milani, SF). Para un acercamiento a las relaciones de Irán con Afganistán se recomienda el artículo completo, disponible en: <http://iranprimer.usip.org/resource/iran-and-afghanistan>

episodio de diciembre del mismo año, cuando satélites estadounidenses descubrieron, en los territorios iraníes de Arak y Natanz, instalaciones de plantas de producción de agua pesada que tendrían la capacidad de producir plutonio, si bien el programa nuclear iraní no era nada nuevo,⁴⁵ Estados Unidos no correría el riesgo de que sus contrincantes en la región desarrollaran armas de destrucción masiva (Keynoush, 2016, p. 158).

Por otro lado, tras los atentados terroristas de 2001 en Estados Unidos, Arabia Saudí decidió nuevamente apoyar una campaña estadounidense, esta vez en Afganistán contra el régimen talibán. Aunque no fue parte de la coalición que se adentró en territorio afgano, el reino saudí colaboró con acceso a sus instalaciones militares en un intento por relajar la tensión provocada por la participación de quince de sus ciudadanos en los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center en Nueva York y el edificio del Pentágono en Virginia (Ahmad y Faisal, 2014, p. 27).⁴⁶ A su vez, el inicio de siglo fue ambivalente para el Reino Saudí ya que marcó el inicio de un incremento gradual de los precios del petróleo; pero también se distinguió por el inicio de constantes ataques terroristas en territorio saudí por parte de grupos que rechazaban tajantemente la presencia estadounidense en la región y el apoyo incondicional de la monarquía al proyecto hegemónico de Washington (Riedel and Saab, 2008, p. 35-36).

⁴⁵ Irán lanzó su programa nuclear bajo el régimen del Shah. El régimen Pahlavi era un aliado estratégico de Estados Unidos en la Guerra Fría, por lo que ofreció su ayuda para desarrollar instalaciones nucleares con el compromiso de no desarrollar armas nucleares. En 1957, Estados Unidos e Irán firmaron un acuerdo de cooperación nuclear. Desde entonces, Irán adquirió reactores de agua ligera e hizo acuerdos con Alemania, Francia y Estados Unidos para desarrollar instalaciones de enriquecimiento de uranio. Irán se comprometió a seguir los mandatos de la Agencia Internacional de Energía Atómica (Khan, 2010, p. 47-48).

⁴⁶ De acuerdo con Ahmad y Faisal (2014, p. 27), este apoyo se debió principalmente a un método de cooperación Saudí-Pakistaní para contener la posible influencia de Irán en Afganistán. El gobierno iraní veía con buenos ojos la intervención estadounidense en contra del régimen Talibán, al cual Arabia Saudita había apoyado anteriormente, pero que era enemigo declarado del gobierno de la República Islámica.

2.3. Conclusiones del capítulo

En la última década del siglo XX, Estados Unidos se colocó como líder de un nuevo orden mundial unipolar en el que emprendió la Guerra del Golfo sin oposición, dirigió las conversaciones entre Israel y Palestina, condenó e impuso sanciones a los regímenes con los que sus relaciones no eran buenas e implantó al terrorismo como el nuevo enemigo de la paz global. Igualmente, impulsó el desarrollo militar de sus aliados regionales, Israel, Turquía y Arabia Saudí. Sin embargo, a pesar del despliegue militar en Kuwait e Iraq a principios de la década y la implementación de la política de “doble contención” en contra de Teherán y Bagdad, Estados Unidos priorizó en la promoción de los valores económicos de la globalización y preservar el statu quo de la región, por lo que se resistió al uso de la fuerza para derrocar regímenes (Gause III, 2010, p. 88) como parte una política que Tudor Onea (2013, p. 45) describió como “autocontrol por cooperación”. De acuerdo con Marta Tawil (2016, p. 35), Washington descuidó las causas estructurales de los problemas de Medio Oriente por enfocarse en la pacificación de la región mediante la apertura económica según una agenda neoliberal.

A mediados de la década de 1990, esta actitud estadounidense resultó en el surgimiento de diversos adversarios que cuestionaron la autoridad de Washington. De esta manera, el sistema internacional parecía alejarse cada vez más de la unipolaridad y, en su lugar, adoptar un periodo de uni-multipolaridad con Estados como Rusia, China e Irán, y organizaciones transnacionales, al-Qaeda principalmente, que desafiaron el poderío de Estados Unidos. A principios del siglo XXI, no obstante, la elección del presidente George Walker Bush y el auge de su grupo neoconservador dieron un giro tajante a la política exterior

de Washington, la cual se centró en hacer valer su supremacía mediante el enfrentamiento directo con sus principales adversarios en las llamadas “guerras preventivas” y el control de recursos estratégicos para extender el periodo unipolar. En este contexto se presentaron las invasiones de Afganistán en 2001 e Iraq en 2003.

Por otra parte, la década de 1990 presenció el acercamiento entre Arabia Saudí e Irán. Ambos regímenes priorizaron la estabilidad regional, la cooperación mutua y el propio desarrollo y recuperación económicos como estrategia de seguridad en un momento en el que se encontraban vulnerables internamente. La República Islámica cambió radicalmente su proyecto de política exterior de “exportar” su revolución por uno más pragmático que se centró en restablecer relaciones diplomáticas en la región y abandonar el aislamiento internacional para conseguir nuevos socios comerciales y militares. Por su parte, Arabia Saudí respaldó el proyecto estadounidense en la región para preservar su propia seguridad y, además, pudo ser capaz de tener un margen de maniobra que le permitió colaborar con Irán en diversos aspectos sin afectar el proyecto estadounidense.

Para Luis Mesa Delmonte (2001, p. 450-451), la distensión y cooperación entre Arabia Saudí e Irán durante el periodo de hegemonía unipolar estadounidense fue una muestra de que “una agenda antagónica puede reformarse en determinada coyuntura y dar lugar a espacios conciliadores y de planificación estratégica, política y económica, mutuamente ventajosos, aunque con variadas implicaciones y necesarios reajustes”. En este sentido, el Reino Saudí y la República Islámica lograron un acercamiento bilateral después de “años de marcados antagonismos de variado contenido ideológico, religioso, nacionalista y de poder, que en muchas ocasiones fueron concebidos como elementos para la incompatibilidad bilateral perpetua”.

En 2001, el ascenso del neoconservadurismo en Estados Unidos y su proyecto hegemónico se insertaron en esta dinámica de la relación bilateral entre Irán y Arabia Saudí. La República Islámica y el Reino Saudí eran vistos de manera distinta por Estados Unidos en este plan de supremacía, mientras que la monarquía saudí era un aliado estratégico, Irán fue categorizado como un enemigo global. Sin embargo, en un principio, el diseño de una política exterior que pretendía la supremacía estadounidense no dañó la tendencia de cooperación entre Irán y Arabia Saudí, que dieron mayor importancia al nivel de cooperación que habían alcanzado y a sus acuerdos en materia de seguridad, comercio y energía. La invasión estadounidense de Iraq en 2003 y la posterior actitud de Estados Unidos hacia la región cambió por completo la relación bilateral entre Teherán y Riad.

TERCER CAPÍTULO: LAS REPERCUSIONES DEL CAMBIO EN EL SISTEMA INTERNACIONAL EN LA CONFIGURACIÓN DE LA RIVALIDAD IRANO-SAUDÍ Y SU REPRESENTACIÓN EN LÍBANO (2003-2010) Y YEMEN (2011-2017)

En 2003, Washington emprendió una nueva campaña bélica en Iraq como parte del proyecto hegemónico iniciado en 2001 que pretendía reafirmar su supremacía, el éxito de la empresa le daría el control de recursos energéticos para contrarrestar el surgimiento de otras potencias, tendría la delantera en posibles casos de guerras comerciales con las potencias existentes, por ejemplo, y lo pondría al frente de una misión contra el terrorismo y los regímenes que lo respaldaban. Estos últimos, de acuerdo con la visión de Estados Unidos, representaban las máximas amenazas a la seguridad internacional (Zunes en Fawn y Hinnebusch, 2006, p. 27-29). Como parte de esta campaña, Washington se planteó un plan ambicioso de control en la zona que no se limitó a Iraq, sino que incluía el debilitamiento de Irán y Siria, y la consolidación militar del CCG e Israel. Irán y Arabia Saudí no pudieron mantener una relación cordial tras la intervención estadounidense en Iraq debido, entre otros, al papel que Washington designó para cada uno de ellos y la actitud que tomó ante ambos regímenes. La cooperación previa se convirtió en desconfianza mutua y, cuando el plan de Estados Unidos en la región fracasó, la República Islámica y el Reino Saudí, así como otras potencias externas a la región, buscaron aprovechar un vacío de poder para incrementar su área de influencia y diezmar a su contraparte. Los movimientos sociales que estallaron en Medio Oriente a finales de 2010 y principios de 2011 intensificaron la rivalidad entre Teherán y Riad, que se enfrentaron en cada uno de los escenarios de crisis en la región.

El propósito del presente capítulo es analizar las presiones generadas por el sistema internacional a partir de la invasión estadounidense de Iraq en 2003 que han moldeado la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí a lo largo del siglo XXI. Se hará énfasis en los principales

cambios en el sistema que imposibilitaron una relación cordial como la sostenida en la última década del siglo XX e inicios del siglo XXI. Para lograr lo anterior, el apartado se divide en cuatro secciones que abarcan el segundo ciclo planteado en la introducción, 2003-2017. En la primera de ellas se analizan las consecuencias regionales de la invasión a Iraq en 2003, así como los factores que afectaron directamente la relación bilateral irano-saudí. En la segunda sección se examinan las implicaciones del antagonismo entre Irán y Arabia Saudí en un caso y lapso específicos: Líbano en el periodo 2003-2010. En la tercera sección se explica la relación entre la evolución del sistema internacional y las protestas sociales de 2010-2011, así como sus efectos en la región y su impacto en el antagonismo entre Irán y Arabia Saudí. Por último, se estudia la rivalidad entre la República Islámica y el Reino Saudí en Yemen como escenario específico para mostrar la manera en que ambos Estados han intervenido en la dinámica local de los países de Medio Oriente.

Una

3.1. La invasión estadounidense de Iraq: el inicio de una nueva rivalidad y el retorno de viejas amenazas sectarias (2003-2010)

En los primeros años de la primera década del siglo XXI, Estados Unidos diseñó un proyecto hegemónico con la intención de acentuar la unipolaridad que en la administración de William Clinton se había debilitado. En un primer momento, los recursos militares y diplomáticos de Estados Unidos tuvieron pocos contrapesos a nivel internacional. Estados Unidos fue capaz, entre otras cosas, de intervenir en Iraq pese a la negativa de la ONU y orquestar la salida de tropas sirias de territorio libanés en abril de 2005. Sin embargo, la era de hegemonía unipolar

que pretendía el presidente Bush se fue diluyendo por la derrota en Iraq, el surgimiento de contrincantes diversos, organizaciones armadas, potencias globales y potencias regionales, principalmente.

Cuando la presencia de Estados Unidos en la región se intensificó, Arabia Saudí e Irán se encontraron en polos opuestos del proyecto hegemónico del presidente Bush, la República Islámica fue señalada como uno de los principales enemigos de Washington y el Reino Saudí no tuvo más opción que subordinarse a la política de Estados Unidos. En este contexto, Riad y Teherán buscaron afianzar su posición en la región mediante alianzas diversas con milicias, organizaciones políticas locales y otros Estados. La entrada de Estados Unidos a Iraq tuvo un efecto doble en el caso de Irán, ya que el poder e influencia de la República Islámica se incrementaron considerablemente debido a la caída de Saddam Husein. Sin embargo, también significó una amenaza constante por la presencia de tropas estadounidenses en dos de sus fronteras. Teherán, entonces, buscó vínculos militares con otros Estados para atender esta amenaza. Por su parte, Arabia Saudí, a pesar de que tuvo pocas oportunidades de influir en el proceso de reconstrucción política de Iraq, trató de fortalecer sus lazos con Washington mediante la cooperación casi incondicional y se valió de ello para reforzar su aparato militar.

Tras haber sido colocado como parte del *“eje del mal”*, Teherán movió todas sus piezas para influir de cualquier modo en Iraq y detener el avance de Estados Unidos mediante milicias y organizaciones políticas y religiosas. Para Irán, tener una buena relación con Iraq significaba, entre otras, un enlace terrestre con Siria (Walsh, 2017, p. 100) y contrarrestar la amenaza estadounidense. La capacidad saudí para influir en Iraq disminuyó con la decisión de Washington de dismantelar al partido Baath. Riad esperaba que los refugiados del partido en el reino surgieran como fuente de poder tras la invasión estadounidense y contrarrestaran

a los partidos políticos pro-iraníes, pero esa esperanza se extinguió rápidamente (Keynoush, 2016, p. 176). En 2005, en un viaje a Estados Unidos, el ministro de relaciones exteriores saudí calificó la guerra de Iraq como “una entrega a Irán” (Haji-Yousefi, 2009, p. 116).

Durante los primeros dos años de la intervención estadounidense en Iraq, Arabia Saudí se enfocó en defender su territorio de las amenazas terroristas de la rama saudí de al-Qaeda⁴⁷ y en mantener su buena relación con Washington. Irán, por otro lado, centró su política hacia Iraq en dos ejes: contener el avance estadounidense más allá de las fronteras de Iraq y conseguir aliados en terreno iraquí. Para contrarrestar la amenaza estadounidense en la región, el gobierno iraní acudió a Rusia y China, quienes se convirtieron en sus principales abastecedores de armamento, los mercados europeos estaban cerrados para Irán debido a las sanciones estadounidenses que comenzaron en la década de 1990. Rusia exportó a Irán tecnología y todo tipo de armamento ligero y pesado como misiles tierra-aire y tanques, mientras que China fue, ante todo, un proveedor de tecnología. Los altos precios del petróleo en los primeros años del nuevo siglo permitieron a Irán incrementar su presupuesto militar de \$2.3 a \$6.2 mil millones de dólares de 2000 a 2006 (Cordesman y Kleiber, 2007, p. 30-31).

El gobierno ruso defendió que su venta de armas hacia Irán era defensiva, aunque ello produjera protestas de Estados Unidos e Israel. En respuesta a cuestionamientos sobre la venta de armas a Irán, el ministro de defensa ruso aseguró que Moscú suministraría a Teherán con más armamento en el futuro y que Rusia colaboraría en reforzar el sistema defensivo

⁴⁷ El terrorismo afectó directamente al reino saudí desde el 12 de mayo de 2003, cuando 34 personas murieron por un altercado en la capital (Riedel and Saab, 2008, p. 36). El grupo Al-Qaeda se presentó en oposición directa a la monarquía y, de 2003 a 2009, asesinó a alrededor de 300 personas e hirió a miles (Hegghamer, 2010, p. 1). Después de la derrota del régimen talibán en Afganistán, muchos de los combatientes en aquel territorio viajaron al Reino Saudí para declarar la guerra a la monarquía. Al-Qaeda en Arabia Saudí tenía dos objetivos: señalar al régimen como ilegítimo y anti islámico, y expulsar a las tropas extranjeras de territorio saudí (Al-Rasheed, 2010, p. 224-225)

iraní (Belopolsky, 2009, p. 53-54, 110). Mientras tanto, China se caracterizó por su papel en el desarrollo y modernización del sector industrial-militar de Irán. Las transferencias de armamento y conocimiento entre China e Irán no pararon pese a las sanciones internacionales impuestas a la República Islámica,⁴⁸ incluso, se señaló a China por transferir misiles balísticos hacia Irán con Corea del Norte como intermediario (Harold y Nader, 2012, p. 7).

Por su parte, Arabia Saudí, durante la invasión estadounidense de Iraq, mantuvo la cooperación militar con Washington.⁴⁹ El reino colaboró en la estrategia de seguridad de Estados Unidos en Medio Oriente como enlace con otros Estados de la zona, principalmente los del CCG, con quienes el presidente George W. Bush se declaró dispuesto a formar una plataforma de cooperación en seguridad. En ese sentido se creó el Diálogo de Seguridad del Golfo en torno a cinco áreas: el mejoramiento de la capacidad defensiva de estos países, asuntos regionales de seguridad, combate al terrorismo y la proliferación de armas en manos terroristas; protección de infraestructura relevante, y los compromisos que cada Estado debería tener con Iraq y su proceso de estabilización (Blanchard y Grimmett, 2008, p. 2).

⁴⁸ Irán fue sujeto a dos diferentes tipos de sanciones debido al desarrollo de su programa nuclear, las oficiales, provenientes de las Naciones Unidas, y las unilaterales, impuestas por Estados Unidos y la Unión Europea. Las sanciones de la ONU tenían un alcance limitado y se enfocaban en bienes y servicios que pudieran contribuir directamente al programa nuclear de Irán. Estados Unidos intentó ampliar estas sanciones, pero encontró resistencia por parte de Rusia, China y, al principio, la Unión Europea. En 2006, Washington incrementó las restricciones de la ILSA de 1996 para que las compañías estadounidenses negociasen con Irán y el Acta cambió el nombre a ISA (*Iran Sanctions Act*) para reflejar que Libia no era más una amenaza (Esfahani y Pesaran, 2009, p. 194). Igualmente, Estados Unidos impuso un embargo de armamento a la República Islámica y atacó el sector financiero iraní. Muchos bancos europeos cortaron sus relaciones con Irán entre 2006 y 2008, especialmente después de que Irán rechazó, en 2008, la propuesta del grupo 5+1 (cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania) de reducir su capacidad nuclear. Desde entonces los países europeos fortalecieron sus sanciones y hubo una baja en las importaciones que Irán realizaba desde Europa. Asimismo, Estados Unidos presionó para que instituciones financieras de Asia y del Consejo de Cooperación del Golfo detuvieran sus transacciones con Irán (Habibi, 2008, p. 5).

⁴⁹ Según datos del analista Christopher Blanchard (2009, p. 15) en su informe al congreso estadounidense, entre 1950 y 2006 Arabia Saudí recibió de Estados Unidos armas, equipo militar y servicios relacionados con un valor de 62 mil millones de dólares, además de servicios de construcción militar con un valor de 17 mil millones de dólares. Lo anterior representó para Estados Unidos el 19% del total de las ventas foráneas de armamento y 85% de las entregas de servicios de construcción militar a nivel mundial durante las seis décadas.

Asimismo, por intereses económicos propios, pero también por su fuerte relación con Estados Unidos, Arabia Saudí actuó, desde 2003, como un proveedor independiente de la OPEP a lo largo de la invasión estadounidense en Iraq; así lo había hecho durante la revolución iraní, la guerra Irán-Iraq y la invasión iraquí de Kuwait (Alkhathlan, et al., 2014, p. 209). La invasión a Iraq en 2003 destruyó instalaciones petroleras y gasísticas iraquíes, y marginó a Iraq del mercado petrolero mundial. Inmediatamente, Saudi Aramco, la empresa estatal saudí de petróleo y gas, incrementó su producción para compensar la ausencia iraquí, de 6.8 millones de barriles diarios en 2002 a 8.6 en 2004 (McMurray, 2011, p. 143).⁵⁰

Sin embargo, pese al apoyo que otorgó a Washington, Riad se decepcionó del futuro hacia el que Bagdad se estaba enfilando. En 2005, en las primeras elecciones en Iraq tras la intervención, el Consejo Supremo para la Revolución Islámica en Iraq y el anteriormente reprimido Partido al-Dawa lograron buenos resultados y llevaron a Ibrahim al-Jaafari al puesto de primer ministro y después a Nuri al-Maliki. La cercanía de los primeros ministros iraquíes con Teherán garantizó la expansión de la relación entre Iraq e Irán (Walsh, 2017, p. 101). El nuevo gobierno iraquí aprovechó la ventaja demográfica de los chiíes para implementar políticas sectarias. Las monarquías del Golfo intentaron prevenir, mediante apoyo a grupos yihadistas suníes, especialmente al-Qaeda en Iraq, que el país se convirtiese en un bastión chií que los desafiase (Calculli y Legrenzi, 2016, p. 228).

Con el objetivo de proveer armas a estas milicias e incrementar su propio arsenal, el Reino Saudí acudió a nuevos mercados para adquirir el armamento que Washington le

⁵⁰ Entre 2005 y 2006 Irán poseía reservas probadas de aproximadamente 133 mil millones de barriles de petróleo y 24 billones de metros cúbicos de gas natural, las segundas reservas de gas natural más grandes del mundo (Sabetghadam, 2006, p.28). Por su parte, para 2009, el Reino de Arabia Saudí poseía entre el 20% (Alkhathlan, 2013, p. 343) y 25% (Zuhur, 2011, p. 138) de las reservas mundiales de petróleo y su capacidad de producción rondaba entre 11 (Zuhur, 2011, p. 138-139) y 12 (Lippman, 2012) millones de barriles diarios, la mayor en el mundo (Long y Maisel, 2010).

demoraba o cuestionaba. En 2003, el príncipe Abdullah realizó la primera visita de un Jefe de Estado a Moscú y, en 2007, el presidente ruso Vladimir Putin hizo lo propio. Este intercambio relajó las tensiones entre Moscú y sus provincias musulmanas, especialmente Chechenia (Nocetti, 2010, p. 5,10). Además, pese a ser descartado en el futuro de Iraq, la invasión estadounidense benefició a la economía saudí en tanto le permitió acercarse al mercado chino. China se había convertido en el segundo mayor consumidor de energía en el mundo y sus aspiraciones globales exigían aumentar sus importaciones de este hidrocarburo (Wehrey et al., 2010, p. 57). Para formalizar el acercamiento, en 2006, el rey ‘Abdullah y el presidente Hu Jintao intercambiaron visitas, lo cual significó la primera visita de un jefe de Estado saudí a la República Popular de China. Durante 2003-2011, más de la mitad de las exportaciones de Saudi Aramco fueron hacia Asia. Arabia Saudí se convirtió en el principal proveedor de petróleo para Japón, China, Corea del Sur y Taiwán (McMurray, 2011, p. 157).⁵¹

Estos acercamientos probaron el cambio en la distribución de poder del sistema internacional. Estados Unidos sufrió diversos reveses por su estrategia de intervención en Iraq que permitieron a otros actores incrementar su presencia en la zona. En un primer momento, Estados Unidos quería controlar el petróleo de Iraq porque le permitiría enfrentar de manera positiva una potencial guerra comercial con Japón, la Unión Europea o China

⁵¹ Una de las principales causas por las que Irán y Arabia Saudí pudieron incrementar su capacidad militar y financiar a otros grupos armados en la región fue el abrupto incremento en los precios del petróleo. Después de un periodo de 23 años de saturación petrolera en el mercado y de bajos precios, en 2004 la demanda global de petróleo alcanzó los niveles de producción. Este cambio se atribuyó principalmente a la creciente demanda de ciertos Estados asiáticos, especialmente China e India. Los precios aumentaron de tal manera que, a mediados de 2008, el barril de petróleo alcanzó los \$140 dólares por unidad tras comenzar 2003 en \$29 (Long y Maisel, 2010). Las razones para la escalada de precios son diversas, entre ellas, la creciente demanda de mercados emergentes, conflictos y tensiones en regiones clave para la producción de petróleo (América Latina, África, Medio Oriente y Asia Central), así como especulación financiera en mercados (McMurray, 2011, p. 160).

(Zunes en Fawn y Hinnebusch, 2006, p. 29). No obstante, no fue capaz de estabilizar Iraq a su favor.

Por otra parte, la preocupación saudí ante el resurgimiento chií en Iraq estaba bien fundada. Pese a que Estados Unidos había derrocado al gobierno de Saddam Husein en los primeros meses de la invasión, no tuvo la capacidad de controlar la violencia que se desató. El ejército y el partido de gobierno fueron desmantelados, por lo que muchos de sus antiguos miembros se aliaron a milicias locales y saquearon los almacenes de armas. La ausencia de una autoridad local permitió la formación de insurgencias organizadas con motivaciones políticas (Dodge en Hinnebusch y Ehteshami, 2002, p. 214). Igualmente, debido a la falta de control social e institucional, surgieron diversos enfrentamientos sectarios por lograr influencia en un nuevo aparato político. El ambiente de guerra civil dio a Estados Unidos una excusa para permanecer en Iraq. Los suníes, aunque demográficamente minoritarios, eran la oposición e insurgencia más fuerte debido a su cercanía histórica con el régimen de Saddam Husein y el ejército. Entonces, Estados Unidos decidió permitir el control efectivo del gobierno a los grupos chiíes, quienes facilitaron el acceso a armas a nuevas milicias afines (Cook, 2008, p. 136-137).⁵²

Entre 2006 y 2007, la violencia en Iraq se disparó. Suníes y chiíes radicales tenían poderosos brazos armados, al-Qaeda en Iraq, liderada por Abu Musab al-Zarqawi⁵³ y la

⁵² Entre las políticas sectarias que se propusieron durante la administración de Bush se encontraba una idea conjunta entre Estados Unidos e Israel, bajo el mandato de Ariel Sharon, que planteaba la idea de una partición iraquí en tres, un territorio kurdo al norte, otro suní en el centro del país y uno más chií al sur, lo cual no se concretó (Cook, 2008, p. 136-137).

⁵³ Al-Zarqawi combatió en Afganistán contra la URSS. Salió de Afganistán hacia Iraq tras la invasión de 2001. Durante la invasión a Iraq, fundó un grupo yijadista llamado Monoteísmo y Yijad. Fue conocido por sus tácticas brutales y bombardeo a civiles chiíes. En 2004, hizo formal su alianza con al-Qaeda y renombró a su organización como al-Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos (Romano en Esposito, 2013, p. 624).

armada Mahdi, de Muqtada al-Sadr,⁵⁴ respectivamente (Wehrey, et al., 2010, p. 145-146). Aunado a lo anterior, en la provincia de Anbar se gestó un movimiento suní de ciudadanos, autoproclamado “El Despertar de Anbar” (*Sahwat al-Anbar*),⁵⁵ dispuesto a combatir a al-Qaeda. Estados Unidos los armó, financió y combatió junto a ellos (Romano en Esposito, 2013, p. 626). En 2006, al-Zarqawi fue asesinado por Estados Unidos en una embestida aérea y el nuevo líder, Abu Umar al-Baghdadi, creó el Estado Islámico de Iraq (The National Counterterrorism Center, 2014). Iraq se convirtió en el escenario de la explosión de la violencia sectaria que se extendió a diversos países. Irán y Arabia Saudí formaron dos ejes de oposición que pretendían asegurar su influencia sobre la región y la división suní-chií fue instrumentalizada (Calculli y Legrenzi, 2016, p. 228). El aumento de la violencia en 2006, el fortalecimiento de grupos armados contrarios a la ocupación de Estados Unidos, el resurgimiento de potencias regionales como Irán y la incapacidad de Washington por estabilizar Iraq, entre otras, dejaron en claro que la estrategia hegemónica estadounidense había fallado, la administración Bush había fracasado. En 2008, además, una crisis económica y financiera global disminuyó aún más su capacidad de controlar la región. La hegemonía de Estados Unidos era cada vez más cuestionada y desafiada. Irán se afianzó en Iraq y los grupos terroristas no cedieron al poderío de Washington, lo cual causó también controversias en sus aliados, como Arabia Saudí. El proyecto iniciado en 2001 estaba muerto.

⁵⁴ Muqtada al-Sadr tenía legitimidad religiosa por su pertenencia a un famoso linaje de clérigos. Su padre, asesinado por el régimen de Saddam en 1999, era primo del fundador del partido al-Dawa, Mohammed Baqer al-Sadr, ejecutado por el régimen en 1980. Durante la guerra, tomó una tendencia mayormente nacionalista. Llamó a la unión suní-chií en contra de la ocupación estadounidense (Louër, 2008, p. 259-261).

⁵⁵ Hombres que anteriormente combatieron a Estados Unidos, se aliaron gradualmente al ejército estadounidense. Más de 100,000 suníes fueron armados y entrenados para convertirse en miembros del Consejo del Despertar, conocido por el ejército de Estados Unidos como “Grupos Preocupados de Ciudadanos Locales”. Los miembros de este grupo recibían \$300 dólares al mes (BBC News, 2010).

La posición y fortaleza de al-Qaeda ocasionó una fragmentación en el aparato religioso del Reino Saudi, la cual se agravó junto con el conflicto sectario en Iraq. Ciertos clérigos wahabíes eran críticos de los ataques de al-Qaeda en Arabia Saudí, sin embargo, otros apoyaban abiertamente a su rama iraquí. Algunas autoridades wahabíes dieron su aprobación religiosa ante los ataques de al-Qaeda contra la población chií iraquí, mientras que otros organizaron conferencias para apoyar la insurgencia suní (Riedel and Saab, 2008, p. 36-37).

En general, en la primera década del siglo XXI se constató una fragmentación en el liderazgo saudí que se reflejó en algunos intentos del Rey ‘Abdullah por relajar la situación por la vía política, mientras que los líderes wahabíes, que a su vez legitiman a la monarquía, apostaron por la confrontación con los chiíes. Los chiíes saudíes tuvieron algunas mejoras en sus derechos religiosos, se abrieron algunas mezquitas y escuelas, pero no se vieron satisfechas todas sus demandas.⁵⁶ Lo anterior llevó a una división entre quienes apostaban por un mayor diálogo con el aparato gubernamental y quienes preferían una estrategia de confrontación (Teitelbaum 2010, p. 83).

La intervención estadounidense en Iraq y la violencia sectaria que provocó revivieron las viejas amenazas que surgieron tras la revolución iraní en 1979. En 2007, el entonces mandatario iraní, Mahmud Ahmadineyad, intensificó su discurso sobre la imperante necesidad de que Estados Unidos saliera de suelo iraquí y permitió que la prensa iraní

⁵⁶ La marginalización de la población chií es notoria en Arabia Saudí, no encabezan algún ministerio, no son parte del personal diplomático y no hay ningún alto miembro chií en el aparato de seguridad saudí, el sistema educativo es discriminatorio y ha creado una mala imagen del chiismo y los chiíes (Hitman, 2018, p. 11-14). Una de las mayores demandas realizadas por la población chií en Arabia Saudí es la prohibición de *fatawa* en su contra. Sin embargo, con el auge de la violencia sectaria y el avance del Hezbolá en Líbano, muchas más *fatawa* fueron promulgadas por líderes wahabíes; en ellas se pedía la excomunión de los chiíes saudíes y se les condenaba como agentes de Irán (Al-Rasheed, 2010, p. 265).

utilizara el término “geopolítica chií” en referencia a la frase que algunos líderes árabes y la prensa estadounidense habían acuñado desde 2004: “media luna chií”, que incluía a Irán, Siria y Líbano.⁵⁷ Este discurso se fortaleció en 2006 cuando el presidente egipcio Hosni Mubarak aseguró que los chiíes de cualquier país árabe eran más leales a Irán que a sus países de residencia (Haji-Yousefi, 2009, p. 116). El fortalecimiento de Irán como potencia regional era preocupante para los regímenes aliados a Estados Unidos.

Además, la República Islámica también aprovechó el impulso económico de China para incrementar sus lazos con Beijing mediante acuerdos de gas natural. Irán explotó la ventaja que este recurso le daba sobre sus vecinos, ricos en petróleo crudo, pero solo algunos con reservas de gas natural, para reforzar su capacidad de negociación dentro de un sistema internacional encabezado por Estados Unidos, quien lo presionaba a través de sanciones y bloqueos económicos. En ese momento, la regulación de inversiones en Irán era más permisiva que en Arabia Saudí respecto al gas natural. El Reino Saudí aún restringía la inversión extranjera en el sector de la exploración y la producción del recurso. Irán decidió explorarlo de mejor manera (Wehrey et al., 2010, p. 59-60).

Con la intención de acercarse a todos los mercados posibles, Irán diseñó ciertas estrategias para evitar los efectos de las sanciones estadounidenses. Turquía pagó con oro y Pakistán con trigo para la realización de proyectos conjuntos, Teherán buscó por diversos medios esquivar, en cierto nivel, las sanciones impuestas (Mirsaeedi-Farahani, 2015, p. 285). Desde entonces, Irán ha utilizado su incremento de producción de gas natural para fortalecer

⁵⁷ En 2004, el rey de Jordania Abdullah II acuñó el término “media luna chií” para referirse a una posible área de influencia iraní en la región. Esta zona hacía referencia a Líbano, a través de Hezbolá; a Iraq, mediante los lazos que Teherán había creado y fortalecido con partidos políticos y grupos armados; y a Siria, con quien mantenía una estrecha relación desde la década de 1980, a pesar de ser un país con mayoría demográfica suní (Helfont, 2009, p. 285).

su rol en la región, ha acordado gasoductos para transportar sus recursos a Europa a través de Iraq, Siria y Turquía; y a China e India a través de Pakistán.

La competencia entre Irán y Arabia Saudí se intensificó cuando, a partir de 2008, Estados Unidos dio fuertes golpes tecnológicos en materia energética que lo llevarían a una potencial independencia de recursos energéticos a corto plazo (Quilliam, 2016, p. 31).⁵⁸ Lo anterior, junto con la apuesta de algunos países por las energías limpias, preocupó al Reino Saudí, quien temió que Estados Unidos no velaría más por la seguridad de la región. Este cambio en el comportamiento estadounidense significaría dos cosas: Arabia Saudí tendría que garantizar su propia seguridad por primera vez en su historia moderna y, además, tendría que asegurar su posición comercial con las potencias emergentes, como China e India, quienes también tenían relación con su rival en la zona: Irán.

En 2009, Barack Obama llegó a la presidencia de Estados Unidos con una estrategia de política exterior que le permitiese mejorar la imagen de su país con el mundo, estaba consciente de que el proyecto de supremacía diseñado por la administración Bush había fracasado. Así, en 2011, como había prometido en campaña, retiró a un gran número de sus tropas de territorio iraquí y negoció con Irán respecto a la transición que esta retirada conllevaría en Iraq. Washington y Teherán no vieron en Riad un socio adecuado para la paz y la élite política saudí claudicó en su intento por participar en esta transición (Keynoush, 2016, p. 199-200). El presidente Barack Obama abrió un canal de diálogo con el presidente

⁵⁸ Estados Unidos desarrolló tecnología para la fractura hidráulica de la tierra y la perforación horizontal terrestre, así como la exploración y explotación de recursos petroleros no convencionales. Estos avances permitieron a Washington incrementar sus reservas de gas y petróleo crudo de manera considerable y cambiar de posición de importador a exportador. En este contexto, British Petroleum aseguró que Estados Unidos alcanzaría independencia energética en 2016 (Quilliam, 2016, p. 31).

Mahmud Ahmadineyad con la intención de relajar la tensión entre ambos Estados y llevar por buen camino la reconstrucción económica, política y social de Iraq.

Sin embargo, Arabia Saudí e Irán continuaron suministrando apoyo a grupos políticos y militares locales y la violencia sectaria en Iraq no se detuvo. La salida militar estadounidense de Iraq y los avances tecnológicos que le dieron acceso a recursos energéticos en su propio territorio crearon un vacío importante de poder en Medio Oriente. China y Rusia aprovecharon este contexto para acercarse a Arabia Saudí e Irán, lo que también ocasionó una rivalidad comercial entre Riad y Teherán, que explotaron sus capacidades para influir en los mercados del petróleo y gas para beneficio propio y en perjuicio de su contraparte. Arabia Saudí temía, asimismo, que la ausencia de una fuerza estadounidense en la región diera valor a Irán para controlar militarmente el Estrecho de Ormuz, a través del cual pasan 17 millones de barriles de petróleo diario, de los que 85% se dirigen a Asia (Zavareh y Barzoki, 2018, p. 716)

3.2. Líbano como tablero geopolítico de la rivalidad bilateral irano-saudí (2003-2010)

La invasión de Estados Unidos a Iraq en 2003 tuvo un gran impacto en la situación política de Líbano debido a la conjugación de intereses que diversos países de la región, Siria, Irán e Israel, y otras organizaciones políticas tenían sobre este país. Desde 1990, Siria había mantenido un control hegemónico sobre Líbano y una actitud de cooperación en el nuevo orden que le habían servido para negociar con Estados Unidos e Israel respecto a los procesos de paz árabe-israelíes y, además, le permitieron mantener su respaldo a Hezbolá en su

resistencia contra Tel Aviv y fungir como mediador entre ambos.⁵⁹ Esta posición lo convirtió en un actor estratégico en el proyecto de pacificación y estabilidad regional durante el mandato de George H. Bush y la primera administración del presidente William Clinton. No obstante, en la segunda mitad de la década de 1990 y principios del siglo XXI, Clinton favoreció y respaldó a Tel Aviv y Ankara en detrimento de su relación con Siria, a quien se calificó como un “Estado canalla” (*Rogue State*).⁶⁰

En 2001, después del 11 de septiembre, Estados Unidos evitó incluir a Hezbolá en su guerra contra el terrorismo para asegurar el respaldo árabe y sirio, especialmente. Siria, por su parte, esperaba que su apoyo a la campaña estadounidense ejerciera presión para la salida de Israel de los territorios ocupados por lo que, en un principio, decidió cooperar con el proyecto de Washington. No obstante, el grupo neoconservador de Estados Unidos pronto derrumbó esta aspiración e incrementó su apoyo a Tel Aviv, lo que ocasionó que Hezbolá reiniciara sus operaciones militares y la posterior inclusión del grupo a la “lista terrorista” de Estados Unidos (Osoegawa, 2013, p. 102).

De igual manera, la presencia de Hezbolá en Líbano había sido cuestionada localmente desde la salida de Israel del sur del país en 2000.⁶¹ Desde entonces, las protestas contra la presencia siria aumentaron y el derecho de Hezbolá a mantener las armas se puso en tela de juicio. En este contexto, Siria impulsó el auge de Hezbolá en el ámbito político de

⁵⁹ Los Acuerdos de Taif que dieron fin a la guerra civil de Líbano establecieron un nuevo orden político en el país que se formalizó la relación especial con Siria que le otorgaba el derecho legal de mantener a su ejército en territorio libanés por un periodo acordado por los dos gobiernos. Además, definió el rol del ejército sirio para asistir al gobierno libanés a establecer su autoridad en territorio de Líbano (Osoegawa, 2013, p. 94)

⁶⁰ Dentro de las diversas traducciones que se han realizado de este término aparecen: “Estado rebelde”, malhechor, rufián, bribón, granuja, desobediente, indócil, indómito, díscolo y paria (Mesa, 2013, p. 247).

⁶¹ En mayo de 2000, ante las continuas pérdidas entre las filas del ejército y el creciente descontento popular, el gobierno israelí decidió evacuar unilateralmente la llamada “zona de seguridad” del sur de Líbano, salvo una pequeña fracción denominada Granjas de Shebaa, montañosa y rica en recursos hídricos. El retiro se llevó a cabo sin que mediara una negociación con los gobiernos libanés y sirio (Tawil, 2016, p. 57)

Líbano y defendió la pertenencia del territorio conocido como las Granjas de Shebaa a soberanía libanesa, lo cual justificaba el derecho de Hezbolá de portar armas hasta que Israel abandonara esa zona y Líbano recuperara el control efectivo (Tawil, 2016, p. 57-58).⁶²

La invasión de Iraq se insertó en este contexto. La proyección transformadora que anunció la administración Bush para toda la región generó preocupaciones en Damasco de naturaleza estratégica y política, por lo que el régimen de Bashar al Asad se opuso al ataque y ocupación estadounidense de Iraq (Mesa, 2013, p. 249). Siria estrechó sus lazos con Irán y el gobierno de Estados Unidos no tardó en considerarlos un obstáculo y acusarlos de prestar apoyo a organizaciones terroristas como Hezbolá en Líbano y Hamás en Palestina, así como de refugiar a combatientes iraquíes, también considerados terroristas. Washington, entonces, intentó debilitar a Siria mediante el término de su presencia militar en Líbano y el desmantelamiento de Hezbolá (Sierra, 2013, p. 142).

Con el ánimo que la caída del régimen de Iraq le otorgó, el presidente Bush aprobó, a finales de 2003, el Acta para la Rendición de Cuentas en Siria y la Restauración de la Soberanía en Líbano, la cual entró en vigor el 12 de mayo de 2004. En ella se condenaba el apoyo de Siria al terrorismo, su ocupación de Líbano, su programa de destrucción masiva y su búsqueda por obstaculizar los intereses estadounidenses para estabilizar Iraq (Tawil, 2016, p. 139). Además, en 2004, el régimen de Bashar al-Asad tomó la decisión de extender, extra-constitucionalmente, el mandato del presidente libanés Émile Lahúd,⁶³ pro-sirio. Lo anterior

⁶² Israel sostenía que en 1967 había arrebatado estas granjas a Siria, lo que las hacía caer en la resolución 242 de la ONU. Si se aceptaba esta versión, Damasco tendría que presionar a Hezbolá para que abandonase su lucha armada, pero Damasco y Beirut argumentaban que históricamente Shebaa había sido parte de la soberanía libanesa y que la regía la resolución 425 del CSONU; en consecuencia, al seguir bajo ocupación israelí, para Damasco y Beirut, Hezbolá conservaba el derecho de resistir la ocupación (Tawil, 2016, p. 58).

⁶³ Émile Lahoud nació en el seno de una familia militar y política de Líbano. Después de los acuerdos de Ta'if de 1989 se convirtió en comandante en jefe de las fuerzas armadas libanesas. Lahoud reconstruyó el ejército que había sido debilitado en la administración de Michel Aoun y buscó eliminar las líneas sectarias militares al

fue fuertemente criticado por la oposición libanesa al tutelaje de Siria, esta oposición estaba respaldada por Estados Unidos y sus aliados regionales, incluido Arabia Saudí. Washington aprovechó el momento y condenó la manipulación de las instituciones políticas por parte del régimen sirio en favor de Lahúd e impulsó en la ONU, junto con Francia, la Resolución 1559, que exigía la salida de tropas sirias de Líbano y demandaba el desarme de todos los grupos armados no pertenecientes al ejército libanés (incluyendo implícitamente al Hezbolá) (Lesch, en Lesch y Haas, 2012, p. 301).

Los neoconservadores estadounidenses querían imponer un régimen afín en Líbano que firmase un acuerdo de paz con Israel y aprovecharon el poder económico del primer ministro Rafiq Hariri para impulsar a la oposición mediante su figura. Rafiq Hariri era un empresario suní muy cercano a líderes occidentales como el presidente francés Jacques Chirac y, especialmente, a la monarquía saudí, quien veía con buenos ojos el ascenso político de un aliado pese a la intención última de mejorar la relación de Líbano con Israel (Osoegawa, 2013, p. 102).⁶⁴

En febrero de 2005, sin embargo, el primer ministro Rafiq Hariri fue asesinado en un atentado con carro bomba en Beirut y se acusó a Hezbolá y al régimen sirio por el incidente. Este acto produjo fuertes protestas lideradas por políticos anti-sirios que movilizaron a sus seguidores. Hezbolá quiso demostrar que tenía el apoyo de la gente, sin distinción sectaria, y

crear brigadas multiconfesionales. Previo a su nombramiento como comandante en jefe, los oficiales libaneses eran enviados a Estados Unidos, Inglaterra o Francia para entrenamiento, bajo su liderazgo, fueron enviados a una academia militar en Siria. Este acuerdo fue uno de los signos de acercamiento con Siria que lo llevaron a la presidencia con el respaldo de Hafez al-Asad (El-Husseini, 2012, p. 91).

⁶⁴ Rafiq Hariri, apodado el “príncipe comerciante”, fue el precursor de la tendencia política libanesa en la que riqueza era sinónimo de capital político. Trabajó en Arabia Saudí como maestro y después como contador. En 1978, tras tener éxito en sus empresas, compró la gran empresa de construcción francesa Oger y comenzó una buena relación con personajes de la élite política francesa como Jacques Chirac. Además, se convirtió en compañero de negocios del entonces príncipe y futuro rey de Arabia Saudí Fahd bin Abdulaziz al-Saud. Se le otorgó la ciudadanía saudí en 1980. En 1983 y 1984 participó en las conferencias de paz sobre Líbano en Génova y Lausana como enviado especial del rey saudí. Además, en 1989, fue un miembro de la delegación saudí en la conferencia de Ta'if sobre el fin de la guerra civil de Líbano (El-Husseini, 2012, p. 92-93).

el 8 de marzo convocó a un mitin que reunió a medio millón de personas. No obstante, el apoyo contra la ocupación siria respondió y congregó, el 14 de marzo, a más de un millón de personas para exigir el fin del tutelaje sirio. Bashar al-Asad retiró a sus tropas ante el clamor de los libaneses y las elecciones de mayo-junio fueron favorables para la unión 14 de marzo, quienes obtuvieron 69 de los 128 asientos en el parlamento libanés, 12 más que la alianza 8 de marzo (Harris, W., 2013, p. 16). El retiro de tropas sirias de territorio libanés fue un triunfo para Estados Unidos, Israel y Arabia Saudí, quienes sabían que debilitar la presencia de Siria significaba también disminuir el poderío del Hezbolá y, por lo tanto, la influencia iraní en Líbano. El nuevo primer ministro, Fouad Siniora, era un fuerte aliado de Rafiq Hariri y su hijo, Saad Hariri, quien, al igual que su padre, tenía un estrecho vínculo empresarial con Arabia Saudí.

Ese mismo año, 2005, Mahmúd Ahmadineyad llegó a la presidencia de Irán y el príncipe Abdullah ascendió al trono saudí de manera formal. Este último había sido el arquitecto de la distensión y el acercamiento con los presidentes iraníes Rafsanyani y Jatamí. El régimen saudí era optimista de que la relación pudiera mejorar con el nuevo presidente en Irán. No obstante, a pesar del intercambio de visitas oficiales, los mandatarios no lograron establecer posturas similares respecto a Israel y Estados Unidos, el futuro de Iraq y la alianza de Irán con el régimen sirio y el Hezbolá en Líbano (Al-Badi, 2017, 198-200). Así, Riad convocó a elecciones municipales, lo que no sucedía desde 1960. En los comicios, los chífes saudíes eligieron consejeros municipales afines en la provincia oriental en la espera de mejorar sus condiciones socioeconómicas. Arabia Saudí quería prevenir cualquier influencia de Irán o Hezbolá en su territorio (Matthiesen, 2013, p. 75).

El año 2006 fue crítico para la relación saudí-irania. Irán y Siria firmaron un acuerdo militar de cooperación para hacer frente a las amenazas comunes: Estados Unidos e Israel.

Para Irán, la seguridad siria sería la propia (Bani Nasur, 2014, p. 82). Mientras tanto, Hezbolá hizo una demostración de fuerza mediante incursiones en la frontera israelí, secuestró a dos soldados del ejército de Israel y asesinó a otros tres. El episodio desencadenó una guerra israelí contra Líbano durante julio y agosto, en la que murieron al menos 1,500 civiles libaneses. En este conflicto, Israel se apoyó de ataques aéreos, misiles e invasiones terrestres, pero no debilitó a Hezbolá. En la visión israelí, tras la salida del ejército sirio de Líbano, atacar a Hezbolá y disminuir su capacidad militar aislaría militarmente a Teherán y permitiría a Tel Aviv y Washington atacar a Irán en cuanto quisieran (Cook, 2008, p. 53).

Esta cruenta batalla hizo dudar de la capacidad militar de Israel, intensificó el apoyo popular hacia Hezbolá y restó apoyo al movimiento “14 de marzo” (Harris, W., 2013, p. 18).⁶⁵ Teherán, por su parte, acusó a Washington por respaldar a Israel y Washington hizo lo propio, condenando el uso del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica durante la guerra (Alexander y Hoenig, 2008, p. 80). Hezbolá se enfrentó a fuertes críticas de los gobiernos de Egipto, Arabia Saudí y Jordania. Estos regímenes se apropiaron de una narrativa sectaria que resaltaba la división suní-chíí y alertaron sobre la intención iraní de liderar un levantamiento en la región. Por primera vez, regímenes árabes criticaron la decisión de un movimiento árabe de enfrentar a Israel. Se describió a Hezbolá como un peón chíí de Irán y su “cuasi-chíí” aliado, Siria (Valbjorn y Bank, 2012, p. 7).

En un principio, Arabia Saudí criticó el movimiento del grupo armado libanés por su irresponsabilidad. Años después, en cables filtrados por WikiLeaks, se supo que Israel y Arabia Saudí habían intercambiado visitas constantes; de igual manera, de acuerdo con un

⁶⁵ Cuando estalló la guerra en 2006 con Israel, la oposición libanesa a Hezbolá detuvo su exigencia respecto a su desarme. Conforme se agudizó el conflicto, 87% de la población apoyó la respuesta de Hezbolá a los ataques de Israel. Entre ellos se incluyó 89% de los suníes y 80% de los cristianos libaneses (El-Husseini, 2012, p. 71).

informe del sitio *Intelligence Online*, una de las consecuencias de la guerra de 2006 entre Israel y Hezbolá fue la decisión de crear y acelerar proyectos de inteligencia entre Israel, Jordania, Arabia Saudí, Egipto y Turquía.⁶⁶ Con ese objetivo, Meir Dagan, líder de la Mossad, Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel, se reunió en diversas ocasiones con el príncipe saudí Bandar bin Sultan, antiguo embajador en los Estados Unidos (Podeh, 2018, p. 576). Tel Aviv y Riad confiaron en que la salida de las tropas sirias impulsada por Estados Unidos les permitiría incrementar su influencia en Líbano, Hezbolá acabó con su esperanza durante la guerra. Por su parte, Teherán constató que no podía permitir el debilitamiento de Hezbolá en Líbano ya que ello abriría las puertas a Israel y Arabia Saudí para embates directos. Para Irán era conveniente mantener las hostilidades lo más lejos posible de su territorio.

En este conflicto, no solo la popularidad de Hezbolá aumentó, sino también la iraní, algunas sociedades árabes favorecieron un Irán fuerte como contrapeso islámico a Israel y Estados Unidos, lo cual preocupó a ciertos líderes árabes que temían el surgimiento hegemónico de Irán (Mueller y Rabi, 2017, p. 587). Pese a que Arabia Saudí y otros Estados se valieron del discurso sectario para inclinar la balanza de poder regional a su favor y contrarrestar el surgimiento iraní, la República Islámica adoptó una narrativa árabe e, incluso, se presentó como “más árabe que los árabes” en algunos medios de la talla de *al-Jazeera* (Valbjorn y Bank, 2012, p. 7). Mediante el apoyo a Hezbolá en Líbano y a Hamás en Palestina, Irán se presentó como el defensor de las causas árabes e insinuó que los verdaderos enemigos del pueblo árabe eran sus propios regímenes (Tawil, 2016, p. 134).

⁶⁶ El informe completo puede ser consultado vía electrónica a través del siguiente enlace: “A Secret Regional Alliance against Iran,” *Intelligence Online* (France), October 20, 2006, www.intelligenceonline.com/political-intelligence/2006/10/20/a-secret-regional-alliance-againstiran.23406406-eve

En 2008, de acuerdo con documentos de WikiLeaks, el rey saudí Abdullah hizo un llamado a los Estados Unidos para interceder militarmente y terminar la amenaza iraní, el monarca saudí empleó la frase “cortar la cabeza de la serpiente” para hacer énfasis en su pretensión. Los líderes saudíes tenían deseo de ver a Israel “dañar a Hezbolá para lastimar el prestigio iraní” (Podeh, 2018, p. 576). En aquel momento se intensificó el discurso de Estados Unidos, Arabia Saudí e Israel contra la nuclearización de Irán e intentaron convencer al mundo de la amenaza que ello representaría para la paz mundial.⁶⁷ Pero no solo eso, sino que ciertos reportajes aseguran que Arabia Saudí estaba dispuesto a permitir que Israel usase su espacio aéreo para un ataque directo a territorio iraní (Mueller y Rabi, 2017, p. 589).⁶⁸

Por su parte, en concordancia con su intención de ganar seguidores, Hezbolá publicó un nuevo manifiesto en noviembre de 2009. En este documento, la organización redujo considerablemente su retórica religiosa, no mencionaba una república islámica en Líbano y afirmaba que una democracia consensual era la fórmula política más apropiada para garantizar una verdadera sociedad. Hezbolá no cambió su posición contra Estados Unidos e Israel, a los cuales consideró como enemigos y amenazas para la estabilidad de Líbano y de toda la región (El-Husseini, 2012, p. 73). De esta forma, gracias a la imagen reforzada del

⁶⁷ Cuando Mahmud Ahmadineyad llegó a la presidencia de Irán, declaró que no detendría su enriquecimiento de uranio y enfatizó el derecho legítimo iraní de tener un programa nuclear pacífico. En 2006, el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó medidas contra Irán tras examinar un informe de la AIEA en el que se señaló que no se podía concluir que no hubiese material o actividades nucleares no declaradas en Irán. Ahmadineyad, en agosto de 2006, inauguró la planta procesadora de agua pesada en Arak y el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó las resoluciones 1696, 1737 y 1747 en las que se le exigía suspender cualquier actividad nuclear sensible e impedía a los miembros de la ONU proveer objetos o tecnología nuclear a Irán (Bilgin, 2016, p. 42-43).

⁶⁸ Se pueden encontrar diferentes referencias a este acontecimiento en los medios israelíes, por ejemplo, los artículos “Saudis Would Let Israel Hit Iran” y “Saudi Arabia Seeks Iran Strike” publicados en la agencia IsraelNationalNews el 5 de julio de 2009 y el 19 de marzo de 2010 respectivamente. Ambos artículos se pueden consultar en el portal electrónico de la agencia por medio de los siguientes enlaces: <http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/132195> <http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/136609>

Hezbollah y al giro político por parte del líder druso Walid Jumblat,⁶⁹ quien cambió su apoyo de la alianza “14 de marzo” al grupo respaldado por Hezbollah y Siria, la coalición del “8 de marzo” tuvo mayor margen para formar gobierno en 2011. El aliado de Arabia Saudí, Saad Hariri, perdió poder de decisión y la influencia saudí quedó debilitada (Harris, W., 2013, p. 23).⁷⁰

El auge iraní en la región que se reflejó, entre otros, en la fuerza política y militar de Hezbollah en Líbano, causó una gran preocupación en Israel y Arabia Saudí. Ambos, en consecuencia, adoptaron una visión más pragmática de su relación y tomaron una postura conjunta respecto a una amenaza mutua. Los dos países criticaron la iniciativa de diálogo de Barack Obama con Mahmud Ahmadineyad, sin embargo, vieron con buenos ojos la disposición del gobierno estadounidense de aumentar el suministro de armamento al Reino Saudí en una etapa inédita para la monarquía en la que tendría que velar por su propia seguridad (Abadi, 2019, p. 443).⁷¹

El diseño de política exterior del mandatario estadounidense, Barack Obama, priorizó la diplomacia sobre la fuerza y redujo considerablemente su presencia militar en Medio Oriente. El proyecto de hegemonía unipolar del presidente Bush había fallado, Estados Unidos no pudo estabilizar Iraq o Afganistán y dejó a ambos países en una situación de

⁶⁹ Walid Jumblat no se encontraba políticamente activo antes del asesinato de su padre, Kamal Jumblat, en 1977. Su ascenso al liderazgo del Partido Socialista Progresivo significó el cambio de ideología del partido, el cual se transformó de un partido secular con aspiraciones socialistas a una organización militante con exclusiva participación e intereses drusos. Se le ha llamado “veleta política” por llevar al partido adónde el ambiente político le favorezca, aunque también es visto como uno de los políticos más inteligentes de Líbano (El-Husseini, 2012, p. 60-61)

⁷⁰ Para una mayor visión sobre la historia política de Walid Jumblat y el cambio radical de perspectiva en su política, se recomienda el artículo “Political Leadership in Lebanon and the Jumblat Phenomenon” de Sebastian Gerlach, disponible en el siguiente enlace: <http://www.saisjournal.org/posts/political-leadership-in-lebanon-and-the-jumblat-phenomenon>

⁷¹ En 2010, Washington aprobó venta de armamento al gobierno saudí por un valor de 60 mil millones de dólares, en un primer momento Israel se opuso a esta transacción, no obstante, la objeción terminó cuando el congreso estadounidense se aseguró, mediante acuerdos con Arabia Saudí, de que esta venta no amenazaría la seguridad israelí (Abadi, 2019, p. 443)

vulnerabilidad política y social que se reflejaba en violencia constante; asimismo, en 2008 enfrentó una fuerte crisis económica que redujo completamente su capacidad de llevar a cabo su proyecto regional (Gaiser y Kovac, 2012, p. 57). En este contexto, Barack Obama estaba determinado a mejorar la relación de Estados Unidos con los países que habían sido vistos con sospecha por la administración de Bush y se enfocó en superar los estragos de la crisis económica en su país y crear una nueva imagen de Estados Unidos en la que el multilateralismo y la disposición de diálogo fueran prioritarias (Onea, 2013, p. 151). La decisión de Barack Obama de reducir su presencia militar en la zona produjo un vacío de poder que Teherán y Riad buscaron llenar para extender sus redes de influencia sobre los demás Estados de la región. En este sentido, el año de 2011, con la irrupción y las consecuencias de las protestas sociales contra diversos regímenes en la región, se convirtió en un punto de inflexión en el que la República Islámica y el Reino Saudí aprovecharon el distanciamiento estadounidense para fortalecer su presencia en la región.

3.3. Tormenta en la primavera, el incremento de la violencia sectaria tras las protestas sociales en la región (2011-2017)

Entre 2010 y 2011, estalló una serie de movilizaciones en la región de Norte de África y Medio Oriente conocida como “Primavera árabe” que tuvo resultados diversos. En algunos casos, como el de Túnez, las manifestaciones derivaron en cambios de régimen relativamente

pacíficos, no obstante, en otros, el alzamiento popular resultó en cruentos enfrentamientos y guerra civil, como Siria y Yemen.⁷²

La precarización económica y la corrupción de las élites se combinó con el autoritarismo de los regímenes de la región que se expresaba por medio “(d)el saqueo organizado y sistemático de los recursos nacionales, la atrofia del Estado, la longevidad de los presidentes, la exclusión y limitación del pluralismo político y de la oposición institucionalizada” (Tawil, 2012, p. 277). Los regímenes autoritarios que no cedieron a las demandas de los manifestantes pronto reaccionaron violenta y represivamente. Algunos, incluso, animaron el sectarismo como estrategia de defensa.

En este sentido, los casos que, derivados de las manifestaciones sociales, se caracterizaron por explotar el discurso sectario como contraofensiva fueron Bahrein, Arabia Saudí, Siria y Yemen. En el primero de ellos, algunos sectores marginados protestaron por la falta de viviendas y corrupción en la privatización de tierras que enriquecía a las élites. Además, la sociedad chií, apartada de puestos públicos importantes desde la revolución iraní de 1979, sufría de desempleo y tenía que competir en el sector privado con migrantes del sur de Asia, especialmente. Lo anterior se sumó a la intención gubernamental de otorgar la ciudadanía a extranjeros suníes para contrarrestar la demografía favorable a los chiíes. Así, en febrero de 2011, un grupo de jóvenes se manifestó en la “Glorieta de la Perla” ubicada en la capital, Manama. El gobierno reprimió la manifestación, lo que incrementó la ira social.

⁷² En un examen general de la región, entre las causas del descontento de la población y las revueltas de 2010 y 2011 se encuentran: el enriquecimiento de grupos cercanos al poder, el deterioro de las condiciones de vida de la población, desempleo, bajos salarios, así como la “frustración entre jóvenes y clases medias”, los recortes en el gasto público que adelgazaron los programas sociales, la eliminación de subvenciones a los productos de consumo básico y el encarecimiento del transporte público y de la vivienda (Barreñada, 2016, p. 86-90).

En marzo de 2011 la situación se tornó más violenta de lo que el régimen esperaba, algunos sectores exigían la caída de la monarquía, por lo que el CCG, liderado por Arabia Saudí, intervino mediante su brazo armado, la Fuerza Escudo de la Península. El gobierno encapsuló las protestas en los poblados chiíes y los señaló como responsables de la inestabilidad, se creó una imagen en la sociedad en que “si la presencia saudí era necesaria para pacificar las protestas, quienes las respaldan debían ser traidores” (Diwan, 2014, p. 152-175). El presidente Ahmadineyad criticó la presencia saudí en Bahréin y declaró que no permanecería indiferente a la situación, mientras que la asamblea iraní advirtió que no toleraría una masacre. De igual forma, el mandatario iraní criticó a Estados Unidos por condenar la represión de regímenes como el libio y el egipcio y callar ante lo sucedido en Bahréin. El Líder Supremo Alí Jamanei envió mensajes de respaldo a las comunidades chiíes en el Golfo Pérsico y respaldó su lucha contra regímenes dictatoriales (Parchami, 2012, p. 39-41).

Por otro lado, las protestas en Arabia Saudí comenzaron con la aparición de activistas virtuales que llamaron a manifestarse el 11 de marzo de 2011, en el Día de la Furia. Sus demandas se centraban en el combate a la corrupción, la opresión, la injusticia y el desempleo. La convocatoria fue respaldada por el Movimiento de Reforma Islámica en Arabia y el Partido Umma, ambos suníes. No obstante, quienes hicieron mayor eco fueron las comunidades chiíes que a su vez criticaban la colaboración saudí en la represión de las protestas en Bahréin. El Día de la Furia no tuvo el éxito esperado, no obstante, los chiíes continuaron sus reclamos de igualdad, fin a la discriminación y por la salida de tropas saudíes de Bahréin. Al igual que en Bahréin, se encapsuló a las protestas en los poblados chiíes y se

les culpó por la inestabilidad. El gobierno saudí, entonces, acusó que los chiíes eran parte de una conspiración extranjera y responsabilizó a Irán (Al-Rasheed, 2011, p. 517).

Por su parte, en Siria, al aparato gubernamental no le tembló la mano para “llevar sus tanques a las ciudades y aldeas, disparar contra manifestantes pacíficos y desarmados, humillar y torturar a toda persona sospechosa”. El régimen intentó desacreditar las protestas mediante denuncias de manipulación extranjera y la exaltación del carácter suní de la sublevación, a la que se presentó como una “discordia” religiosa (Tawil^b, 2012, p. 461). La violencia por parte del régimen sirio ocasionó disidencia en algunos sectores del ejército que se unieron a los manifestantes, esto resultó en la militarización de la oposición. Así surgió el Ejército Sirio Libre (Calculli y Legrenzi, 2016, p. 229). Las monarquías del Golfo no dudaron en criticar la violencia con la que el régimen sirio respondió a la oposición. Bahréin, Kuwait y Arabia Saudí retiraron a sus embajadores de Siria. Asimismo, el Reino Saudí apoyó a algunos clérigos suníes salafistas que profesaban un “anti-chiismo visceral” dentro de Siria (Tawil^b, 2012, p. 473-474). Mientras tanto, Irán respaldó al régimen de Bashar al-Asad. El Líder Supremo Alí Jamanei describió las manifestaciones como ilegítimas, que servían solo intereses de fuerzas “imperialistas y sionistas”. Teherán no podía permitirse la caída de Damasco y apoyó desde el principio al gobierno de Asad (Parchami, 2012, p. 42).

Cuando la situación en Siria se tornó más violenta, el conflicto se regionalizó. Turquía, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Qatar auspiciaron la disidencia en el ejército sirio y respaldaron la entrada y consolidación de grupos yihadistas armados que se infiltraron en el Ejército Sirio Libre y que después formaron sus propias organizaciones armadas. Surgieron dos alianzas o asociaciones: una con Turquía, Arabia Saudí, las monarquías del Golfo y sus milicias yihadistas, la otra con el ejército sirio, Hezbolá, y otros

grupos informales respaldados por Irán. El gobierno sirio creó una narrativa para proteger el pluralismo religioso del país en contra de grupos religiosos y armados que, según el régimen sirio, buscaban aniquilar a los cristianos y chiíes (Calculli y Legrenzi, 2016, p. 229). Así, muchos chiíes de Irán y Afganistán se unieron a Hezbolá o reforzaron al ejército sirio, mientras que Arabia Saudí respaldó a clérigos wahabíes para que hicieran un llamado en contra del régimen sirio. Los clérigos retrataron la lucha como una yihad en contra de los chiíes y los “nusayrís”, término peyorativo para referirse a la corriente alauí, a la que pertenece la familia de Bashar al-Asad (Calculli y Legrenzi, 2016, p. 229-230).

Bahréin y, especialmente, Siria se convirtieron en escenarios de violencia estatal en contra de sectores específicos de su población, ambos regímenes exaltando las diferencias sectarias y adjudicándoles la responsabilidad por la situación. En ambos casos, Arabia Saudí e Irán fueron esenciales para la supervivencia de sus aliados. Riad y Teherán aprovecharon las condiciones de inestabilidad en la región para incrementar su presencia en la misma. El Reino Saudí intervino directamente en Bahréin, como muy pocas veces en su historia lo había hecho,⁷³ para extender su influencia en ese país y detener una potencial insurrección que le afectaría directamente por la proximidad entre su comunidad chií con la bahreiní y la posibilidad de que ambas buscaran el respaldo de Irán para conseguir sus demandas políticas. Esta intervención liderada por Riad fue uno de los principales cambios en el comportamiento saudí tras el vacío de poder creado por la disminución de la presencia estadounidense en la región, después vendría Yemen.

⁷³ De las 444 disputas militares interestatales en Medio Oriente entre 1945 y 2001, Arabia Saudí participó únicamente en 34 ocasiones, es decir, 7.7% de las disputas. Además, solo colaboró con 4.5% de todos los participantes en estos conflictos (Sunik, 2018, p. 66).

Por su parte, Siria atestiguó el incremento de la violencia conforme más actores intervinieron en la sublevación. Arabia Saudí y las monarquías del Golfo intentaron debilitar a un régimen enemigo mediante apoyo a organizaciones yihadistas, mientras que Irán propició la llegada de combatientes chiíes y Hezbolá fue un bastión de la defensa del gobierno de Bashar al-Asad. Para Irán, la probable caída de Siria significaba la pérdida de su principal aliado árabe, su conexión territorial con Líbano y su respaldo contra Israel. En 2015, el régimen de Asad pidió ayuda a Rusia para hacer frente a la insurrección que había superado al ejército sirio y sus aliados en distintas localidades. El régimen de Bashar al-Asad estaba siendo derrotado por los diferentes grupos armados de oposición y no tuvo más opción que acudir a Moscú para salvarse. En 2016, casi todas las ciudades que habían sido perdidas fueron reconquistadas por el ejército sirio, la recaptura más representativa fue Aleppo. Rusia, en este contexto, estaba más que complacido no solo por exponer sus capacidades militares, sino por haber salvado a un gobierno aliado en Medio Oriente en tiempos de gran inestabilidad y vulnerabilidad regional, además de asegurarse un lugar preponderante en las negociaciones de paz en la región (Hiro, 2018, p. 296-298). A la postre, Irán, junto con Rusia, China y Turquía, se convirtieron en los principales mediadores del conflicto. La violencia sectaria se convirtió en un instrumento para defender intereses estratégicos, Arabia Saudí se consolidó en Bahrein,⁷⁴ mientras que Irán defendió de cualquier manera posible al régimen de Siria. En este contexto se manifestó la rivalidad de ambos en Yemen.

⁷⁴ Arabia Saudí influyó de tal manera en Bahrein que el régimen bahreiní adoptó el discurso saudí en contra de los manifestantes chiíes. El objetivo saudí, no obstante, iba más allá de crear un discurso sectario. Bahrein se hizo casi completamente dependiente de Arabia Saudí en materia económica y de seguridad, incluso vio con buenos ojos la propuesta saudí de crear, a futuro, una confederación entre ambos para reforzar una unión política. Riad construyó caminos para conectar ciudades saudíes con bahreiníes, trasladó centrales de sus empresas de El Cairo a Muscat, incrementó su presencia en el sector bancario de Bahrein y perdonó algunas deudas. Arabia Saudí, además, buscó que el CCG, y su brazo armado, se fortalecieran ante la potencial amenaza iraní (Diwan, 2014, p. 175).

3.4. Manifestación de la rivalidad irano-saudí en Yemen (2011-2017)

La República de Yemen, dividida en dos países hasta 1990, es el país más pobre de la Península Arábiga. Para 2011, sus condiciones socioeconómicas eran deplorables. Yemen era el décimoprimer país más inseguro respecto a la alimentación, el desempleo se estimaba en 40% y aproximadamente 43% de la población vivía bajo la línea de pobreza. En las áreas rurales, donde vivía más de 70% de los yemeníes, solo 45% tenía acceso a agua potable limpia. Además, el aparato gubernamental se caracterizaba por su corrupción, la élite política se había aprovechado de su posición para incrementar su riqueza a costa del bienestar social (Fattah, 2011, p. 80-81). Asimismo, las instituciones estatales y la autoridad central de Yemen siempre fueron limitadas y desafiadas por las confederaciones tribales, grupos secesionistas, organizaciones yihadistas, como al-Qaeda en la Península Árabe,⁷⁵ y milicias de oposición, como los Houthis.⁷⁶ Especialmente estos dos últimos tenían poderes centrales paralelos y redes internacionales de financiamiento y entrenamiento (Fattah, 2014, p. 210-211).

Hasta antes del estallido social en 2011, el gobierno de Yemen estaba en manos del presidente Ali Abdullah Saleh, quien, con el panorama anterior, intentó mantener un balance entre el gobierno y las fuerzas que desafiaban la autoridad estatal. Para ello implementó una

⁷⁵ La organización al-Qaeda en la Península Árabe resultó por la unión entre al-Qaeda en Arabia Saudí y al-Qaeda en Yemen. La campaña antiterrorismo que el gobierno de Riad implementó en la primera década del siglo XXI, obligó a muchos combatientes de esta organización a refugiarse en Yemen, donde, por la debilidad de la autoridad central, pudieron reorganizarse y fortalecerse (Fattah, 2014, p. 211-212)

⁷⁶ El movimiento Houthi hace referencia a una alianza tribal y sectaria del norte de Yemen, en la frontera con Arabia Saudí, liderada por la familia de Badr al-Din al-Houthi, el primer líder de la organización fue Hussein al-Din al-Houthi. El movimiento se hizo fuerte en la década de 1990 por protestas al gobierno debido al abandono de las comunidades rurales del norte de Yemen y a la indiferencia gubernamental por el incremento de grupos salafistas. En el marco de la intervención estadounidense en la región, los Houthis adoptaron el lema: “muerte a Estados Unidos, muerte a Israel” (Knights, 2018, p. 15).

estrategia de compra de lealtades políticas por medio de la cooptación, la inclusión económica y/o militar y la coerción. De igual manera, se alió con Estados Unidos en el marco de la lucha contra el terrorismo y permitió la creación y extensión de institutos wahabíes en las provincias del norte, en la frontera con Arabia Saudí (Juneau, 2016, p. 651-652).

La injerencia o influencia de Irán y Arabia Saudí en Yemen, no obstante, no son producto solo del estallido social de 2011. Especialmente Riad, por su frontera compartida, por mantener una dominación geopolítica en su estado vecino, por la intención de aminorar riesgos en materia de seguridad y proteger su propia estabilidad, ha intentado crear, mantener y extender redes clientelares mediante instituciones wahabíes, así como apoyo económico a tribus y familias yemeníes influyentes, algunas con gran peso militar y otras con gran peso político (Fattah, 2011, p. 83). El Reino Saudí apoyó al régimen de Yemen del Norte, encabezado por el presidente Abdullah Saleh, en las décadas de 1970 y 1980 en cuanto tuvo problemas con Yemen del Sur, este último respaldado por la Unión Soviética. Pese a que no compartían un enlace ideológico o personal con él, la monarquía saudí, hasta antes de las protestas de 2011, veía en Saleh un instrumento que les permitía mantener sus redes de influencia y hegemonía en Yemen (Gause III, 2011, p. 18).

Por su parte, Irán ha sido relacionado con la sublevación Houthi por su afiliación a la corriente zaydí del islam.⁷⁷ Desde 2004, cuando el líder del movimiento Houthi, Hussein Badr al-Din al-Houthi fue asesinado por enfrentamientos con el ejército yemení, esta organización mantuvo fuertes enfrentamientos con el gobierno de Saleh, quien también se

⁷⁷ El zaydismo es una de las tres ramas del chiismo en Yemen, además del duodecimano y el ismailismo. Algunos consideran al zaydismo más cerca del sunismo. El fundador de la doctrina fue Zayed bin Ali bin Zein al-Abdin bin al-Hussein bin Ali bin Abi Talib (695-740), tío de Jafar al-Sadiq, quien fue asesinado en Kufa en una revuelta contra el décimo califa Omeya, Hisham bin Abd al-Malik. A diferencia de otros chiíes, los zaydíes consideran a Zayed y no a Muhammad al-Baqir, como el quinto imam (Fattah, 2014, p. 214).

adhería a la corriente zaydí. En 2009, Arabia Saudí intervino en el conflicto en favor del régimen con la justificación del respaldo iraní a la sublevación y por su preocupación por la ubicación del grupo, cerca de la frontera sur saudí (Juneau, 2016, p. 652). Ese año, el gobierno yemení interceptó, en el Mar Rojo, dos barcos de armamentos dirigidos a los Houthis, presuntamente enviados por Irán (Knights, 2018, p. 17). En 2010, hubo un cese al fuego. El régimen, no obstante, se vio vulnerable ante el fortalecimiento de esta agrupación.

Debido a esta vulnerabilidad, a las condiciones socioeconómicas y a la inspiración proveniente por las manifestaciones en Egipto y Túnez, en febrero de 2011, una multitud de jóvenes se manifestó en los alrededores de la universidad de Sana'a, en la ciudad capital de Yemen. Un mes más tarde, 52 manifestantes fueron asesinados por francotiradores, lo que incrementó la euforia y la ira de las protestas. Esto, a su vez, ocasionó disidencias en el ejército que pronto se unieron a la gente, mientras otros permanecieron fieles a Saleh, ello especialmente por las coaliciones tribales (Fattah, 2011, p. 82).

El Consejo de Cooperación del Golfo actuó para intentar frenar la ola de violencia que se había desatado en Yemen y, mientras se encontraba en Arabia Saudí, acordaron la renuncia del presidente Saleh y la elección del antiguo vicepresidente, Abd Rabbu Mansour Hadi, como nuevo mandatario en Yemen. Mansour Hadi, sin embargo, no tenía la capacidad política para detener el conflicto (Hiro, 2018, p. 281). El Reino Saudí confiaba en que, cualquier rumbo que tomase Yemen con la insurgencia, ellos mantendrían su influencia mediante su extensa relación con líderes políticos, militares y tribales yemeníes (Gause III, 2011, p. 19).

La sublevación Houthi, que para entonces nombró a su movimiento Ansar Allah, Partidarios de Dios, aprovechó el momento de incertidumbre y confrontación entre la

disidencia y el ejército para extenderse geográficamente. Algunos combatientes salafistas intentaron contenerlos y la violencia sectaria estalló. Riad aprovechó este discurso para incrementar su presencia en Yemen y responsabilizar a Irán por la magnitud de la sublevación (Fattah, 2014, p. 225) La fuerza de Ansar Allah, no obstante, los llevó a mantener el control de regiones importantes como Sa'ada, Amran, al-Jawf, Hajjah y el puerto de Midi, lo que les permitió acceso directo al Mar Rojo y facilitó la llegada de armamento para ellos. Hezbolá incrementó su colaboración con el grupo incluso para la creación de una estación de televisión con base en Beirut (Knights, 2018, p. 17).

Al igual que en el caso de Bahreín, Irán respaldó las protestas en Yemen y apoyó el derecho legítimo de los yemeníes a criticar a un régimen opresor, lo anterior de acuerdo con su política exterior en defensa de los oprimidos o *mustadafin*. Irán, al mismo tiempo, dio un espaldarazo discursivo a Ansar Allah, al punto en que un clérigo iraní declaró que deberían tener un rol similar al de Hezbolá en Líbano. El régimen iraní, sin embargo, fue cuidadoso y negó su participación militar en Yemen. Igualmente, acusó a Arabia Saudí de tratar de alejar a la opinión pública de las atrocidades que ocurrían mediante un discurso sectario (Gimenez, 2018, p. 307-308).

La insurgencia de Ansar Allah buscó consolidarse en sus nuevas posiciones geográficas mientras el nuevo gobierno de Hadi, respaldado por el CCG, creó, en 2013, una Conferencia de Diálogo Nacional para buscar alternativas al conflicto armado. Los Houthis, no obstante, rechazaron las propuestas porque dejarían casi intacto el sistema previo al 2011 y porque se pretendía formar una federación de seis regiones que dividiría sus áreas de influencia (Juneau, 2016, p. 653). De esta manera, Ansar Allah continuó su oposición al régimen de Hadi y, en 2014, cuando se desataron nuevas protestas por cortes a los subsidios

en gasolina, aprovechó la inestabilidad para sitiar la capital, Sana'a, y negociar un gobierno de unidad con el presidente Hadi. Las negociaciones, sin embargo, fallaron y los líderes de Ansar Allah obligaron al mandatario a renunciar en 2015 (Hiro, 2018, p. 282).

Ansar Allah tomó la capital y el gobierno de Hadi fue trasladado a la ciudad de Aden. La capacidad militar de los Houthis se incrementó radicalmente al lograr acceso a las instalaciones militares y a las bodegas de armamento del gobierno. Además, en marzo de 2015, el antiguo mandatario, Ali Abdullah Saleh, se unió a la insurrección y, con él, los militares fieles a su alianza tribal (Hiro, 2018, p. 282). La toma de la capital les permitió, a su vez, crear un puente aéreo entre Irán y Yemen, asimismo, las agencias de noticias Al Jazeera y al Arabiya reportaron que buques iraníes habían descargado 180 toneladas de equipo militar en el puerto Al-Saleef, en el Mar Rojo (Knights, 2018, p. 18). Ansar Allah parecía estar preparado para derrocar al régimen del presidente Hadi y Arabia Saudí no iba a permitirselo.

Desde antes de las protestas, debido a la disminución de la presencia estadounidense en la región, Riad había cambiado su actitud hacia una de mayor intervencionismo militar con la justificación de crear una defensa en contra del expansionismo iraní, lo cual le trajo buenos resultados en Bahréin (Al-Rasheed, 2018, p. 10). En 2015, esta política exterior se intensificó con la llegada del Rey Salman al poder tras la muerte del Rey Abdullah. Desde un inicio, por motivos de salud, entre otros, el Rey Salman promovió la imagen de su hijo, Mohammed Bin Salman, para tomar las riendas del reino. En 2017, Mohammed Bin Naif Bin Abdulaziz fue destituido como príncipe heredero y el hijo del Rey Salman, Mohammed Bin Salman recibió el título. Mohammed Bin Salman se desempeña como presidente en los Consejos de Asuntos Económicos y de Desarrollo, así como de Asuntos Políticos y de

Seguridad y se ha encargado de diseñar la nueva estrategia militar saudí. Esta nueva era trajo consigo el cambio hacia una actitud nacionalista expresada en la palabra árabe *Hazm*, decisivo, que se manifestó en la militarización de la idea de la nacionalidad saudí. Estos sentimientos de decisión militar se adoptaron por el contexto regional de inestabilidad, por la pretensión de inclinar la balanza de poder regional a su favor y por la idea de defensa en contra de las amenazas iraníes. Así, cuando Riad decidió crear una coalición para penetrar directamente en Yemen y contrarrestar el avance de Ansar Allah, no dudó en nombrarla Operación Tormenta Decisiva, *Asifat al-Hazm*, en árabe (Doaiji, 2018, p. 130-131).

En respuesta a la toma de la capital por parte de Ansar Allah, el gobierno saudí formó una coalición militar que incluía a otros nueve países, Emiratos Árabes Unidos, Jordania, Egipto, Qatar, Kuwait, Bahreín, Marruecos, Pakistán y Sudán, además del beneplácito del régimen estadounidense. En esta coalición, Arabia Saudí contribuyó con la mayoría de los recursos militares, 100 jets de batalla y 150,000 tropas (Sunik, 2018, p. 69). El príncipe heredero, Mohammed bin Salman, tenía confianza de que esta fuerza conjunta derrotaría a la alianza Houthi-Saleh en seis meses. Riad comenzó un intenso plan de bombardeos aéreos y expulsó a las fuerzas de Ansar Allah que se encontraban cerca de Aden (Hiro, 2018, p. 286).

La República Islámica, por su parte, acusó al Reino Saudí de imperialista y criticó a Estados Unidos por respaldar la iniciativa saudí. Si bien Ansar Allah había creado enlaces con Irán y Hezbolá, la prioridad para Teherán aún era la supervivencia del régimen de Bashar al-Asad en Siria y la estabilidad en Iraq, especialmente con el avance que tuvo el grupo terrorista ISIS en 2014, Estados Unidos incluso se acercó a Irán para combatir esta amenaza en Iraq. Riad no veía bien este pragmatismo estadounidense que le permitía contradecir a Teherán en ciertos escenarios y colaborar con él en otros, para el Reino Saudí era riesgoso

un acercamiento entre Estados Unidos e Irán, por lo que utilizó el discurso sectario y se presentó como el defensor de los suníes mientras incrementaba el presupuesto militar para concretar su guerra en Yemen (Gimenez, 2018, p. 308-310).

Pese al discurso sectario, la estrategia que implementó Arabia Saudí para invadir Yemen en 2015 fue una clara muestra de los objetivos de la nueva era del Rey Salman y su hijo Mohammed. Riad, con el manual estadounidense, formó una coalición con diferentes propósitos: dar legitimidad y aceptación multilateral a la intervención, buscar la integración del CCG e incrementar su poder con Marruecos y Jordania como invitados, y, principalmente, mostrar su capacidad de liderar a un grupo de países como expresión de sus cualidades políticas y militares, así como su disposición para remplazar a Estados Unidos como hegemonía regional y proveedor de seguridad en Medio Oriente (Sunik, 2018, p. 75-76).

Aunque Mohammed bin Salman se planteó el objetivo de terminar con la resistencia en seis meses, Ansar Allah se fortaleció con el acceso que tuvo al arsenal militar yemení, pero también por el incremento de la asistencia iraní a la organización houthi. Para 2015, Teherán había sacado provecho de diversas situaciones que le permitieron aumentar su apoyo a la insurgencia en Yemen. Entre otras, Hasan Rouhani había llegado a la presidencia iraní en 2013 con una agenda de acercamiento con Estados Unidos y Europa. La intención del mandatario era limar asperezas con las potencias occidentales y reducir las sanciones económicas que les habían impuesto. Durante dos años, Estados Unidos, el P5+1 e Irán negociaron para llegar a un acuerdo sobre la capacidad nuclear iraní, una de las principales causas de tensión entre Washington y Teherán. El 14 de julio de 2015, la República Islámica se comprometió a frenar su proyecto nuclear por al menos 10 años a cambio de la eliminación

de las sanciones (Saikal en Bahgat et al., 2017, p. 171). En ese tenor, Barack Obama levantó una sanción para compra de armamento que permitió a Irán incrementar su arsenal (Wezeman y Kuimova, 2019, p. 2).

El relajamiento de la tensión con Estados Unidos dio a Irán un mayor margen de acción en la región para enviar armamento y entrenamiento a Yemen, además, la intervención rusa en Siria concedió al régimen iraní la oportunidad de cambiar de foco su atención, antes se empeñaba en salvar a un aliado, ahora podía ser un soporte para Ansar Allah con mayor facilidad. La guerra en Yemen se extendió en detrimento de las finanzas saudíes. Riad intensificó sus bombardeos hacia las posiciones houthis y apuntó cada vez más a objetivos civiles, lo cual le valió el rechazo internacional y, en el último año de su mandato, un distanciamiento con el presidente Barack Obama, quien anteriormente había colaborado con la ofensiva saudí (Hiro, 2018, p. 310).

En 2017, Estados Unidos eligió a Donald Trump como presidente. El nuevo mandatario determinó que la política exterior estadounidense respecto a Medio Oriente debía dar un giro. Mientras que Barack Obama implementó una política más balanceada y multilateral para buscar la estabilidad regional, Trump decidió enfocarse en respaldar a los aliados tradicionales de Estados Unidos y contrarrestar a sus rivales. En este sentido se reconocen tres objetivos: contener la influencia regional de Irán, limitar o disminuir las ganancias de Irán respecto al acuerdo nuclear con el P5+1, y reforzar sus alianzas tradicionales, a saber, Israel y Arabia Saudí (Ahmadian, 2018, p. 141).

La primera visita internacional del presidente Trump fue a Arabia Saudí. El Rey Salman y su hijo querían que el nuevo mandatario estadounidense se alejara del acuerdo nuclear con Irán y que dejara el escrutinio que la administración de Obama había dado al

Reino Saudí por su invasión en Yemen. En la reunión se firmó un acuerdo de \$350 mil millones de dólares por venta de armas durante los próximos diez años (Hiro, 2018, p. 317). En 2017, Arabia Saudí fue el tercer país en el mundo con mayores gastos militares con un total de \$69.4 mil millones de dólares (Wezeman, 2018). En un sentido comparativo, la importación de armas hecha por Irán entre 2009 y 2017 representa tan solo 3.5% de lo que Arabia Saudí importó (Wezeman y Kuimova, 2019, p. 2). Además, ese mismo año, Mohammed bin Salman fue declarado oficialmente príncipe heredero e inmediatamente comenzó con la promoción de su estrategia neoliberal de desarrollo económico denominado visión 2030, este programa contempla la parcial privatización de Saudi Aramco, por lo que el presidente Trump se planteó tener una buena relación con Arabia Saudí (Al-Rasheed^b, 2018, p. 241).

El Reino Saudí entendió que, tras la salida de Estados Unidos de Iraq y Afganistán, sería él mismo, como nunca, el encargado de su propia seguridad. Así, su participación directa en los conflictos de la región fue parte de una estrategia para demostrar su capacidad bélica. Yemen, desde 2015, se convirtió en el principal escenario de acción militar para Arabia Saudí. En 2017, en el marco del plan visión 2030, el Reino Saudí se propuso desarrollar localmente su propia capacidad militar y producir 50% de su armamento en terreno propio (Wezeman, 2018). El ascenso del rey Salman significó también un ascenso en las pretensiones regionales del reino. El nuevo monarca impulsó una estrategia de involucramiento directo en cada uno de los conflictos que amenazaba la integridad e intereses del Reino Saudí, en este sentido, inició también un programa de enriquecimiento nuclear, el cual fue respaldado por el gobierno estadounidense (Partrick en Partrick, 2016, p. 365-366).

Desde la elección de Donald Trump, Irán ha intentado mejorar su relación comercial con China y Rusia, mientras que ha buscado limar asperezas con algunos miembros del CCG y otros países regionales, especialmente Qatar, Omán y Turquía (Sunik, 2018, p. 77). Para 2017, por ejemplo, Arabia Saudí, Irán y Rusia eran los principales proveedores de gas y petróleo crudo de China, sin embargo, la República Islámica también le ofreció planes de inversión directa en Irán para intentar modernizar su industria. La inversión directa y la oportunidad de crear proyectos conjuntos con Irán aseguraron a China el suministro de los recursos energéticos y un porcentaje de ganancias por las ventas totales (Zavareh y Barzoki, 2018, p. 712-715). Asimismo, Irán ha incrementado, de manera discreta, pero constante, su apoyo a la sublevación de Ansar Allah en Yemen. Durante 2016 y 2017, los houthis se hicieron de misiles balísticos que han dirigido a las ciudades fronterizas saudíes, este armamento, se ha dicho, ha sido modificado con tecnología y experiencia iraní (Knights, 2018, p. 20-21). La aparente participación en el desarrollo de las capacidades armamentísticas de Ansar Allah ha sido una de las causas por las que Mohammed bin Salman incrementó el discurso antagónico hacia Irán al grado de declarar que le gustaría llevar la pelea al núcleo territorial iraní (Al-Rasheed^b, 2018, p. 246).

3.5. Conclusiones del capítulo

A lo largo de la primera década del siglo XXI, el presidente George Walker Bush y el grupo neoconservador se propusieron imponer un proyecto hegemónico en Medio Oriente. En ese proyecto regional, Israel y Arabia Saudí eran piezas clave. Asimismo, el control estratégico

de zonas geográficas y recursos como el petróleo serían esenciales para garantizar su hegemonía e impedir el surgimiento de nuevas potencias.

A pesar de lo anterior, Irán y Arabia Saudí no interrumpieron el acercamiento que habían comenzado en la década de 1990 hasta que, después de encontrarse en polos opuestos de una estrategia agresiva de hegemonía estadounidense que generó desconfianza entre ambos, desconfianza que creció conforme sus intereses se opusieron en cada uno de los conflictos que se presentaron en la zona. Para el régimen iraní fue prioritario garantizar su seguridad con el apoyo a organizaciones políticas y/o militares afines que fortalecieran su capacidad de influir en la región y enfrentar a sus adversarios. En consecuencia, cuando Estados Unidos invadió Iraq para derrocar a Saddam Husein y debilitó la presencia siria en Líbano para fortalecer un gobierno dispuesto a mejorar su relación con Israel, la República Islámica no dudó en apoyar a milicias en Iraq que resistiesen la presencia estadounidense y a grupos políticos que le garantizaran una relación bilateral cordial, así como tampoco titubeó en respaldar de cualquier forma a Hezbolá en su lucha contra Israel. Por su parte, Arabia Saudí, que se sabía vulnerable por los acontecimientos regionales y locales, se mantuvo incondicional al proyecto estadounidense e, incluso, se acercó a Israel, con quien había tenido diferencias políticas e ideológicas en el pasado.

Sin embargo, el proyecto estadounidense se debilitó debido a su incapacidad de reducir la violencia en Iraq y lograr una estabilidad política y social en el país, así como por el surgimiento de milicias e insurgencias que desafiaron la presencia estadounidense en la región. Asimismo, potencias como Rusia y China aprovecharon la inestabilidad de la zona para penetrar en ella y mantenerse siempre dispuestos a incrementar su relación comercial con Arabia Saudí e Irán, especialmente en materia energética y venta de armamento, sin

importar el estado de la relación entre los países de Medio Oriente. Estados Unidos no logró impedir el surgimiento de potencias globales y regionales que cuestionaran su hegemonía.

Cuando el presidente Barack Obama asumió el poder, el proyecto planteado por los neoconservadores estadounidenses estaba muerto. El nuevo mandatario en Washington negoció la salida de su ejército en Iraq y planteó una política exterior que redujo la presencia de Estados Unidos en la región. Este movimiento dejó a Arabia Saudí en una situación casi inédita en la que, por primera vez en más de 60 años, su seguridad dependería de sí mismo, de adquirir armamento, formar un ejército capaz de proteger al régimen de las amenazas internas y externas, así como de tener la capacidad de liderar y defender a los países del CCG. Estados Unidos, en este contexto, mantuvo su disposición para otorgar las armas y la tecnología que la monarquía saudí y sus aliados requirieran.

A partir de 2011, cuando Medio Oriente se vio inmerso en una ola de protestas y manifestaciones en búsqueda de mejores condiciones políticas y sociales, Arabia Saudí e Irán sabían que la disminución de la presencia de Estados Unidos les daba automáticamente un papel mucho más amplio en la región. Desde entonces han intervenido con mayor fuerza y menores obstáculos en las crisis de la zona para intentar inclinar la balanza de poder a su favor. De esta manera, apoyar a los propios aliados, ya sean Estados u organizaciones de otra índole, y debilitar a los aliados de la contraparte han sido objetivos principales de ambos Estados. Esta actitud por parte de Irán y Arabia Saudí ha generado diversos episodios de violencia sectaria debido a la retórica que han implementado para justificar sus acciones. En este sentido, Yemen es trascendental en este antagonismo porque es una muestra de la pretensión hegemónica saudí en la península arábiga mediante el uso de su capacidad armamentística, mientras que Irán trata de prevenir este auge con el apoyo a organizaciones políticas y militares que resisten la invasión saudí.

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de la presente investigación se expusieron los principales cambios en el sistema internacional que han moldeado la relación entre Arabia Saudí e Irán. La división del trabajo en dos ciclos, 1990-2002 y 2003-2017, permite detectar con mayor facilidad las coyunturas y principales razones por las que ambos Estados se acercaron y limaron asperezas después de la caída del bloque soviético, mientras que regresaron a un trato antagónico tras la invasión estadounidense de Iraq en 2003.

Cada uno de los ciclos planteados en el párrafo anterior tiene puntos de inflexión que se relacionan con la evolución del sistema internacional y que son esenciales para entender los cambios de comportamiento de Irán y Arabia Saudí. De esta manera, en este estudio se detectaron los siguientes momentos de alteración en la distribución internacional del poder que afectaron directamente la relación bilateral entre Riad y Teherán:

- a) 1990-1996: un periodo de hegemonía unipolar estadounidense en el que, sin oposición y con el respaldo de las principales organizaciones internacionales, se propone un proyecto de pacificación mundial basado en los valores económicos del neoliberalismo y se presiona con sanciones y bloqueos a los regímenes que se oponen al proyecto de Estados Unidos. Diversos países tienden a mejorar su relación con Washington. Teherán es sancionado y bloqueado económicamente por Washington, pero aquello no afecta la etapa de cordialidad entre la República Islámica y el Reino Saudí.
- b) 1996-2002: 1996 es un punto de inflexión en el primer ciclo ya que la autoridad estadounidense es cuestionada y desafiada en diversas regiones no solo por Estados,

sino por otras organizaciones y fenómenos transnacionales. Es un momento de “unimultipolaridad” en el cual, si bien hay aspectos que muestran que Estados Unidos es aún la gran potencia global, hay diferentes actores que disputan su hegemonía en ciertos contextos. En 2001, el presidente George W. Bush y su grupo neoconservador intentaron instaurar en el mundo un agresivo proyecto hegemónico unipolar en el que fuera imposible discutir su autoridad, en 2002 se designa a Irán como parte del “eje del mal”. En los primeros dos años de la administración Bush, Riad y Teherán mantienen una buena relación y buscan colaborar en distintos ámbitos con Estados Unidos, la invasión en Afganistán, por ejemplo. Irán y Arabia Saudí aún tienen más puntos de cooperación que de enemistad, por lo que mantienen la cordialidad entre ellos.

- c) 2003-2011: Como parte de su proyecto hegemónico, Estados Unidos decide invadir Iraq en su pretensión de tener el control de los recursos energéticos que impedirían el surgimiento de nuevas potencias globales, pero también porque la invasión sería la muestra de lo que podría ocurrir a quien se atreviera a disputar la hegemonía estadounidense. No obstante, una fuerte crisis económica en casa y la imposibilidad de estabilizar la violencia en la región en el corto plazo debilitaron la aspiración hegemónica de Estados Unidos hasta extinguirla. Potencias como China y Rusia penetran en la zona de Medio Oriente sin que el gobierno de Washington pueda evitarlo. Teherán y Riad quedaron en polos opuestos del proyecto hegemónico, y, tras la invasión estadounidense de Iraq, su relación fue cada vez más ríspida. La caída de Saddam Hussein en Bagdad dio oportunidad a Irán de incrementar su presencia en la región. Arabia Saudí e Irán tenían cada vez menos puntos en común respecto a los

conflictos de la región, desconfiaban de la posición de la contraparte y apoyaron a grupos políticos y armados opuestos con la intención de debilitar a sus enemigos e inclinar la balanza de poder a su favor.

- d) 2011-2017: Estados Unidos retiró una gran cantidad de sus tropas de Afganistán e Iraq. El presidente Barack Obama cambió la retórica estadounidense por una en la que se prioriza el multilateralismo y la disposición de diálogo. El vacío que generó la reducción de la presencia de Estados Unidos en Medio Oriente aumentó el papel de otros Estados de la región como Irán, Arabia Saudí, Israel y Turquía, así como de países que han incrementado su presencia e interés en la región como Rusia y China. La proliferación de armamento no se detuvo y Medio Oriente se volvió el espacio de protestas sociales, algunas de las cuales se tornaron violentas en el marco del creciente involucramiento de diversos actores locales, regionales y globales. Arabia Saudí e Irán intervinieron en cada uno de los conflictos de la región para fortalecer a sus aliados y diezmar a sus oponentes, instrumentalizaron el sectarismo para ganar legitimidad local y regional, lo cual ocasionó un auge en la violencia en Medio Oriente. En este punto ya no existían posibilidades de cooperación entre ambos y la tensión era cada vez mayor.

A partir de esta diferenciación, se concluye que la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí es un producto de los cambios en la estructura del sistema y la distribución internacionales del poder. De esta manera se entiende que, en el ciclo 1990-2002, hubo un periodo de acercamiento y cooperación debido a que la estrategia global de la potencia hegemónica no fue tan agresiva y directa como pretendió la administración de Bush y su grupo neoconservador en el segundo ciclo. En consecuencia, durante el primer ciclo, Teherán y

Riad priorizaron la cordialidad mutua en un momento de inestabilidad económica y social. Pese a que Irán fue sancionado por Estados Unidos, Washington no creó una retórica dicotómica que obligara al Reino Saudí a alejarse de la República Islámica.

No obstante, a partir de los ataques del 9 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, el presidente Bush cambió el discurso y actitud de Estados Unidos hacia sus rivales. El gobierno estadounidense instauró una idea del bien y el mal que tenía a Washington como líder de la primera categoría y a un número de Estados rebeldes en la otra. En este proyecto hegemónico, Arabia Saudí prefirió mantener su incondicionalidad con Washington, mientras que Irán fue constantemente criticado y se le opuso. Teherán y Riad se ubicaron en posiciones completamente contrarias y, después de la invasión estadounidense a Iraq en 2003, progresivamente se apartaron hasta generar una relación bilateral completamente antagónica.

La rivalidad entre ambos regímenes se ha expresado mediante la crítica insistente de la posición y comportamiento del adversario, el apoyo a diferentes grupos armados y políticos con la intención de frenar el auge de su contraparte o debilitarlo, así como el respaldo a gobiernos aliados para mantener o fortalecer una red de influencia en la región. Igualmente, la entrada de otras potencias globales a Medio Oriente, a saber, Rusia y China, ha ocasionado una disputa comercial en la que ambos aprovechan sus recursos energéticos para negociar, obtener los mejores acuerdos y, si es posible, diezmar al contrincante. El acercamiento a estas potencias les ha permitido, a su vez, diversificar el mercado de armas y acceder a productos y tecnología que en algún momento son restringidas por Europa o Estados Unidos.

La rivalidad entre Arabia Saudí e Irán en el siglo XXI reavivó el discurso sectario para explicar y justificar el comportamiento de ambos Estados en la región. No obstante,

como se ha visto a lo largo de la investigación, el sectarismo ha sido un instrumento más para intentar equilibrar la distribución de poder regional en momentos específicos. En este sentido, los regímenes de estos dos países y, algunos de sus principales aliados en la región, se han valido de una división suní-chií para crear una “Otreidad” y, en consecuencia, justificar sus políticas. Además, el discurso sectario les ha sido útil para intentar incrementar su legitimidad en el plano local; ambos regímenes han tenido que enfrentar una constante oposición interna que cuestiona la estructura política, económica y social del Estado. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder en este sentido, por su carácter autoritario.

A pesar de que la hostilidad entre Arabia Saudí e Irán se ha traducido en violencia sectaria en la región, sería un error pensar que todo se reduce a esta variable. En diversas ocasiones se ha utilizado a la religión o a los diferentes grupos étnicos mayoritarios en ambos países para explicar esta enemistad como un hecho histórico imposible de solucionar. Como apunta Luis Mesa Delmonte (2001, p. 450-451), la relación de estos Estados durante la década de 1990 se opone a ello ya que: encontraron beneficios mutuos con una agenda conciliadora e hicieron a un lado “años de marcados antagonismos de variado contenido ideológico, religioso, nacionalista y de poder, que en muchas ocasiones fueron concebidos como elementos para la incompatibilidad bilateral perpetua”. Esta observación atinada abre la posibilidad de que, en el futuro, Irán y Arabia Saudí encuentren espacios de diálogo y conciliación.

De esta manera, la presente investigación aporta un conjunto de variables explicativas que profundizan en la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán para no caer en determinaciones simplistas que se centran en las diferencias étnicas o religiosas para interpretar una relación bilateral mucho más complicada. En este sentido, es indispensable pensar a ambos Estados como parte de un sistema regional caracterizado por su inestabilidad, en el que las diferentes

potencias se encuentran en una lucha constante por inclinar la balanza de poder a su favor y por eliminar amenazas a su seguridad. Asimismo, se debe tener en cuenta la fragilidad identitaria de los Estados de la región, heredada de la partición del Imperio Otomano y la migración, para entender las formas en que las diferentes corrientes ideológicas se manipulan en búsqueda de legitimidad y cohesión social. Es así cómo se han instrumentalizado el wahabismo y el chiismo en esta rivalidad regional entre Irán y Arabia Saudí. Un antagonismo en el que ambos Estados se han erigido como los máximos protectores de sectores demográficos específicos para aumentar sus redes de influencia y crear un enemigo común mediante la discordia.

Aunado a lo anterior, las formas en que el sistema de Medio Oriente se combina con la dinámica de un sistema internacional aún más complejo son particularmente esenciales para este estudio. Al respecto, el accionar de las diferentes potencias globales y la distribución internacional del poder han sido fundamentales para la configuración de la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí. En primera instancia, durante la primera década del siglo XXI, Teherán y Riad se encontraron en polos opuestos de una aspiración hegemónica estadounidense. En este periodo, las políticas implementadas por cada uno para asegurar su propia supervivencia y estabilidad se oponían al proyecto de la contraparte, lo cual desgastó la cordialidad previa entre ambos y generó una desconfianza que, a la postre, se convirtió en enemistad. En segunda, la incapacidad de Estados Unidos por concretar su objetivo facilitó el auge de otras potencias, como Rusia y China. Estos Estados aprovecharon el momento capitalista mundial para penetrar en la región y negociar en materia de armamento, tecnología e hidrocarburos sin importarles ideología alguna, con qué tipo de régimen negociaban y, mucho menos, si existían disputas entre ellos. Para Moscú y Beijing tenía mucho mayor relevancia asegurarse su propio desarrollo y crecimiento económico que inclinar la balanza

de poder en la región hacia algún Estado específico, lo cual generó una competencia entre Teherán y Riad. Por último, el distanciamiento de Estados Unidos de Medio Oriente en 2011 obligó a Irán y Arabia Saudí a incrementar su papel en el sistema regional. En este punto, tras años de desencuentros y discordia, ambos regímenes asumieron como prioritario el debilitamiento del rival y el fortalecimiento propio, por lo que explotaron cada caso de inestabilidad en la zona para cumplir con estos objetivos mediante recursos retóricos y materiales como apoyo a sus aliados, Estados, organizaciones políticas y armadas.

Como se ha expuesto a lo largo del presente trabajo, es imprescindible destacar que la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán se compone de un gran número de variables que se interrelacionan y la convierten en un fenómeno de análisis complejo. Simplificar este antagonismo regional conlleva riesgos que involucran la tergiversación de la realidad hacia un punto que perjudica a los estudios de la región. Es decir, emplear solo una variable, en especial el sectarismo, para explicar este antagonismo sería sumamente sesgado y podría colaborar en la creación y explotación de categorías que han definido a Medio Oriente como un área históricamente cruel, atrasada e intolerante. El enfoque de esta investigación se aparta de este tipo de interpretación para otorgar al sistema internacional la responsabilidad que ha tenido en la creación de una zona inestable y violenta. Responsabilidad que, en muchas ocasiones, no se le atribuye o no se admite.

REFERENCIAS

Libros

1. Abrahamian, E. (2008). *A history of Modern Iran*. New York: Cambridge University Press.
2. Al-Rasheed, M. (2010). *A History of Saudi Arabia*. UK: Cambridge University Press.
3. ——— (ed.) (2018). *Salman's Legacy: The dilemmas of a New Era in Saudi Arabia*. USA: Oxford University Press.

Al-Rasheed, M. (2018). Introduction: The Dilemmas of a New Era. En Al-Rasheed, M., *Salman's Legacy: The dilemmas of a New Era in Saudi Arabia* (pp. 1-32). USA: Oxford University Press.

Al-Rasheed^b, M. (2018). Cap. 11 King Salman and His Son: Winning the USA, Losing the Rest. En Al-Rasheed, M., *Salman's Legacy: The dilemmas of a New Era in Saudi Arabia* (pp. 235-250). USA: Oxford University Press.

Doaiji, N. (2018). Cap. 5 From Hasmi to Hazmi: Saudi Feminism beyond Patriarchal Bargaining. En Al-Rasheed, M., *Salman's Legacy: The dilemmas of a New Era in Saudi Arabia* (pp. 117-146). USA: Oxford University Press.

Hertog, S. (2018). Cap. 3 Challenges to the Saudi Distributional State in the Age of Austerity. En Al-Rasheed, M., *Salman's Legacy: The dilemmas of a New Era in Saudi Arabia* (pp. 73-96). USA: Oxford University Press.
4. Al-Rasheed, M. y Vitalis. R. (eds.) (2004). *Counter-Narratives: History, contemporary society, and politics in Saudi Arabia and Yemen*. USA: Palgrave Macmillan.

Wedeen, L. (2004). Cap. 10 Seeing Like a Citizen, Acting Like a State: Exemplary Events in Unified Yemen. En Al-Rasheed, M. y Vitalis. R., *Counter-Narratives: History, contemporary society, and politics in Saudi Arabia and Yemen* (pp. 247-284). USA: Palgrave Macmillan.
5. Alexander, Y. y Hoenig, M. (2008). *The New Iranian Leadership: Ahmadinejad, Terrorism, Nuclear Ambition, and the Middle East*. USA: Praeger Security International.
6. Armajani, J. (2012). *Modern Islamist Movements*. UK: Wiley-Blackwell.
7. Bahgat, G., et al. (eds.) (2017). *Security and Bilateral Issues Between Iran and Its Arab Neighbours*. Switzerland: Palgrave Macmillan.

- Al-Badi, A. (2017). Cap. 9 Saudi-Iranian Relations: A Troubled Trajectory. En Bahgat, G., et al., *Security and Bilateral Issues Between Iran and Its Arab Neighbours* (pp. 189-210). Switzerland: Palgrave Macmillan.
- Walsh, J. (2017). Cap. 5 Iran and Iraq. En Bahgat, G., et al., *Security and Bilateral Issues Between Iran and Its Arab Neighbours* (pp. 81-122). Switzerland: Palgrave Macmillan.
8. Belopolsky, H. (2009). *Russia and the Challengers: Russian Alignment with China, Iran and Iraq in the Unipolar Era*. UK: Palgrave Macmillan.
 9. Blanchard, C. (2009). *Saudi Arabia: Background and U.S. Relations*. USA: Congressional Research.
 10. Blanchard, C. y Grimmet, R. (2008). *The Gulf Security Dialogue and Related Arms Sales Proposals*. USA: Congressional Research Service.
 11. Brumberg, D. and Farhi, F. (eds.) (2016). *Power and Change in Iran: Politics of Contention and Conciliation*, Indiana University Press, Indiana

Mohseni, P. (2016). Cap. 1 Factionalism, Privatization, and the Political Economy of Regime Transformation. En Brumberg, D. and Farhi, F., *Power and Change in Iran: Politics of Contention and Conciliation* (pp. 37-69). Indiana: Indiana University Press.
 12. Buzan, B. y Gonzalez-Pelaez, A. (eds.) (2009). *International Society and the Middle East*. UK: Palgrave Macmillan.

Halliday, F. (2009). The Middle East and Conceptions of 'International Society'. En Buzan, B. y Gonzalez-Pelaez, A., *International Society and the Middle East* (pp. 1-23). UK: Palgrave Macmillan.
 13. Conde, G., Tawil, M. y Pastor, C. (eds.) (2016). *Mundo Árabe. Levantamientos populares, contextos, crisis y reconfiguraciones*. México: El Colegio de México.

Barreñada, I. (2016). Las revueltas árabes y el papel de los movimientos sociales. En Conde, G., Tawil, M. y Pastor, C., *Mundo Árabe. Levantamientos populares, contextos, crisis y reconfiguraciones* (pp. 75-112). México: El Colegio de México.
 14. Cook, J. (2008). *Israel and the Clash of Civilisations: Iran, Iran and the Plan to Remake the Middle East*. London: Pluto Press.
 15. Cordesman, A. and Kleiber, M. (2007). *Iran's Military Forces and Warfighting Capabilities: The Threat in the Northern Gulf*. USA: Praeger Security International.
 16. Ehteshami, A. and Zweiri, M. (2007). *Iran and the Rise of its Neoconservatives: The Politics of Tehran's Silent Revolution*. UK: I.B.Tauris.
 17. Ehteshami, A. and Molavi, R. (eds.) (2012) *Iran and the International System*. UK: Routledge.

- Nateghpour, M. (2012). Cap. 6 Transnational culture and international relations of Iran. En Ehteshami, A. and Molavi, R., *Iran and the International System* (pp. 81-122). UK: Routledge.
18. El-Husseini, R. (2012). *Pax syriana: Elite Politics in Postwar Lebanon*. USA: Syracuse University Press.
19. Escalante, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. México: El Colegio de México.
20. Esposito, J. and Shahin, E. (eds.) (2013). *The Oxford Handbook of Islam and Politics*. USA: Oxford University Press.
- DeLong-Bas, N. (2013). Cap. 27 Islam and Power in Saudi Arabia. En Esposito, J. and Shahin, E., *The Oxford Handbook of Islam and Politics* (pp. 411-422). USA: Oxford.
- Fattah, M. (2013). Cap. 20 Islam and Politics in the Middle East. En Esposito, J. and Shahin, E., *The Oxford Handbook of Islam and Politics* (pp. 289-306). USA: Oxford.
- Saeed, A. (2013). Cap. 2 Salafiya, Modernism, and Revival. En Esposito, J. and Shahin, E., *The Oxford Handbook of Islam and Politics* (pp. 27-41). USA: Oxford.
- Shahrani, M. (2013). Cap. 30 Islam and the State in Afghanistan. En Esposito, J. and Shahin, E., *The Oxford Handbook of Islam and Politics* (pp. 453-474). USA: Oxford.
- Salloukh, B. and Mikaelian, S., (2013). Cap. 33 Hizbullah in Lebanon. En Esposito, J. and Shahin, E., *The Oxford Handbook of Islam and Politics* (pp. 516-531). USA: Oxford.
21. Fawcett, L. (ed) (2016). *International Relations of the Middle East*. USA: Oxford University Press.
- Calculi, M. and Legrenzi, M. (2016). Middle East Security: Conflict and Securitization of Identities. En Fawcett, L., *International Relations of the Middle East* (pp. 218-238). USA: Oxford University Press.
- Mandaville, P. (2016). Islam and International Relations in the Middle East: From *umma* to Nation State. En Fawcett, L., *International Relations of the Middle East* (pp. 176-195). USA: Oxford University Press.
22. Fawn, R. y Hinnebusch, R. (2006). *The Iraq War: Causes and Consequences*. USA: Lynne Rienner.
23. Gause III, F. (2010). *The International Relations of the Persian Gulf*. UK: Cambridge University Press.
24. Halliday, F. (2005). *The Middle East in International Relations: Power, Politics and Ideology*. UK: Cambridge University Press.

25. Harold, S. and Nader, A. (2012). *China and Iran: Economic, Political and Military Relations*. USA: RAND.
26. Hegghammer, T. (2010). *Jihad in Saudi Arabia: Violence and Pan-Islamism since 1979*. UK: Cambridge University Press.
27. Hiro, D. (2018). *Cold War in the Islamic World: Saudi Arabia, Iran and the Struggle for Supremacy*. USA: Oxford University Press.
28. Hybel, A. (2014). *US Foreign Policy Decision-Making from Kennedy to Obama*. USA: Palgrave Macmillan.
29. Ismael, T. and Ismael, J. (2015). *Iraq in the Twenty-First Century: Regime change and the making of a failed state*. UK: Routledge.
30. Ismail, R. (2016). *Saudi Clerics and Shi'a Islam*. USA: Oxford University Press.
31. Kerr, M. (1967). *The Arab Cold War 1958-1967*. USA: Oxford University Press.
32. Keynoush, B. (2016). *Saudi Arabia and Iran: Friends or Foes?*. USA: Palgrave Macmillan.
33. Khan, S. (2010). *Iran and Nuclear Weapons: Protracted conflict and proliferation*. USA: Routledge.
34. Lacroix, S. (2011). *Awakening Islam: The politics of Religious Dissent in Contemporary Saudi Arabia*. London: Harvard University Press.
35. Lesch, D. y Haas, M. (2012). *The Middle East and the United States: History, Politics and Ideologies*. USA: Westview Press.
36. Lippman, T. (2012). *Saudi Arabia on the Edge: The Uncertain Future of an American Ally*. USA: Council on Foreign Relations.
37. Louër, L. (2008). *Transnational Shia Politics, Religious and Political Networks in the Gulf*. USA: Columbia University Press.
38. Luizard, P. (2017). *Chiïtes et Suniïtes la Grande Discorde en 100 questions*. France: Tallandier.
39. Maréchal, B. and Zemni, S. (eds.) (2013). *The Dynamics of Sunni-Shia Relationships: Doctrine, Transnationalism, Intellectuals and the Media*. India: C. Hurst & Co..

Brunner, R. (2013). Cap. 2 Sunnis and Shiites in Modern Islam: Politics, Rapprochement and the Role of Al-Azhar. En Maréchal, B. and Zemni, S., *The Dynamics of Sunni-Shia Relationships: Doctrine, Transnationalism, Intellectuals and the Media* (pp. 25-40). India: C. Hurst & Co..

Mervin, S. (2013). Cap. 1 On Sunnite-Shiite Doctrinal and Contemporary Geopolitical Tensions. En Maréchal, B. and Zemni, S., *The Dynamics of*

Sunni-Shia Relationships: Doctrine, Transnationalism, Intellectuals and the Media (pp. 11-24). India: C. Hurst & Co..

40. Matthiesen, T. (2013). *Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring that Wasn't*. USA: Stanford University Press.
41. Mesa, L. (ed) (2013). *Las relaciones exteriores de Siria*. México: El Colegio de México.
42. Mirsepassi, A. (2010). *Democracy in Modern Iran: Islam, Culture and Political Change*. New York: New York University Press.
43. McMurray, S. (2011). *Energy to the World: The Story of Saudi Aramco*. Saudi Arabia: Altraiki Printing Company.
44. Mervin, S., (ed.) (2010). *The Shi'a Worlds and Iran*. London: Saqi.
 - Roy, O. (2010). *The Impact of the Iranian Revolution on the Middle East*. En Mervin, S., *The Shi'a Worlds and Iran* (pp. 29-44). London: Saqi.
 - Louër. L. (2010). *The Rise and Fall of Revolutionary Utopias in the Gulf Monarchies*. En Mervin, S., *The Shi'a Worlds and Iran* (pp. 63-88). London: Saqi.
45. Mirsaeeadi-Farahani, S. (2015). *Energy Sector Diversification in Iran: Evolving Strategies and Interests in the Electricity Sector*. Bonn: SpringerVS.
46. Nasr, V. (2007). *The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future*. New York: W. W. Norton & Company.
47. Niblock, T. (2006). *Saudi Arabia: Power Legitimacy and Survival*. London: Routledge.
48. Niblock, T., and Malik, M. (2007). *The Political Economy of Saudi Arabia*. UK: Routledge.
49. Nocetti, J. (2010). *From Moscow to Mecca: Russia's Saudi Arabian Diplomacy*, IFRI, Paris.
50. Onea, T. (2013). *US Foreign Policy in the Post-Cold War Era: Restraint versus assertiveness from George H. W. Bush to Barack Obama*. USA: Palgrave.
51. Osoegawa, T. (2013). *Syria and Lebanon: International Relations and Diplomacy in the Middle East*. London: I.B. Tauris.
52. Panah, M. (2007). *The Islamic Republic and The World: Global Dimension of The Iranian Revolution*. London: Pluto Press.
53. Parker, J. (2016). *Russia-Iran: Strategic Partners or Competitors?*. USA: Rice University's Baker Institute for Public Policy.

54. Partrick, N. (ed.) (2016) *Saudi Arabia Foreign Policy: Conflict and Cooperation*. UK: IB Tauris.
- Quilliam, N. (2016). Cap. 3 Saudi Arabia and the Politics of Oil, en Partrick, N., *Saudi Arabia Foreign Policy: Conflict and Cooperation*. UK: IB Tauris.
55. Potter, L. (ed.) (2014). *Sectarian Politics in the Persian Gulf*. UK: Oxford University Press,.
- Beck, L. (2014). Iran's Ethnic, Religious and Tribal Minorities. En Potter, L., *Sectarian Politics in the Persian Gulf* (pp. 245-324). UK: Oxford University Press.
- Diwan, K. (2014). Royal Factions, Ruling Strategies, and Sectarianism in Bahrain. En Potter, L., *Sectarian Politics in the Persian Gulf* (pp. 143-178). UK: Oxford University Press.
- Fattah, K. (2014). Yemen: Sectarianism and the Politics of Regime Survival. En Potter, L., *Sectarian Politics in the Persian Gulf* (pp. 207-228). UK: Oxford University Press.
56. Restad, H. (2015). *American Exceptionalism: An idea that made a nation and remade the world*. New York: Routledge.
57. Sabetghadam, M. (2006). *Energy and Sustainable Development in Iran*. Iran: Helio International.
58. Shipoli, E. (2018). *Islam, Securitization, and US Foreign Policy*. USA: Palgrave MacMillan.
59. Takeyh, R. (2009). *Guardians of the Revolution: Iran and the World in the Age of the Ayatollahs*. USA: Oxford University Press.
60. Tawil, M. (2016). *Siria: poder regional, legitimidad y política exterior*. México: El Colegio de México.
61. The National Counterterrorism Center (2014). *Counterterrorism 2014 calendar*. USA: US National counterterrorism Center.
62. Wehrey, F., et al. (2010). *The Iraq Effect: The Middle East After The Iraq War*. USA: Rand.
63. Yaghoubian, D. (2014). *Ethnicity, Identity, and the Development of Nationalism in Iran*. New York: Syracuse University Press.
64. Zuhur, S. (2011). *Saudi Arabia*. USA: ABC-CLIO.

Artículos

65. Abadi, J. (2019). Saudi Arabia's rapprochement with Israel: the national security imperatives, *Middle Eastern Studies*, 55(3), 433-449.

66. Ahmad, K. and Faisal, M. (2014). Pakistan-Saudi Arabia Strategic Relations: An Assessment, *CISS Insight: Quarterly News & Views*, 3 (2), 23-37
67. Ahmadian, H. (2018). Iran and Saudi Arabia in the Age of Trump, *Survival*, 60 (2), 133-150.
68. Al-Rasheed, M. (2011). Sectarianism as Counter-Revolution: Saudi Responses to the Arab Spring, *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 11 (3), 513-526.
69. Alkhatlan, K. (2013). Contribution of Oil in Economic Growth of Saudi Arabia, *Applied Economic Letters*, 20 (4), 343-348.
70. Alkhatlan, K., et al. (2014). Analysis of Saudi Arabia's behaviour within OPEC and the World Oil Market, *Energy Policy*, (64), 209-225.
71. Bahgat, G. (2013). The Iranian Nuclear Crisis: An assessment, *Parameters*, 43 (2), 67-76.
72. Bahgat, G. (2000). Iranian-Saudi Rapprochement: Prospects and Implications, *World Affairs*, 162 (3), 108-115.
73. Bani Nasur, N. (2014). Syria-Iran Relations (2000-2014), *International Journal of Humanities and Social Science*, 4 (12), 80-88.
74. Bilgin, M. (2016). Political History of Iran's Energy Policy, *Avrasya Etüdleri*, 49, 33-54.
75. Bunzel, C. (2015). From paper state to Caliphate: The ideology of the Islamic State, *Brookings Project on U.S. Relations with the Islamic World*, no. 19.
76. Esfahani, H. and Pesaran, H. (2009). The Iranian Economy in the Twentieth Century: A Global Perspective, 42 (2), p. 177-211.
77. Fattah, K. (2011). Yemen: A Social Intifada in a Republic of Sheikhs, *Middle East Policy*, 18 (3), 79-85.
78. Gaiser, I. y Kovac, I. (2012). From Bipolarity to Bipolarity: International Relations Repeating Again, *J Glob Policy Gov*, 1, 49-63.
79. Gause III, F. (1994). The Illogic of Dual Containment, *Foreign Affairs*, 73 (2), 56+.
80. Gause III, F. (1999). Systemic Approaches to Middle East International Relations, *International Studies Association*, 11-31.
81. Gause III, F. (2011). Saudi Arabia in the New Middle East, *Council on Foreign Relations*, 63, 1-48.
82. Gimenez, L. (2018). Roles and International Behaviour: Saudi-Iranian Rivalri in Bahrain's and Yemen's Arab Spring, *Contexto Internacional*, 40 (2), 295-317.
83. Habibi, N. (2008). The Iranian Economy in the Shadow of Economic Sanctions, *Middle East Brief*, 31, 1-8.

84. Haddad, S. (2010). Fatah al-Islam in Lebanon: Anatomy of a Terrorist Organization, *Studies in Conflict & Terrorism*, 33, 548-569.
85. Haji-Yousefi, A. (2009). Whose Agenda Is Served by the Idea of a Shia Crescent?, *Alternatives Turkish Journal of International Relations*, 8 (1), 114-135.
86. Harris, K. (2013). The rise of the subcontractor state: politics of pseudo-privatization in the Islamic Republic of Iran, *International Journal of Middle East Studies*, 45 (1), 45-70.
87. Harris, W. (2013). Investigating Lebanon's Political Murders: International Idealism in the Realist Middle East?, *Middle East Journal*, 67 (1), 9-27.
88. Hastert, P. (2007). Al Qaeda and Iran: Friends or Foes, or Somewhere in Between?, *Studies in Conflict & Terrorism*, 30 (4), 327-336.
89. Helfont, S. (2009). The Muslim Brotherhood and the Emerging 'Shia Crescent', *Elsevier Limited*, Spring 2009, 284-299.
90. Herrera, D. (2017). Hegemonía y Relaciones Internacionales / II. Aproximaciones teóricas críticas en el estudio de la hegemonía mundial, *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, 128, 13-46.
91. Hitman, G. (2018). Saudi Arabia's Wahhabism and Nationalism: The Evolution of Wataniyya and Qawmiyya, *Digest of Middle East Studies*, 0 (0), 1-18.
92. Huntington, S. (1999). The lonely superpower, *Foreign Affairs*, 2, 35-49.
93. Jiang, Z. (2017). Confrontations on the Issue of Terrorism Between Iran and the U.S. after 1979, *Terrorism and Political Violence*, 29 (2), 236-253.
94. Juergensmeyer, M. (2018). Thinking Sociologically about Religion and Violence: The Case of ISIS, *Sociology of Religion: A Quarterly Review* 2018, 79 (1), 20-34.
95. Juneau, T. (2016). Iran's pliciy towards the Houthis in Yemen: a limited return on a modest investment, *International Affairs*, 92 (3), 647-663.
96. Karagiannis, E. (2009). Hizballah as a Social Movement Organization: A Framing Approach, *Mediterranean Politics*, 14 (3), 365-383.
97. Khorsheed, M. (2015). Saudi Arabia: From Oil Kingdom to Knowledge-Based Economy, *Middle East Policy*, 22 (3), 147-157.
98. Knights, M. (2018). The Houthi War Machine: From Guerrilla War to State Capture, *CTC Sentinel*, 15-23.
99. Kraus, J. (2016). The concept of State Terrorism in Relation to Iran, *Slovak Journal of Political Sciences*, 16 (1), 35-59.
100. Lang, A. (1999). Responsibility in the International System: Reading US Foreign Policy in the Middle East, *European Journal of International Relations*, 5 (1), 67-107.

101. Malakoutikhah, Z. (2018). Iran: Sponsoring or Combating Terrorism?, *Studies in Conflict & Terrorism*, 1-27.
102. Menoret, P. (2016). Repression and Protest in Saudi Arabia, *Middle East Brief*, 101, 1-8.
103. Mesa, L. (2001). Nuevas proyecciones en el Medio Oriente. El dilema entre táctica y estrategia en las relaciones Israel-Turquía y Arabia Saudita-Irán, *Estudios de Asia y África*, 36 (3), 431-470.
104. Morady, F. (2010). Who rules Iran? The June 2009 election and political turmoil, *Capital & Glass*, 35 (1), 39-61.
105. Neff, D. (1990). Nixon's Middle East Policy: From Balance to Bias, *Arab Studies Quarterly*, 12 (½), 121-152.
106. Niakooee, S. (2016). Exploring the crisis of the reform movement in Iran (1997-2005), *Japanese Journal of Political Science*, 17 (3).
107. Okruhlik, G. (2003). Saudi Arabia-Iranian Relations: External Rapprochement and Internal Consolidation, *Middle East Policy*, 10 (2), 113-125.
108. Parchami, A. (2012). The Arab Spring: the view from Tehran, *Contemporary Politics*, 18 (1), 35-52.
109. Podeh, E. (2018). Saudi Arabia and Israel: From Secret to Public Engagement, 1948-2018, *Middle East Journal*, 72 (4), 563-586.
110. Proctor, P. (2008). The Mythical Shia Crescent, *Parameters*, Spring, 30-42
111. Rabi, U. and Mueller, C. (2017). The Gulf Arab states and Israel since 1967: from 'no negotiation' to tacit cooperation, *British Journal of Middle Eastern Studies*, 44 (5), 576-592.
112. Riedel, B. and Saab, B. (2008). Al Qaeda's Third Front: Saudi Arabia, *The Washington Quarterly*, 31 (2), 33-46.
113. Robins, P. (2004). Slow, slow, quick, quick, slow: Saudi Arabia's 'Gas Initiative', *Energy Policy*, 32, 321-333.
114. Sadri, H. (1998). Trends in the Foreign Policy of Revolutionary Iran, *Journal of Third World Studies*, XV (1), 13-37.
115. Sanati, R. (2014). Beyond the domestic picture: the geopolitical factors that have formed contemporary Iran-US relations, *Global Change, Peace & Security*, 26 (2), 125-140.
116. Sick, G. (1998). Rethinking dual containment, *Survival*, 40 (1), 5-32.

117. Sunik, A. (2018). Regional Leadership in Authoritarian Contexts -Saudi Arabia's New Military Interventionism as Part of Its Leadership Bid in the Middle East, *Rising Powers Quarterly*, 3 (1), 65-85.
118. Takeyh, R. (2002). Iran's emerging national compact, *World Policy Journal*, 19 (3), 43-50.
119. Tawil, M. (2012). Introducción: Las sublevaciones populares en los países del Norte de África y Cercano Oriente, *Foro Internacional*, 52 (2), 277-286.
120. Tawil^b, M. (2012). La política exterior siria en el marco de la sublevación popular, *Foro Internacional*, 52 (2), 460-487.
121. Teitelbaum, J. (2010). The Shiites of Saudi Arabia, *Current Trends in Islamist Ideology*, 10, 72-86.
122. Valbjorn, M. y Bank, A. (2012). The New Arab Cold War: rediscovering the Arab dimension of Middle East regional politics, *Review of International Studies*, 38, 3-24.
123. Wezeman P., and Kuimova, A. (2019). Military Spending and Arms Imports by Iran, Saudi Arabia, Qatar and the UAE, *SIPRI Fact Sheet*, may-2019.
124. Zavareh, M., and Barzoki, M. (2018). China's Energy Security: I.R. Iran and Saudi Arabia's Role in China's Energy Diplomacy, *Iran. Econ. Rev.*, 22 (3), 707-717.

Artículos electrónicos

125. BBC News (2010, 18 de julio). Q&A: Iraq's Awakening Councils, [en línea], BBC News. Recuperado el 20 de octubre de 2020 de <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-10677623>
126. Gady, F. (2016, 15 de noviembre). Iran, China Sign Military Cooperation Agreement, [en línea], *The Diplomat*. Recuperado el 14 de mayo de 2020 de <https://thediplomat.com/2016/11/iran-china-sign-military-cooperation-agreement/>
127. GEFCF, (s.f), History of the Gas Exporting Countries Forum. *GEFCF* [en línea], Recuperado el 15 de enero de 2019 de <https://www.gecf.org/about/history.aspx>
128. Intelligence Online (2006, 20 de octubre). IRAN: A Secret Regional Alliance Against Iran, [en línea], *Issue 533*. Recuperado el 3 de septiembre de 2019 de <https://www.intelligenceonline.com/political-intelligence/2006/10/20/a-secret-regional-alliance-against-iran.23406406-eve>
129. Laub, Z. (2016, 10 de agosto). The Islamic State, [en línea], *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 12 de febrero de 2019 de <https://www.cfr.org/backgrounder/islamic-state>

130. Laub, Z. y Masters, J. (2015, 18 de mayo). The Islamic State, [en línea], *Council On Foreign Relations*. Recuperado el 12 de febrero de 2019 de <http://www.cfr.org/iraq/islamicstate/p14811>
131. Levin, D. (2018, 9 de julio). Iran, Hamas and Palestinian Islamic Jihad, *Wilson Center* [en línea], 9 de julio de 2018, URL: <https://www.wilsoncenter.org/article/iran-hamas-and-palestinian-islamic-jihad>
132. Mahnaimi, U. and Conradi, P. (2004, 18 de julio). Israel Targets Iran Nuclear Plant [en línea], *The Sunday Times*. Recuperado el 8 de julio de 2017 de <https://www.thetimes.co.uk/article/israel-targets-iran-nuclear-plant-gx0khl6ql6v>
133. National Public Radio (2011, 14 de diciembre). Timeline: The U.S. And The War in Iraq [en línea], *NPR*. Recuperado el 14 de julio de 2018 de <http://www.npr.org/2011/12/14/143669643/timeline-the-u-s-and-the-war-iniraq>
134. Oberdofer, D. (1992). Iran Paid for Release of Hostafes [en línea], *The Washington Post*. Recuperado el 18 de marzo de 2017 de <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1992/01/19/iran-paid-for-release-of-hostages/d3f8754c-9701->
135. Sanger, D. (2005, 21 de enero). Cheney Says Israel Might ‘Act First’ on Iran [en línea], *The New York Times*. Recuperado el 15 abril de 2017: <https://www.nytimes.com/2005/01/21/politics/cheney-says-israel-might-act-first-on-iran.html>
136. Stratfor (2002). The Saudi Natural Gas Initiative [en línea], *Stratfor Worldview*. Recuperado el 18 de mayo de 2019 <https://worldview.stratfor.com/article/saudi-natural-gas-initiative>
137. Wezeman, P. (2018, 14 de diciembre). Saudi Arabia, armaments and conflict in the Middle East [en línea], *Stockholm International Peace Research Institute*. Recuperado el 16 de junio de 2019 de <https://www.sipri.org/commentary/topical-backgroundunder/2018/saudi-arabia-armaments-and-conflict-middle-east>
138. White House Archive, (2003, 17 de marzo). President says Saddam Hussein must leave Iraq Within 48 hours [en línea], *White House Archive*. Recuperado el 17 de junio de 2019 de <http://georgewbushwhitehouse.archives.gov/news/releases/2003/03/20030317-7.html>
139. Zuroff, A. (2009, 5 de julio). Saudis Would Let Israel Hit Iran [en línea], *Arutz Sheva*, Recuperado el 12 de noviembre de 2019 de <http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/132195>
140. Miskin, M. (2010, 19 de marzo). Saudi Arabia Seeks Iran Strike [en línea], *Arutz Sheva*. Recuperado el 12 de noviembre de 2019 de <http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/136609>